

DOSIER MATERIALES
LECTURAS
LA REVOLUCIÓN RUSA

SUMARIO

Este dosier de materiales didácticos es un anexo del libro *La Revolución rusa en su centenario*, editado por el Centro de Estudios Locales de Andorra (CELAN) y el IES Pablo Serrano de Andorra.

Contenido y diseño: Javier Alquézar Penón

Traducciones del francés: Pilar Villarroya Bullido

Andorra, 7 noviembre 2017.

ADVERTENCIA: las notas al pie de los textos seleccionados se han suprimido porque se ha creído conveniente dado el carácter divulgativo de la publicación.

ARTÍCULOS



LA REFORMA POLÍTICA QUE NO TUVO LUGAR

A FINALES DEL S. XIX, BAJO EL REINADO DE ALEJANDRO II Y DE NICOLÁS II, LOS ZARES, RODEADOS DE MINISTROS LIBERALES, PARECEN DISPUESTOS A REFORMAR EL PAÍS. ¿CÓMO EXPLICAR SU FRACASO?

Wladimir Berelowitch

Es conocida la célebre frase de Alejandro II que, en 1856, al principio de su reinado, lanzó como advertencia a los representantes de la nobleza moscovita: "*Vale más abolir el vasallaje desde arriba que esperar el momento en que empezará a ser destruido por abajo*". Dando así el pistoletazo de salida a lo que se bautizará más tarde como época de las "grandes reformas", el emperador modificaba la idea de reforma a la manera rusa: era decidida deliberadamente por el monarca, si bien obedecía igualmente a obligaciones externas, puesto que se trataba de prevenir las amenazas de revueltas campesinas. Aunque el soberano era el que decidía, no podía actuar *tabula rasa*.

Desde finales del siglo XVII, los monarcas rusos se veían ante todo como "reformadores". Pedro el Grande y sus sucesores habían querido modernizar el Ejército, la industria y más profundamente las instituciones políticas y sociales del país. No estando preparada en manera alguna la sociedad para comprometerse en estos saltos hacia adelante, la monarquía rusa se había erigido en ingeniero jefe para alcanzar estos objetivos: forjó élites seculares de donde emergió una "burocracia" o, más bien, un aparato de gobierno central. Este aparato tendía, desde la primera mitad del s. XIX, a constituirse en una esfera autónoma, quedando unida al monarca, que se suponía lo iba a dirigir directamente. Fue, por lo tanto, con métodos autoritarios y a menudo brutales, por el alejamiento de las instituciones centrales con respecto al "país real", con lo que los zares habían gobernado hasta mediados de siglo.

Abolición de la servidumbre

Las reformas de Alejandro II prolongaban esta tradición. La abolición de la servidumbre en 1861 fue impuesta tanto a la nobleza como a los campesinos. Si por un lado el plan de atribución de tierras a los campesinos debía tratar con deferencia a los propietarios nobles, por otro ligaba a los antiguos siervos al Estado con nuevas obligaciones. El campesino quedaba sometido en adelante a la comunidad del pueblo, llamada *mir,* controlada por el Estado. Su estatus jurídico le colocaba fuera del derecho civil e incluso fuera del derecho penal.

Al poner fin a la servidumbre, no se trataba para el emperador de conciliar los intereses de categorías sociales diferentes. Tampoco era cuestión, como se ha creído durante mucho tiempo, de hacer concesiones al grupo reformador de "burócratas iluminados" teniendo una deferencia con los defensores de la servidumbre. La abolición fue un compromiso entre los diferentes objetivos que se planteaban los hombres de Estado del momento y permanecía totalmente la autoridad del príncipe: tanto es así que se puede decir que la nobleza (no más que el campesinado, como se acaba de ver) no ganó ninguna autonomía.

Si una oposición nobiliaria tendía a emerger a lo largo de este período, no estaba ni estructurada ni unida. No obstante, hecho

significativo sacado a la luz en la obra reciente de un historiador ruso, algunos de estos nobles se mostraban unidos en su oposición a la intervención autoritaria del Estado en el medio rural, donde aspiraban a ser los únicos amos, y buscaban emanciparse de su tutela tomando como modelo a la *gentry* inglesa.

Las otras principales “grandes reformas”, en el ejército, la justicia y la administración local, siguieron el mismo esquema autoritario: por un lado, hacen pensar en aquellas que fueron puestas en marcha en Austria y en Prusia, en cierta medida a mitad de camino entre el barón Stein y el conde Bismarck. Los reformadores habían concebido un “paquete” de reformas para renovar totalmente su país y llegar a ser tan modernos como sus vecinos. Este paquete, efectivamente, se inspiraba en los modelos extranjeros, en los que se inscribía ya la tradición inaugurada por Pedro el Grande.

Así, la reforma de la justicia de 1864 fue preparada por un estudio sistemático de los sistemas judiciales occidentales, sobre todo francés e inglés. La de la administración de las ciudades, en 1870, con su sistema censatario complicado, fue modelada sobre el sistema prusiano e introdujo por primera vez en Rusia municipios elegidos por la comunidad urbana y dotados, como los *zemstvos*, de poderes locales. Solo los términos rusos utilizados (*zemstvo* por las administraciones provinciales elegidas, *duma* por los consejos municipales) se inspiraban en el antiguo pasado ruso, moscovita o incluso de Kiev.

Hacia la representación nacional

Dos rasgos, sin embargo, marcaron esta época con una especificidad nueva. Como se ha visto, la política de Alejandro II respondía en primer lugar a necesidades exteriores, aunque fueran en parte imaginarias: fue la derrota de Rusia frente a las potencias occidentales en la guerra de Crimea (1854-1856) la que determinó al nuevo monarca a comprometerse en esta vía. Por primera vez desde la revuelta de los decembristas, y esta vez con una óptica reformista y no revolucionaria, las élites rusas aspiraban a un cambio político que rompiera con las formas tradicionales de la autocracia y pusieron en su lugar una asamblea nacional. Significativamente, esta reivindicación se elevó rápidamente desde los zemstvos que acababan de ser elegidos y de la nobleza provincial. Petición muy tímida, al principio, que solo aspiraba a federar a las fuerzas locales y a crear una asamblea consultora igual que la del imperio. Pero esto fue suficiente para inquietar al monarca, que prohibió todo contacto entre los zemstvos igual que toda comunicación directa con el zar: el zemstvo debía ocuparse de las necesidades locales y le estaba prohibida toda actividad política.

A partir de entonces, la autocracia rusa se puso a la defensiva. Si Alejandro II acabó por aceptar la idea de una asamblea consultiva el 1.º de mayo de 1881 (calendario juliano) algunas horas antes de ser asesinado por los terroristas de la Voluntad del Pueblo, no fue más que para volver a coger la iniciativa frente al terrorismo revolucionario: se trataba de erradicarlo mediante la represión y de concluir un nuevo pacto con las élites. El zar Alejandro III decidió finalmente abandonar esta reforma bajo la influencia del que se convirtió en su principal inspirador político, el alto procurador del santo-sínodo Constantino Pobedonostsev. Una vez más, una ocasión perdida.

Aplastada por el puño de hierro de Alejandro III, que reinó hasta 1894, prohibida en un principio por Nicolás II desde su primer discurso el 17 de enero de 1895, la reivindicación de una reforma política del gobierno central se convirtió en el punto de mira de todas las oposiciones, un *leitmotiv* reivindicado cada vez más abiertamente durante todo el fin del Antiguo Régimen ruso.

En una obra injustamente olvidada, consagrada a la historia de las instituciones políticas de Rusia y publicada en EE. UU. a principios del s. XX, Maxime Kovalevsky, jurista, historiador, sociólogo y hombre político liberal, escribía: *El sistema que analizamos fue realizado de una manera que no quedó parecido alguno con un Estado constitucional. Rusia introdujo algunas instituciones europeas sin el espíritu que le es propio, y en lugar de un organismo político vivo, profundamente enraizado en la soberanía del pueblo, creó una enorme y costosa máquina burocrática, ejerciendo un poder casi incontrolado e ilimitado en los cuerpos y en los espíritus, privando a los sujetos rusos del derecho al libre desplazamiento igual que de la posibilidad de acción acorde con su conciencia.* En su prefacio a la edición rusa (1908), Kovalevsky añadía que, según él, el verdadero giro en la historia de Rusia fue la creación del auto-gobierno local: *La reacción que siguió naturalmente no tenía, evidentemente, más que una finalidad: conservar el reino de la burocracia y preservar a Rusia de una nueva reforma, esta vez de las instituciones centrales, por encima del auto-gobierno.*

La obra data de 1902, año que marcó los principios de un nuevo período de "grandes reformas", no menos espectaculares que las precedentes. De 1904 a 1906, los ministros rusos, sobre todo Witte y Stolypine, abolieron las relaciones de dependencia agobiantes del *mir,* que habían sido reforzadas bajo Alejandro III. Concedieron a los campesinos la libertad de desplazamiento, suprimieron las anualidades de compra-venta que debían todavía pagar por las tierras que habían obtenido en 1861, permitieron a cada uno abandonar la comunidad para convertirse en propietarios. Concedieron a toda la población, incluso a las viejos-creyentes, incluso a los judíos, la libertad de culto, la libertad de asociación, el acceso a la enseñanza y suprimieron la censura previa. Crearon, en fin, una Duma (asamblea), a medio camino entre la asamblea consultiva y la asamblea legislativa. La primera Duma fue reunida el 27 de abril de 1906 en condiciones muy satisfactorias, sorprendentes, incluso, para el país y la época: a pesar de un sistema electoral complicado en dos o tres etapas y fundado sobre el mantenimiento de los estamentos y el principio censatario, era bastante representativa de la opinión y de los diferentes componentes nacionales del imperio.

Así la reforma política, tan reclamada por una parte ilustrada de las élites, tuvo finalmente lugar. Pero se decidió bajo la presión de la revolución. En efecto, durante el invierno de 1904, los zemstvos se rebelaron: delegados suyos se habían reunido semilegalmente en noviembre y adoptaron un programa de reformas liberales. Fue entonces cuando el Gobierno promete pensar en una asamblea, sin mayor precisión. Después, en febrero de 1905, cuando la revolución progresa por todos lados, la "constitución Bulygin" [ministro del Interior] anuncia que una asamblea elegida debería "tomar parte en la discusión previa de los proyectos legislativos", por tanto deliberativa y consultiva. Por fin , el 30 de octubre , con el "manifiesto de octubre" de 1905, en plena huelga general (la más grande nunca vista en el mundo en aquella época), la convocatoria de una asamblea nacional legislativa se decidió oficialmente.

Los trabajos recientes sobre este periodo, así como un examen exhaustivo de los acontecimientos, especialmente de la forma en que fueron tomadas las decisiones, muestran que Nicolás II pasó por tres fases a lo largo de su reinado. Hasta diciembre de 1904, el reinado se significó por un rechazo total al cambio. Después, hasta finales de 1907, el zar, muy desconcertado por la amplitud de las manifestaciones y de las huelgas, aceptó la idea de que una reforma política era inevitable. Por fin, desde el final de 1907 (después de la disolución de la II Duma en junio) hasta la caída del zar en 1917, se asiste a una vuelta progresiva a "la normalidad": la revolución de 1905 estaba vencida y la reforma

política completamente enterrada. En cuanto a la Duma fue hasta tal punto descuidada que se pensó seriamente en privarla del poder legislativo a lo largo de la Gran Guerra; incluso los diputados con mejores intenciones con respecto al emperador comenzaron a removerse.

Conocemos la continuación.

A diferencia de las monarquías austriaca y alemana, comprometidas en las reformas políticas desde el final del s. XVIII, la autocracia rusa no juzgó necesario reformarse. La palabra "constitución", que solo hubiera podido apaciguar a la oposición liberal y que se convirtió con el eslogan "¡Abajo la autocracia!" en el punto crucial de toda la revolución de 1905, no fue pronunciada jamás.

Las leyes fundamentales preparadas por Witte y adoptadas el 23 de abril de 1906 apuntaban a conciliar la presencia de la asamblea con el principio autocrático. Toda nueva ley debía estar sometida al voto de dos asambleas (Duma y Consejo de Estado) y la Duma tenía el poder de proponer leyes. Pero el zar se reservaba el derecho de veto, convocaba y disolvía la asamblea según su voluntad y podía esquivar a la Duma gobernando por ucases [decretos]. Hasta el final, la ambigüedad se mantuvo, de manera que los dos poderes, incluso fuera de la III y IV Duma, coexistieron sin equilibrar ni colaborar realmente.

Así las promesas de reforma corrieron detrás de los acontecimientos sin alcanzarlos nunca, aunque cada una de ellas, enunciada mucho antes, seguramente hubiera producido un efecto: la ocasión que se había presentado, bajo Alejandro II, de crear progresivamente una asamblea en el seno de la cual una clase política hubiera podido poco a poco emerger estaba irremediablemente perdida. Incluso Witte, uno de los únicos verdaderos políticos en los medios gubernamentales, que obtuvo de Nicolás, a la fuerza, el "manifiesto de octubre", y que pasaba en 1905, sobre todo a los ojos de los occidentales, como el gran burócrata más ilustrado de la época, fue sorprendido al constatar que las reformas prometidas no desarmaban a la oposición liberal. Creía sinceramente, como lo demuestran varios testimonios, y sobre todo las apasionantes *Memorias*, recientemente publicadas, de Ivan Tolstoi, ministro de Educación en 1905-1906, que la opinión -el "pueblo" ruso- estaría agradecido hacia el zar, sin comprender que esta opinión, y este pueblo, se situaba ya en otra dimensión política.

El fin del Antiguo Régimen

Se han escrito bibliotecas enteras, con una perspectiva teleológica inevitable, sobre los orígenes del hundimiento poco glorioso del Antiguo Régimen ruso. Las pistas más prometedoras llevan por tres direcciones. Primero, la debilidad institucional de Rusia. Witte había conseguido imponer al zar como un jefe de Gobierno a la cabeza de un consejo de ministros renovado. Pero el Consejo de Estado, el Consejo de ministros (y al principio el comité de ministros), los ministros mismos se ponían trabas mutuamente y necesitaban la intervención directa del emperador para poder funcionar.

Más tarde, la progresiva regresión de la monarquía, puesta en valor por los trabajos del historiador Richard Wortman. Bajo la influencia de ciertos sectores de opinión, herederos de los eslavófilos, Nicolás II, más todavía que Alejandro III, buscó sus modelos en la Moscovia del s. XVII y soñó con un contacto directo con el pueblo. Los proyectos abortados de un Sipiaguine, ministro del Interior hasta su asesinato en 1902, son a este respecto muy reveladores. Había querido hacer de una anacrónica y extraña Oficina de demandas una instancia suprema de control de todo el aparato gubernamental.

En fin, la debilidad incluso de la idea de la política, desacre-

ditada por la lengua rusa por el término de "politiquería" (*politikanstvo*). Es significativo que las dos grandes reformas en los dos momentos que hemos evocado fueran reformas sociales: liberación de los siervos y reformas Stolypine, estas incluso, dicho sea de paso, reciben hoy más aprobación en los manuales escolares rusos y entre muchos historiadores nacionalistas. Estas reformas no debían prácticamente nada a los modelos extranjeros y se inscribían en una historia rusa muy autóctona, y apuntaban solo a la sociedad, en este caso campesina: como si la reforma social pudiera ahorrar la reforma política y como si el mujik ruso, a los ojos de los "mujikófilos", de quienes el ministro del Interior Petr Valouev ya se había burlado de ellos en 1861, constituyera el único y verdadero asunto interior del Estado ruso.

Una reforma política audaz decidida a tiempo, cuando era posible, entre 1855 a 1904, hubiera podido quizá salvar a la monarquía. Hubiera hecho falta para esto otros hombres, mucho más políticos o visionarios, para imaginarla y aplicarla. Ahora bien, su ausencia se explica justamente por las especificidades del modo de gobernar ruso. Eso es tanto como decir que hubiera hecho falta una serie de milagros.

L'Histoire, n.º 344, julio-agosto 2009, pp. 50 a 55.

EL SOVIET DE PETROGRADO. EL SUEÑO ROTO DE LA DEMOCRACIA DIRECTA

CREADO EL 27 DE FEBRERO DE 1917, EL SOVIET DE PETROGRADO QUERÍA SER EL ÓRGANO REPRESENTATIVO DE OBREROS Y SOLDADOS; 3000 DELEGADOS ACUDIERON A FINALES DE MARZO. ¿GOBIERNO O PARLAMENTO? ¿COMPETIRÍA CON EL GOBIERNO PROVISIONAL ESTABLECIDO EN EL MISMO MOMENTO?

Emilia Koustova

La historia del soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado durante el año 1917 es ante todo la de una organización que se encontró, defendiendo su existencia, investida de un poder de hecho; después, cuando el poder público le hizo encallar oficialmente, fue pronto deshabilitado. Que embarrancara no impide que esta institución, nacida en la tormenta revolucionaria, haya guardado durante mucho tiempo el gran sueño de la democracia directa.

Un Cuartel General en el palacio de Táuride

Cuando comenzó la sublevación popular en Petrogrado el 23 de febrero las principales escenas de la contestación fueron las fábricas y los barrios de obreros, así como las calles y las plazas del centro de la ciudad. Sin embargo, pronto, un lugar se distinguió: el palacio de Táuride, sede de la Duma, el Parlamento ruso, transformado por el curso de los acontecimientos en Cuartel General de la revolución. En busca de coordinación, las masas y los regimientos amotinados acudieron delante de su columnata y tomaron sus salones bajo las cúpulas y las lámparas de araña de este palacio neoclásico. En su ala derecha, una parte de los parlamentarios se reunieron en asamblea el 27 de febrero y, después de varias dudas, formaron un comité provisional de la Duma, convertido el 2 de marzo en Gobierno provisional. A la vez, en el ala izquierda del palacio (simetría fortuita, pero cargada de simbolismo) se colocó el soviet de diputados obreros de Petrogrado.

Este organismo vio la luz gracias a la convergencia de las iniciativas tomadas en la base: la idea nació el 24 de febrero en las fábricas donde a veces se realizaban elecciones de delegados. Pero su nacimiento debe también mucho a las gestiones de algunos militantes de izquierda que, reunidos en el palacio de Táuride, llamaron a obreros y soldados para elegir representantes y enviarlos a la primera reunión del Soviet, convocada el 27 por la noche.

Todos ellos se inspiraron en un precedente: en 1905, durante la primera revolución rusa, en unas cincuenta ciudades, entre ellas San Petersburgo, los obreros habían formado asambleas, soviets, para coordinar su movimiento. A pesar de su corta existencia -la mayoría de ellos fueron desmantelados y sus miembros arrestados entre diciembre de 1905 y enero de 1906- esta experiencia de democracia popular directa marcó profundamente el movimiento obrero ruso. Desde febrero de 1917, el modelo y el nombre fueron retomados, con importantes novedades: la integración de los representantes de los soldados, el papel jugado por los partidos de izquierda, las funciones ejercidas por el Soviet y sus relaciones políticas.

La primera sesión del Soviet el 27 de febrero reunió a más de 200 participantes. Los obreros eran minoritarios, había faltado

tiempo para organizar las elecciones en todas las fábricas. Desde el día siguiente varios centenares de delegados apresuradamente elegidos se congregaron de toda la ciudad para participar en la segunda sesión plenaria. El 1 de marzo de 1917, los representantes de las tropas fueron oficialmente integrados en la organización que tomó el nombre de Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Día a día, nuevos delegados se añadieron a los que ya se habían reunido.

A finales del mes de marzo, eran cerca de 3000 participando en las sesiones plenarias, que alternaban con las reuniones organizadas por sección (la de los obreros y la de los soldados).

No fue nada difícil entonces incorporarse al soviet cuando se ardía de ardor revolucionario y, sobre todo, cuando se llevaba uniforme. A pesar de las tentativas para definir reglas y verificar los mandatos, muchos intrusos se invitaban en la sesión. Los soldados llevaban ventaja: toda unidad, independientemente de su tamaño (graduación), podía enviar un delegado, mientras que los obreros elegían diputado por empresa o, en las grandes fábricas, uno cada 1000 personas. Fue así, según la expresión de Trotski, cómo "el gris de los capotes militares se convirtió en el color de fondo [de la asamblea] soviético". Al lado de los 800 diputados obreros se sentaban, en efecto, 2000 soldados.

Si el ejército dominaba cuantitativamente, los militantes de izquierda, la mayoría provenientes de la *intelligentsia*, iban pronto a tener su protagonismo. Se trataba de diferentes corrientes de la socialdemocracia rusa, al principio mencheviques, y socialistas-revolucionarios, populares principalmente en el seno del campesinado y cuya influencia se acrecentó con la llegada de los soldados, provenientes en su mayoría del campo.

Un "río desbordado"

Habiendo liberado la palabra y abierto la política a las masas, Febrero transformó provisionalmente Rusia con un océano de mítines y de deliberaciones improvisadas. El soviet de Petrogrado era espejo de esta revolución: sus sesiones tenían mucho en común con las concentraciones espontáneas que ocurrían al lado, en la sala Catalina del palacio de Táuride, y sobre todo en el exterior. En los primeros días, las sesiones plenarias vieron desfilar a los representantes de las tropas que venían a saludar a la revolución y los individuos que acudían para anunciar "noticias extraordinarias", haciendo que fuese en vano toda tentativa de seguir el orden del día. Algunos veían la expresión del carácter popular de la revolución, como Trotski comparando la primera sesión del Soviet a un "río desbordado" que no conocía "ni reglas ni límites", reflejo de una evolución "poderosa pero todavía ingenua de ingenuidad infantil". Los líderes del Soviet buscaron cómo introducir procedimientos: crearon una comisión de verificación de los mandatos, hicieron elegir a un presidente de la sesión y sometieron a voto las decisiones que iban a convertirse en decretos y declaraciones. Pero, en la práctica, el respeto a estas reglas se revelaba difícil. Los participantes parecían poco comprometidos con los rituales llegados de la cultura política de las élites y no dudaban, por ejemplo, en proceder por aclamación más que por voto, como fue el caso en que el muy popular Kérenski pidió a la asamblea que apoyara su decisión de entrar en el Gobierno.

Varias tentativas se hicieron entonces para hacer el soviet más eficaz: el número de diputados se redujo (serán alrededor de 1000 en verano), las sesiones plenarias, espaciadas. La primera asamblea eligió el 27 de febrero un comité ejecutivo que se encargó de las tareas más urgentes, tales como la organización del avituallamiento de las tropas o las negociaciones con el comité provisional de la Duma. Llevando todo el trabajo cotidiano y tomando decisiones sin consultar al conjunto de los diputados,

elaborando el orden del día y preparando la mayoría de los textos sometidos al voto de la asamblea plenaria, el comité ejecutivo iba a orientar mucho las políticas del soviet.

Del gran Comité al pequeño Buró

Los intelectuales dominaban en el seno de esta instancia: a finales de marzo, contaba con 41 miembros de los que solo 7 eran obreros y 8 soldados. Si, al principio, los partidos estaban representados en el Comité por segundos espadas, después de algunas semanas, la situación había cambiado: con el regreso del exilio de los dirigentes, un número de los que habían estado en la creación del soviet debieron ceder la dirección a los socialistas curtidos. Así, pronto hubo en el comité ejecutivo líderes mencheviques como Fiodor Dan, Irakli Tsereteli, Matvéi Skobelev, socialistas-revolucionarios como Viktor Chernov, Alexandre Kérenski, así como Lev Kámenev, Josef Stalin y Viacheslav Molotov por los bolcheviques. La llegada de estas personalidades aumentó mucho el peso de los partidos y transformó el Soviet en un espacio de enfrentamientos políticos.

Dos tendencias contradictorias se enredaban: por un lado, el aumento del número de miembros con el fin de ensanchar la representación y de reforzar así la legitimidad; la transmisión del poder hacia círculos restringidos, por un lado. A fuerza de integrar, entre marzo y abril, varios miembros suplementarios, principalmente una quincena de representantes de los soviets provinciales, el comité ejecutivo comprobó pronto que eran demasiados. Entonces, se creó un buró compuesto por una decena de miembros; se reunía casi diariamente y fue muy pronto autorizado a tomar decisiones políticas en los casos urgentes, para informar seguidamente al comité ejecutivo, que celebraba sus sesiones tres veces por semana. En paralelo, se crearon comisiones y departamentos, encargados de cuestiones tan variadas como el avituallamiento o los asuntos extranjeros. El Soviet, que los primeros días no había podido tener ningún acta de sus sesiones por falta de personal, se dotó de un aparato administrativo que contó con más de un centenar de empleados.

Un contrapoder

Nadie dudaría nunca de que su papel fuera esencial. Pero, ¿cómo definirlo? ¿Gobierno o parlamento? ¿Poderoso contrapoder que debilitó fatalmente al Gobierno provisional o polo de referencia entre tantos otros que fueron apareciendo en el paisaje político ruso en plena desintegración? Los debates surgieron entre los militantes desde sus primeros días y todavía hoy es una pasión para los historiadores. Si en el momento de su creación nadie o casi nadie veía en el Soviet un órgano de poder del Estado, el éxito de la insurrección de Febrero lo invistió de una gran autoridad. Enfrentándose al candente problema del vacío dejado por el hundimiento del antiguo régimen y de un poder revolucionario a construir, los dirigentes del Soviet eligieron dejar a los diputados de la Duma provenientes de los partidos liberales formar un Gobierno provisional y prometieron mantenerlo en la medida en que llevase una política de reformas democráticas.

El Soviet veía su papel aumentado en la defensa de los intereses de masas. Esperaba desmantelar los restos del Antiguo Régimen e introducir un "poder popular" gracias a la convocatoria de una asamblea constituyente. Así quedaban echados los cimientos de lo que se ha calificado durante mucho tiempo "doble poder político" *(dvoevlastie)*. No obstante, se trataba ante todo de una dependencia recíproca, pues el acuerdo encontrado entre el Soviet y el Gobierno provisional era de doble filo para los dos. Si, en lo inmediato, procuraba una legitimidad revolucionaria que cruelmente faltaba en el gabinete, oficializando el papel po-

lítico del Soviet, este apoyo condicional convertía al Gobierno en ser dependiente de la institución popular, pero también hacía llevar a este último una parte grandísima de la responsabilidad de la política gubernamental.

¿Por qué el Soviet no quiso retener el poder que el pueblo y el ejército en las calles parecían poner a sus pies desde el 27 de febrero? ¿Por qué metió prisa a los diputados de la Duma para formar un gobierno y aportó su apoyo a este gabinete calificado de "burgués"? ¿Por qué, finalmente, continuó rechazando el tomar directamente el poder, pero aceptó seguidamente compartir más las responsabilidades con el Gobierno provisional? A partir de abril envió a sus representantes a los gabinetes de coalición y en junio votó la confianza en el Gobierno desde el I Congreso panruso de soviets.

Numerosas hipótesis aparecen para explicar lo que Trotski llamó " *la paradoja de la revolución de febrero*": el peso de las teorías socialistas prohibiendo quemar las etapas entre una revolución contra el Antiguo Régimen, que debía llevar al poder a un gobierno "burgués", y una revolución socialista, cuyas condiciones no estaban dadas todavía en Rusia; la convicción extendida entre los intelectuales, según la cual toda revolución era seguida de contrarrevolución, hacía indispensable la búsqueda de compromisos y el ensanchamiento de apoyos. Ni la izquierda con el Soviet ni los liberales con el Gobierno provisional tenían suficiente influencia para ponerse solos a la cabeza de la revolución.

El soviet, aspirando a representar a los intereses populares frente al Gobierno, actuó en la práctica como poder público a medio camino entre el Parlamento y el Gobierno, publicando decretos, controlando al Gobierno y acaparando numerosas funciones ejecutivas. Constituyó, por otro lado, un punto de partida para la creación de un tipo nuevo de poder público.

"¡Todo el poder para los soviets!"

Gracias a su situación particular, el soviet de Petrogrado intervenía, sin ponerlos totalmente a su cargo ni tener este papel oficialmente reconocido, en numerosos campos de la política de Estado a nivel nacional, en asuntos extranjeros para controlar el Ejército. Como para los demás soviets locales, fue sin embargo el más activo en la protección de los derechos de los trabajadores, consiguiendo en especial la introducción de una jornada de ocho horas, favoreciendo la creación de sindicatos, etc. Intervenía igualmente en el avituallamiento de Petrogrado y en otros asuntos importantes de la administración municipal.

La importancia del soviet de Petrogrado venía no sólo de los apoyos de los que gozaba en la capital, sino también del hecho de que sirvió de modelo para la formación de centenares de otros soviets a través de todo el país. Ante a la amplitud de esta primera sovietización, se sintió rápidamente una necesidad de disponer de un órgano representativo a escala nacional. Así, a la invitación del comité ejecutivo del soviet de Petrogrado, sus homólogos en provincias eligieron a sus delegados en el I Congreso panruso de los soviets de diputados obreros y soldados.

Reunidos en la capital en junio de 1917, los delegados eran casi 1100 representando a un poco menos de 400 organizaciones y 17,5 millones de electores (contra 90 millones en la Asamblea constituyente). La convocatoria del Congreso y la creación de sus órganos permanentes conducían a precisar un proyecto alternativo de la representación nacional, de la misma manera que la emergencia de los soviets, y principalmente el de Petrogrado, había permitido pretender un nuevo tipo de poder local.

Esta alternativa se expresó en la famosa palabra de orden de Lenin: "*¡Todo el poder para los soviets!*"

Esta reivindicación formulada por el dirigente de un partido marginal se convirtió en pocos meses en uno de los eslogans más

populares que consiguió aliar a todos los descontentos. En el momento en que Lenin volvía del exilio y lanzaba esta reivindicación en sus "Tesis de Abril", los bolcheviques no disponían más que de algunas decenas de diputados en el seno del soviet de Petrogrado.

Varias oleadas de elecciones iban a traer nuevos apoyos, que reflejan claramente el descontento creciente en el seno de las clases populares y de los partidos socialistas. El cursor se desplazaba cada vez más a la izquierda.

No pudiendo aportar respuestas a los grandes desafíos a los que era confrontada Rusia (la salida de la guerra, el reparto de tierras o el hundimiento de la economía), el Gobierno perdía su popularidad. De crisis en crisis, la idea de transferir el poder a los soviets se impuso. Ahora bien, este principio fue durante mucho tiempo rechazado por los socialistas moderados, fieles a su compromiso en favor del Gobierno provisional y de una representación política más amplia, representada principalmente en el proyecto de Asamblea constituyente.

La zanja se agrandaba así entre los líderes de la izquierda moderada y su base, conduciendo a la "bolchevización" de los soviets. En Petrogrado todo empezó en la sección obrera del soviet, después acabó por repercutir en la composición de sus instancias dirigentes. El 25 septiembre, la elección del bolchevique Lev (León) Trotski a la cabeza del comité ejecutivo selló la ruptura entre el Gobierno y los socialistas moderados, por una parte, y, por la otra, entre los soviets y la izquierda radical, que exigían la formación de un gobierno socialista y la transferencia de todo el poder a los soviets. Esta solución, ya aplicada en algunas ciudades, parecía inevitable. Se esperaba que el II Congreso panruso de los soviets, cuya apertura estaba prevista para el 20, primero, y para el 25 de octubre, después, le daba una forma oficial y legítima.

LA LLAMADA DEL SOVIET

"El viejo poder debe ser definitivamente derribado para poner en su lugar a un gobierno popular. Ahí está la salvación de Rusia. Con el fin de ganar este combate por la democracia, el pueblo debe crear su propio órgano de poder. Ayer, 27 de febrero, se formó un soviet de diputados obreros compuesto por representantes de fábricas y de talleres, de regimientos insurgentes, de partidos políticos y grupos democráticos. El soviet de diputados obreros, reunido en la Duma de Estado, se fija como tarea esencial organizar las fuerzas populares y combatir para la consolidación de la libertad política y del gobierno popular.[...]

Invitamos a la población entera a unirse inmediatamente al soviet, a organizar comités locales en los barrios y a tomar entre sus manos la dirección de todos los asuntos locales.

Todos juntos, con nuestras fuerzas unidas, luchamos por barrer completamente el viejo gobierno y para reunir una asamblea constituyente sobre la base del sufragio igual, secreto y directo".

Llamada del soviet de los diputados obreros de Petrogrado a los habitantes de Petrogrado y de Rusia. **Izvestia*****, 28 de febrero de 1917, versión retocada de la traducción francesa publicada en Marc Ferro (dir.), "1917. Los hombres de la revolución. Testimonios y documentos",*** **Omnibus*****, 201, pp. 310-311.***

SOVIETS POR CENTENAS

El soviet de Petrogrado sirvió de modelo para la formación de centenares de otros soviets por todo el país. Sin constituir una estructura jerarquizada, estas organizaciones percibían al soviet de Petrogrado como una autoridad a consultar y a menudo una referencia a seguir. En marzo, se contaban ya más de 600; en octubre de 1917 eran alrededor de 1500, de los cuales 706 eran soviets de diputados obreros y soldados, 455 soviets campesinos y 235 soviets reuniendo a las tres categorías. Variantes originales vieron también la luz, reuniendo a delegados de cosacos o de marineros, de "obreros musulmanes" o de "*intelligentsia* trabajadora".

La composición y el peso de los soviets en la vida local variaron según los lugares. Sin embargo, todos entraron en interacción y competencia con los órganos de auto-administración antiguos y modernos, como los municipios, los comités de seguridad pública o los comisarios del Gobierno provisional. Tendieron a no limitarse a la defensa de las clases populares, sino que buscaron adoptar funciones más amplias, participando no tanto en el "doble poder", como en la disgregación y en la dispersión de este entre los múltiples polos de referencia. Se dotaron de instancias ejecutivas y de un aparato administrativo.

E. P.

La manera en que los bolcheviques tomaron el poder en Petrogrado el 2 de octubre, anticipando la decisión del Congreso y recurriendo a la fuerza militar, determinó la ruptura en el seno de la izquierda, comprometió la realización de la famosa consigna. De ahí la sorprendente acta de Máximo Gorki, quien el 7 de diciembre de 1917 escribía: *La importancia de los soviets es ya del pasado, se hunden en la nada. [...] Una república de los soviets... Palabras vacías de sentido. En verdad, se trata de una república de un pequeño número, la república de algunos comisarios del pueblo.*

El Soviet llevaba consigo el germen de la burocratización. Sufrió una rápida radicalización, que ensanchó la distancia entre la base y los dirigentes y preparó la llegada de los bolcheviques, abriendo las puertas a la dictadura de un partido. Así, sobre los escombros de la "república de los soviets" nació el régimen que se dirá "soviético" que habría de durar setenta años y que vería, cada vez que se ha abierto un paréntesis contestatario (de la revuelta de los marineros de Kronstadt en 1921 a la Perestroika), resurgir la llamada a reelegir a los soviets y a transferirles, en fin, "todo el poder".

Las mujeres pudieron realizarse en todos los campos

1917. AÑO DE TODAS LAS REVOLUCIONES.
LOS BOLCHEVIQUES QUERÍAN ACABAR CON EL MODELO FAMILIAR BURGUÉS. ENTREVISTA CON EL HISTORIADOR ALEXANDRE ROJKOV, ESPECIALISTA DE LA VIDA COTIDIANA, DE LA JUVENTUD Y DE LA HISTORIA SOCIAL.

María Soboleva

María Soboleva: ¿En su modelo de sociedad, que lugar reservaban al amor los ideólogos del marxismo?

Alexandre Rojkov: El amor se integraba dentro del "gran discurso" marxista o revolucionario, unido con las cuestiones económicas o políticas esenciales. Marx estimaba que la relación de hombre y mujer era el marco de la medida del nivel cultural del individuo. Era partidario de la emancipación en general (incluidas las mujeres) y defendía bastante firmemente la liberación del divorcio. Engels escribió que la destrucción de los fundamentos económicos de la familia burguesa iba a modificar el carácter de las relaciones familiares: el cuidado de los niños sería un asunto de la colectividad, ya fueran nacidos de un matrimonio o de una unión civil. Al mismo tiempo reconocía no saber, exactamente, lo que reemplazaría los pilares destruidos del matrimonio.

¿Qué pensaban de eso los bolcheviques?

Fueron constantes en su voluntad de conceder a las mujeres la igualdad de derechos. Y las mujeres tuvieron, en efecto, la posibilidad de realizarse en todos los campos. Pero hicieron falta muchos años para destruir el conocido "hogar familiar" y liberar a las mujeres de la "esclavitud de la cocina", fomentando las redes de maternidades, de cocina colectiva, de guarderías y colegios con los que soñaban los bolcheviques. Como escribió Trotski en 1936 en *La Revolución traicionada*, hablando de "Thermidor en el hogar" [la burocratización del Estado obrero había hecho según él ir hacia atrás la experiencia de la revolución], la caída del antiguo modelo familiar había fracasado.

Entre las obras de los pensadores de la sexualidad, *Doce Mandamientos sexuales del proletariado*, de Aron Zalkind, publicado en 1924, fue el que tuvo más éxito. Este seudo-marxista prescribía al proletariado preservar su energía sexual con el fin de guardar sus fuerzas para la lucha de clases. Según él, era más importante la colectividad de los trabajadores que el amor: "Es necesario que el colectivo sea más atractivo que una pareja sexual". Al mismo tiempo, Zalkind solo concebía la relación sexual como un sentimiento amoroso y el acto sexual como el último estado de la emoción amorosa. Hay que notar igualmente las exigencias enunciadas en materia de frecuencia de los emparejamientos, de la fidelidad hacia su pareja y de la responsabilidad frente a un eventual embarazo. Las perversiones sexuales eran tabúes, igual que el flirteo y los celos.

En 1923, Alexandra Kollontai publica un célebre artículo, "¡Abran paso al Eros alado!". ¿Cuál es su tesis?

No es tanto cuestión de amor y de erotismo como de lucha

ideológica encarnecida entre dos culturas, la de la burguesía y la del proletariado. Kollontai explica que con la paz llegó el tiempo de abrir la vía a Eros alado (el amor sentimental), pues durante la guerra civil (1917-1923) reinaba "el instinto primitivo de reproducción" o "Eros sin alas". Entonces hacía falta preservar las fuerzas morales del proletariado de las "emociones secundarias".

Para Kollontai, la ideología proletaria debe cultivar el sentimiento amoroso entre los sexos, con el espíritu de una camaradería solidaria. Y el amor de los unos hacia los otros en el seno del colectivo obrero debe subordinarse a un sentimiento superior, el amor-deber hacia el colectivo.

En los años 1920, los jóvenes crearon muchas comunas. ¿Era un entorno favorable para el amor del colectivo?

Los años 1923-1924 correspondieron al apogeo de las comunidades. Podían componerse de algunas personas, como de decenas o de centenares de individuos. " ¡Ya no queremos vivir a la antigua!" era el eslogan de la juventud estudiante de la época. Pero la vida en comunidad entraba rápidamente en contradicción con las aspiraciones personales. Generalmente, solo sobrevivían las comunas en las que la voluntad social de los estudiantes respondía a objetivos más pragmáticos que ideológicos; a saber, la puesta en común de escasos ingresos para no morir de hambre.

¿Quedaba lugar para el amor?

Nuestros contemporáneos imaginan seguramente las comunas como hogares de vida sexual desatada. Por supuesto, no eran monasterios. Pero dos factores al menos eran obstáculo para la fundación de familias. El primero era moral: los comuneros no se definían como maridos y mujeres, sino como hermanos y hermanas. El segundo era material: los comuneros, como todos los soviéticos, sufrían por la falta de alojamientos.

Por lo demás, cada comuna tenía sus reglas. En la comuna n.º 2 de la universidad de Moscú, por ejemplo, estaba prohibido incluso pensar en el amor. Un comunero quiso invitar al teatro a una komsomol que le había gustado. El contable de la comunidad rehusó darle el dinero de los billetes, argumentando que esos fondos debían servir para reparar suelas "y no para financiar el individualismo".

¿El colectivo impedía, pues, la formación de parejas?

Para volver a tomar la feliz metáfora del demógrafo Anatoli Vichnesvski, que compara la situación del campesino en la sociedad a una muñeca rusa (campesino, familia, comunidad, Estado), los comuneros no querían que dentro de la "gran matriosca" de la comunidad apareciesen pequeñas "matrioscas familiares". Con la familia y el amor se corría el riesgo de destruir la unidad de la comunidad, y los comuneros se oponían instintivamente a toda aspiración separatista.

¿Cuáles fueron los cambios en la forma de comenzar una relación sexual?

La mezcla caótica de diferentes prácticas sexuales, la vuelta a la pregunta del amor libre y la destrucción rápida de los antiguos principios de moral sexual permiten hablar de cambios explosivos y dionisíacos. La relación con la sexualidad evolucionó sobre todo en la sicología femenina. Una estudiante de los años 1920 reconocía con orgullo: "Nuestras hijas saben perfectamente lo que esperan de los chicos". Muchas de ellas se emparejan con ellos sin "remordimiento" particular, siguiendo su "inclinación natural".

Dos decretos bolcheviques, adoptados los días 19 y 20 de diciembre de 1917, fueron las piedras angulares de esta revolución sexual: el decreto "Sobre el divorcio" y el "Sobre la unión civil, los hijos y la inscripción civil", que Lenin veía como una revolución del matrimonio. Se consideraba a partir de entonces como marido y mujer toda pareja que vivía en común acuerdo en concubinato. El hombre perdía su poder sin límites en el seno de la familia, la mujer se convertía en compañera igual en derechos en el seno de la pareja.

No se puede analizar este fenómeno sin tener en cuenta lo que se llama la segunda fase de transición demográfica, con el paso de la familia numerosa a una familia más reducida, unida a la necesidad de planificar y de regular la natalidad, que condujo al régimen soviético desde el principio a autorizar el aborto. Esto es esencial para comprender las razones, las condiciones de la revolución sexual, más que el que las jóvenes desnudas en las calles de Petrogrado exhibieran banderolas de "Abajo el pudor".

¿Los chicos consideraban a las mujeres, por fin, como más accesibles?

En algunos círculos de jóvenes proletarios, la violación de las "burguesas", de las nobles, era considerado como el triunfo de la justicia de clase. Y, al principio, el derecho revolucionario no castigaba más esta violación que el robo de un arenque. Así mismo, las "camaradas" del komsomol parecían accesibles (o al menos eran percibidas como tales por los hombres). Se consideraba más normal tener una relación sexual sin amor con un miembro del komsomol que pagar a una prostituta.

En los años 1920, el número de violaciones explotó, hasta el punto de convertirse en una amenaza real para el orden público. Muchos komsomols, en particular en el campo, se distinguían por su desenfreno sexual. Las chicas que rechazaban tener relaciones con los funcionarios del komsomol eran a menudo excluidas de la organización con un falso motivo. Las persecuciones tomaban diversas formas, llegando hasta el asesinato por haber rechazado "el amor libre komsomol".

¿Cómo evolucionó la relación con la homosexualidad?

Antes de la revolución, la homosexualidad masculina estaba prohibida en Rusia, pero las prácticas homosexuales de personalidades ricas y famosas no eran reprimidas por la policía [el lesbianismo no estaba castigado por la ley]. Antes, como después de la revolución, la sociedad, a excepción de los medios bohemios de la capital, consideraba la homosexualidad como una anomalía, una depravación, pero sin agresividad particular. Cerraban los ojos.

Al llegar al poder, los bolcheviques no inscribieron las relaciones homosexuales consentidas entre mayores en el Código penal de 1922. Hay que hacer notar que esta actitud progresista deriva de una relación negativa con la Iglesia ortodoxa rusa. Por otra parte, en el Cáucaso y en Asia central, la penalización de la homosexualidad se mantuvo. Después, en 1934, fue introducida discretamente en el Código penal soviético [y estuvo en vigor hasta 1993].

En los años 1930, muchas de las experiencias de la revolución sexual se las llevó una ola conservadora. ¿Qué fue lo que desencadenó este proceso?

A mitad de los años 1920, el discurso de los ideólogos del poder sobre el amor, la familia y el matrimonio fue más matizado. En los discursos y los escritos de Nikolái Bujarin, Anatoli Lunacharski, León Trotski, descubren la voluntad de calmar los ardores de los proletarios. El concepto de amor libre está desde

TRES NINFAS DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Lili Brik (1991-1978)

Musa y gran amor del poeta revolucionario Vladimir Maïakovski, la hermana de Elsa Triolet fue también la inspiradora de gran número de artistas de la vanguardia rusa. Su esposo, Ossip Brik, debió de aceptar todas sus relaciones, libre de vivir un *ménage à trois*. "Si Kollontai hizo época, Brik fue el producto más puro", según la revista femenina rusa *Aprel*.

Alexandra Kollontai (1872-1952)

Comisaria del pueblo para la Asistencia Pública en el Gobierno bolchevique desde noviembre de 1917 a marzo de 1918, fue la primera mujer ministra de la historia. Apodada la "walkiria de la revolución", preconizaba "la legalización de la bigamia y de la poliandria". De ella es la frase: "Para un comunista, el acto sexual debe ser tan simple como beber un vaso de agua".

Inés Armand (1874-1920)

Después de haberse casado con la causa socialista, esta francesa de origen fue la amante de Lenin, cohabitando durante un tiempo con este último y su esposa, Nadejda Kroupskaïa. "Si Kollontai y Brik eran practicantes de la revolución sexual, Armand era la teórica" escribe *Aprel*.

"Fue una de las creadoras de la sección femenina del Comité central, que trabajaba para elaborar una política de emancipación y de liberación sexual".

ese momento presente como una clase de embriaguez revolucionaria de la que ya es hora de librarse.

En mitad de los años 1930, se asiste verdaderamente a la congelación del discurso oficial sobre la cuestión sexual. Las autoridades introducen en la consciencia colectiva la idea de ascetismo y de deserotización. Hasta los años 1990, el moralismo va a reinar en la esfera de lo íntimo alcanzando su apogeo con la famosa tesis: "No hay sexo en la Unión Soviética".

Lenta.ru, publicado el 21 de diciembre de 2016.

El anarquismo en la Revolución Rusa

Julián Vadillo aborda aquí un tema maltratado, tergiversado o apenas abordado por los especialistas: el papel de los anarquistas en la Revolución. Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, Julián Vadillo Muñoz (Madrid, 1981) se ha especializado en la historia del movimiento obrero, sobre el que lleva publicados una serie de libros.

Una entrevista de Félix Población a
Juan Vadillo

Desde muy joven, Vadillo ha centrado sobre todo su interés en la Revolución Rusa, de la que este año se cumple un siglo. Con tal motivo ha escrito, tras algunos años de recopilar información y fuentes, *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución Rusa* (Ed. Volapük), una obra en la que ha pretendido sacar del ostracismo y de los lugares comunes de la historia -según sus propias palabras- el protagonismo del anarquismo ruso, un tema maltratado, tergiversado o apenas abordado por los especialistas cuando estudian un acontecimiento de tanta trascendencia histórica para el devenir del siglo XX.

Das para empezar sendas y obligadas sinopsis biográficas de Bakunin y Kropotkin, por la influencia que uno y otro tuvieron en el anarquismo internacional. ¿Me podrías especificar el grado respectivo de esa influencia en Rusia?

Una de las razones que me llevaron a investigar el anarquismo en la Revolución Rusa fue, precisamente, que era inverosímil que siendo rusos dos de los principales ideólogos del anarquismo, esta ideología no tuviese influencia en el proceso revolucionario. Bakunin no dejaba de ser un personaje emblemático y mítico. Su concepto de la organización revolucionaria fue tenido en cuenta no solo por anarquistas sino también por socialistas revolucionarios o por el propio Lenin, que mostró un gran respeto por él (un obelisco en Moscú así lo atestigua, junto al Kremlin). Pero sin embargo, la forma de organización en grupos anarquistas y la ideología del comunismo libertario de Kropotkin supuso para la organización libertaria rusa mayor atractivo. Además, Kropotkin vivió la revolución de 1917 de primera mano, pues regresó a Rusia y fue testigo de todo el proceso que se desató con la victoria de los bolcheviques. Su muerte en febrero de 1921 fue uno de los últimos actos del anarquismo ruso, que viviría posteriormente la represión definitiva de sus estructuras políticas y sindicales.

¿Qué incidencia tuvo el movimiento libertario en la revolución de 1905 y qué consecuencias sacaron de la misma el anarquismo y el sindicalismo ruso de base libertaria tras la brutal represión que hubo de sufrir después?

La influencia fue dispar dependiendo de la zona. En ciudades como Bialystok y Krinki, el anarquismo fue protagonista, y durante la Revolución de 1905 su participación fue importante. Por el contrario, en San Petersburgo o Moscú el anarquismo era más embrionario y los grupos que se impusieron fueron los que tenían a la violencia política como eje fundamental, sin una

coordinación clara. En zonas de influencia sindical (sobre todo en la actual Ucrania) hubo lugares donde el sindicalismo revolucionario tuvo una importancia protagonista. Tras la Revolución de 1905, que pilló al anarquismo en una fase muy incipiente, las posturas que salen reforzadas fueron las que consideraban que el anarquismo se tenía que organizar a través de una federación de grupos y la que opinaba que había que incidir en el movimiento obrero (el sindicalismo). La corriente terrorista quedó desechada y sus integrantes desaparecieron por la fuerza de las circunstancias o en la oleada represiva que el zarismo impuso a partir de 1906.

¿Qué posturas se dieron en el anarquismo ruso ante la Primera Guerra Mundial, tan decisiva para entender el estallido de la Revolución de 1917?

El estallido de la Primera Guerra Mundial supuso una ruptura de la histórica posición antibelicista del Internacionalismo proletario representado por las Internacionales. En el caso del socialismo fue paradigmático, pues había lugares donde había alcanzado cuotas parlamentarias y los militantes dividieron el movimiento en función de los créditos de guerra. Otros socialistas mantuvieron sus postulados pacifistas, lo que motivó una división en el interior del socialismo internacional. El anarquismo, a nivel general, se mantuvo en su fiel postura pacifista y antibélica. Llegaron, incluso, a promover dos congresos por la paz, uno de ellos celebrado en Ferrol en 1915, que sirvió, más bien, para reorganizar las fuerzas de la CNT española. Sin embargo, surgió en el interior del anarquismo una sensibilidad que consideraba que, aunque la guerra era negativa, uno de los bandos en liza era peor solución que el otro. Que frente al imperialismo alemán había que defender los valores que Francia había trasmitido a la revolución mundial. Y a la cabeza de esta posición se situó, curiosamente, Kropotkin. Algo que no dejó de significar una conmoción en el movimiento anarquista internacional. Junto a él se situó otro de los anarquistas rusos más importantes del momento, Varlaam Cherkesov. Sin embargo, fueron minoritarios entre el movimiento anarquista. La mayoría del anarquismo internacional se mantuvo en posiciones antibélicas y condenó el "anarquismo aliadófilo" de Kropotkin. Enrico Malatesta mantuvo una posición coherente a las ideas libertarias en esta línea. Y tras él hubo muchos anarquistas rusos: Volin, Alexander Berkman, Emma Goldman, Gregori Maximov, etc. No dejó de ser un pequeño cisma que muchos reprocharon en el futuro a Kropotkin.

Al referirte a la diversidad de fuerzas que participaron en el proceso revolucionario, según las enuncia John Reed, llegas a decir que la figura de Lenin contaba en un principio no solo con la simpatía del socialismo revolucionario sino con la del anarquismo. ¿En qué sentido y hasta qué momento?

Para un trabajador o un campesino ruso de 1917 distinguir entre un bolchevique y un anarquista no era fácil. Los dos estaban contra la política del Gobierno provisional, los dos pedían el final de la guerra, ambos pedían todo el poder para los soviets, el reparto de la tierra, del pan, etc. Hay algunas escenas en la misma obra de John Reed que son sintomáticas, cuando los oradores tomaban la palabra en fábricas y se dirigían a los asistentes. Oradores de todas las tendencias políticas que pedían un nuevo paso en la revolución. Lenin era un magnífico estratega y era consciente de que el bolchevismo no era el movimiento obrero mayoritario entre los trabajadores. Por eso se tenía que ganar el favor de otras opciones políticas para el avance de sus propias ideas. Tanto las tesis de abril de 1917 como su libro *El*

Estado y la revolución estaban encaminados hacia ello. Algunos anarquistas entendieron incluso que Lenin ya no era marxista y estaba cambiando de ideas, pues hacía un llamamiento a la desaparición del Estado. Sin embargo, esa cuestión estaba muy lejos de la realidad. Y lo que tiene que quedar claro también es que en ningún momento hubo un pacto tácito entre las corrientes revolucionarias más a la izquierda (bolcheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas). Eran intereses comunes desde la diversidad. El cambio en estas percepciones se produjo cuando los bolcheviques tomaron el poder y desde ahí tomaron medidas que les alejaban de sus antiguos "socios" revolucionarios en soviets y fábricas.

Para Anatol Gorelik, el anarquismo nunca logró estar unido y esa fue, a su juicio, una de las bases de su debilidad de cara a una incidencia mayor en el desarrollo revolucionario de 1917. ¿Cuáles fueron las otras?

Gorelik apunta a la base fundamental, pues todas las demás vienen derivadas de ahí. La dispersión de fuerzas fue el gran inconveniente del anarquismo, así como las distintas visiones que cada anarquista, lugar y grupo daba al desarrollo revolucionario. Eso llevó a que muchos de ellos se acabaran integrando en las estructuras de poder, lo que generó una pérdida de fuerzas. La diversidad de ideas, que en muchas ocasiones en la historia de la izquierda ha jugado un papel positivo, para el anarquismo ruso significó un problema. Además, a partir de octubre de 1917 el bolchevismo se encontró con todas las herramientas del Estado que los anarquistas no tenían. La fuerza del bolchevismo no solo fue numérica (en zonas como Ucrania no eran mayoritarios), sino que se apoyó en los aparatos represivos que tuvo a su alcance. Baste decir un dato: en octubre se produce la toma del poder político y en diciembre comienza a desarrollar sus actividades la *Tcheka*, policía política. Lo que se concibió como un aparato para perseguir la contrarrevolución se torna persecución a todos los que no piensan como los bolcheviques. Por otra parte, y no menos importante, el bolchevismo logró imponer su propia propaganda y se mostró más persuasivo, lo que hizo que el anarquismo decreciese en muchos lugares frente a sus rivales. El poder de la propaganda y el presentar al anarquismo como enemigo jugó un papel nada desdeñable.

La paz de Brest-Litovsk, aprobada por el nuevo gobierno soviético, fue muy criticada por los anarquistas, pero los puntos de mayor disensión entre bolcheviques y anarquistas se dieron por cuestiones económicas. Los anarquistas estaban en contra del control de la producción por parte del Estado. ¿Cómo se fue dando el calendario de esas disensiones y con qué efectos represivos sobre el movimiento libertario?

La toma del poder por los bolcheviques en octubre en 1917 hizo aflorar las diferencias entre las facciones revolucionarias. La Paz de Brest-Litovsk fue para los anarquistas (y otros revolucionarios) un paso atrás y una cesión a los intereses del imperialismo. A nivel económico, los anarquistas hablaban del poder de los soviets como entidades que gestionasen la política y los medios de producción y consumo directamente. Una gestión directa por parte de los trabajadores de la economía del país. Los anarquistas denunciaron que el bolchevismo lo que estaba llevando a cabo era una política de estatalización económica y que los soviets se estaban convirtiendo en meras correas de transmisión del partido en los centros de producción, donde la diversidad de posiciones estaba siendo cercenada. Estas diferencias hicieron que el anarquismo comenzase a criticar duramente al Gobierno. Y este respondiese con la clausura de sus centros y

de sus cabeceras de periódicos, alegando "derrotismo y contrarrevolución". Muchos anarquistas fueron detenidos y encarcelados. Fue a partir de abril de 1918 cuando ese choque fue más frontal, teniendo en cuenta que todos los revolucionarios estaban en guerra civil contra las fuerzas opositoras a la revolución.

¿Qué supuso la revolución majnovista y la Confederación de Organizaciones Anarquistas Nabat?¿Qué más nos puedes decir de lo que apuntas en el libro acerca del modelo educativo de Ferrer Guardia, aplicado por el movimiento majnovista?¿Fue o no un movimiento anarquista?

Si en algún sitio el anarquismo desarrolló su modelo estructural, económico y político fue en la zona de influencia majnovista en Ucrania. Tal como Majnó mostró a Lenin en su entrevista, el movimiento obrero ucraniano fue mayoritariamente anarquista y socialista revolucionario. Los bolcheviques fueron minoría. Lo que se comienza a estructurar en zonas del este ucraniano a partir de febrero de 1917 es un modelo revolucionario basado en la autogestión, en los soviets libres, en el control directo del campesino y el obrero de los medios de producción y un socialismo directo. Un modelo que vino acompañado de un nuevo concepto educativo, inaugurándose en Gulai Polé una escuela al estilo ferreriano. Para defender esas estructuras en un marco de revolución y guerra, Majnó configuró el Ejército Insurreccional Majnovista conformado por guerrilleros campesinos. Y Majnó lo defendió contra todos, si bien con los bolcheviques intentó llegar a acuerdos para mantener esas estructuras reconociendo los majnovistas el poder de Moscú siempre y cuando su modelo no fuese trastocado. Un acuerdo imposible, pues si bien a nivel militar hubo entendimiento nunca lo hubo a nivel político, eran dos modelos revolucionarios distintos. Sobre si fue o no anarquismo, Gorelik dice que no, aunque siendo un movimiento horizontal de las masas laboriosas ucranianas, los anarquistas se sintieron cómodos en él. De hecho el majnovismo actuaba de forma independiente a la Confederación de Organizaciones Anarquistas Nabat, único intento exitoso de los anarquistas rusos de articular un movimiento a gran escala. Aunque Gorelik con razón dice eso, lo cierto es que los integrantes del majnovismo eran mayoritariamente anarquistas. Empezando por Néstor Majnó y siguiendo por Víctor Belash, Taranovsky, Piotr Archinov, etc. Anarquismo y majnovismo son sinónimos en tal caso.

Afirmas en tu libro que es muy difícil entender el triunfo de la revolución de 1917 sin la participación de Kronstadt. Sin embargo, fue en Kronstadt donde los marinos se levantaron en marzo de 1921 movidos por el concepto de Tercera Revolución, una vez concluida la guerra civil. ¿Qué ideas y que Tercera Revolución fueron reprimidas en Kronstadt?

Kronstadt fue siempre una plaza de marinos revolucionarios inconformistas, que con sus intervenciones aceleraron los procesos de la revolución. Al estallar la revolución de febrero de 1917, Kronstadt fue prácticamente una república independiente dentro de Rusia, pues nunca obedeció al Gobierno provisional. Su soviet fue uno de los más plurales de toda la revolución, con todas las tendencias representadas. Los marinos de Kronstadt siempre estuvieron muy vinculados a los anarquistas y la crisis de la Dacha Durnovo se dejó ver de forma clara. Su participación en Octubre de 1917 es determinante y fueron los marinos de Kronstadt, encabezados por el anarquista Anatoli Zhelezniakov, quienes clausuraron la Asamblea Constituyente en 1918. Los marinos de Kronstadt aplazaron el debate del modelo re-

volucionario mientras duró la Guerra Civil. Pero una vez que era evidente el triunfo de las fuerzas revolucionarias quisieron denunciar que la política de los bolcheviques no era por la que habían luchado en octubre de 1917. Por eso se rebelan pidiendo soviets libres y libertad de prensa y opinión para las tendencias revolucionarias. Para ellos, coincidiendo con los anarquistas que participan en el propio soviet de Kronstadt, la Tercera Revolución era el desalojo del poder dictatorial de los comunistas para pasar a un poder obrero, una democracia obrera con todas las tendencias revolucionarias representadas. Para los bolcheviques esto representó un desafío de la izquierda y, a pesar de los intentos de mediación, la decisión del Gobierno fue aplastar la revuelta de unos marinos que siempre habían estado en la vanguardia de la revolución.

¿Qué nombres, de entre los que mencionas como figuras más sobresalientes del anarquismo ruso, merecerían un mejor conocimiento y difusión por lo que representaron en su tiempo?

Destacaría a Cherkesov (Cherkezishvili), que desarrolló el anarquismo en un lugar tan poco conocido como Georgia (patria de Stalin). También la trascendental figura de Volin, probablemente la mente más clara del anarquismo ruso de la época. Y Majnó, cuyas memorias habría que traducir del francés (o del ruso). O su inseparable Víctor Belash, el mejor estratega militar del majnovismo. Archivov también es digno de rescate por su peculiar vida y su trágico final. La historia del anarquismo tiene todavía mucho camino por recorrer.

El Viejo Topo, 354-355, julio-agosto 2017, pp. 63 a 67.



La era de Stalin: algunas características de la formación del gulag

V. A. Berdinskikh

[…]

Podría decirse que el Gobierno soviético perseguía dos objetivos con los presos. El primero, el castigo, implicaba el uso de duros trabajos físicos. El segundo, económico, pretendía transformar las instalaciones de confinamiento en una especie de sostén económico para el régimen que funcionara como una entidad auto-sostenida e incluso lucrativa.

La idea de utilizar mano de obra reclusa en plan masivo para colonizar el norte de Rusia y Siberia flotó en el ambiente ya en la década de 1920. Y aunque el Gobierno, desde entonces, siempre había estado buscando nuevas formas de servirse de ella, hasta los años 30 no surgió la necesidad de convertirla en una demanda real y ponerla por fin en práctica.

[…]

La tecnología que sirvió de apoyo para la ejecución del sistema punitivo naciente se concibió a la manera de Stalin, es decir, de la forma más sencilla posible: se aportarían, para su procesamiento como elementos de producción, *input,* ciertas cantidades de material humano (en su mayoría rusos, aunque también de otras nacionalidades) a esa máquina llamada "gulag", la cual consumiría dicho material, lo machacaría y lo transformaría en otros productos, *output,* tan indispensables para la "causa de la construcción del socialismo" como los minerales, el oro o la madera. Cuanto más material humano se introdujera en la máquina, mayor sería, evidentemente, la cantidad de estos "valores" productivos.

[…]

Poco a poco, a medida que fueron cogiéndole gusto a la energía humana gratis, los jefes del Kremlin consideraron apropiado y conveniente forzar, por medios legislativos, "en interés de la industrialización nacional", un ajuste entre el sistema de campos de trabajo y las necesidades del país impuestas por la economía socialista centralmente planificada, lo que, en esencia, significaba abiertamente militarizada. Ahora sabemos que fueron los prisioneros quienes construyeron las instalaciones industriales y vías férreas más importantes, los canales y las centrales; en cada uno de los grandes proyectos que se llevaron a cabo como parte del primer plan quinquenal, y de los siguientes, se utilizó mano de obra reclusa (desde Komsomolsk-on-Amur y Magnitka, hasta BAM y VAZ). El Gobierno estableció en el gulag departamentos especializados que controlaban la construcción del ferrocarril, las industrias maderera y pesada y otros sectores cruciales de la Unión Soviética. Desde sus inicios en la década de 1930, la actividad económica de los campos de concentración se convirtió en la principal salvaguardia del sistema económico soviético sobre la que, básicamente, recaía el peso del modelo socialista de Stalin.

[…]

En el terreno ideológico, se cumpliría el objetivo de reformar a todos los individuos peligrosos políticamente y dañinos para la sociedad, que o bien morirían o bien pasarían a formar parte del conjunto obrero de toda la nación. Así era como se desplegaría la red de campos de trabajos forzados por toda la Unión Soviética entre 1929 y 1931. En ellos, los seres humanos no eran nadie ni nada, solo simples "ejecutores del programa", según el lenguaje utilizado por los funcionarios del gulag, en la realidad, ceniza y polvo, un puñado de fertilizante para abonar los "jardines maravillosos del futuro" que florecerían en el "paraíso socialista" próximo, como prometía la farisea propaganda soviética.

Con todo, el gulag necesitaba constantemente grandes y cada vez

mayores cantidades de mano de obra sin cualificar, casi no había demanda de trabajadores "especializados". Este tipo de personal ya no se podía encontrar entre las 'viejas "fuentes de abastecimiento humano", es decir, los enemigos del régimen y los que deseaban su desaparición, los socialmente excluidos para las nuevas autoridades: los antiguos nobles y miembros de la Guardia Blanca, mencheviques, eseristas y otros intelectuales liberales y críticos. Ahora la espada de Damocles caía sobre los "socialmente más cercanos": los campesinos y los obreros. Se consideraba que estos individuos, acostumbrados a la pala, al pico, a la sierra y la carretilla, y mucho más fuertes, podían "durar" más tiempo en los campos. Moloch se alimentaba ahora no con decenas de miles sino con millones de vidas, pues se había convertido, de la noche a la mañana, en la institución económica más influyente y poderosa de la nación.

Para las autoridades soviéticas, el valor principal de los presos se lo daba su condición de fuerza de trabajo movible y barata. Aunque, de hecho, la baratura del trabajo forzado sea un puro espejismo. En la década de 1930, los campos y los establecimientos penales del gulag estaban orgánicamente encastrados en el sistema soviético de economía extensiva y orientados hacia los principios esencialmente antimercado de ésta: una planificación prescriptiva total, métodos extraeconómicos de coacción de la mano de obra y una distribución equilibrada de las mercancías y los beneficios.

[…]

Hay que reconocer, sin embargo, que a corto plazo los trabajos forzados le permitieron al Gobierno cumplir bastantes de los objetivos económicos de los años 30, aunque no sin considerables costes y gran pérdida de vidas. A largo plazo, originó tremendos problemas medioambientales, humanitarios y de política interna, a menudo irresolubles.

[…]

El campo ("lager", los términos "zona", en argot, y "tyurma" se utilizaban en ruso como sinónimos de 'prisión') es algo general y global, un mundo amplio, dentro del cual el preso tiene asignado un determinado nicho para vivir, que depende de la voluntad de los que están al mando. Su verdadero lugar de residencia y trabajo, su "hábitat", es una unidad concreta del campo (estación de campo), donde duerme (barracones con catres agrupados en distintas secciones) y trabaja (los talleres de manufactura, las zonas donde talan los árboles, los solares en obras, etc.). Conozcamos "en persona" dicho "hábitat" a través de los ojos de testigos que pasaron por esa experiencia en su vida real. Comenzaremos con los recuerdos de un veterano de VyatLag, que empezó a trabajar allí en 1951 como oficial subalterno del Departamento Cultural-Educativo de la Estación Disciplinaria de Campo Vigesimosegunda:

La zona de alojamiento tenía 4 sectores de barracones con 4 secciones cada una (en cada una de las cuales se alojaban, siguiendo el método de división por brigadas, entre 40 y 50 personas y había una radio); el edificio de la cantina constaba de una cocina, una panera y una sala de calderas, además de una biblioteca donde se guardaba todo lo necesario para las actividades artísticas, los instrumentos musicales y los juegos de mesa. En el área de alojamiento había también unos baños, un secadero, wáteres portátiles y un campo de balonvolea. Una cerca de madera de unos 3 metros de alto (hecha de troncos) rodeaba todo el recinto. Dentro de este, estaba la zona de movimiento restringido, con una torre de vigilancia a unos 50 o 70 metros de la valla. Fuera del cercado, habían puesto (en los sitios más desprotegidos) casetas de centinelas con perros guardianes. Los barracones tenían ventanas con rejas y puertas chapadas con metal. Las literas, de dos alturas, estaban hechas de una sola pieza y ancladas al suelo. Por la noche, metían en la sección un "parasha" (wáter) y cerraban todas las puertas, no sin que previamente los guardas hubiesen comprobado la presencia de los reclusos en cada pabellón. Todos los edificios habían sido levantados como construcciones permanentes con troncos o vigas. El lugar disponía de un sistema de calefacción por calderas que hacía llegar el calor desde los vestíbulos.

El área de máxima seguridad contaba con un espacio denominado "khozzona" (sector de servicio) unido a ella y cerrado con una valla de madera. Allí las literas de dos alturas eran para cada cuatro hombres ("vagonkas") y cada sección acomodaba a unos 15 o 20 (una brigada, normalmente). Los barracones no se cerraban por la noche. Los internados en la "khozzona" podían moverse libremente dentro de ella, escribir cartas más a menudo y recibir paquetes y visitas. Talaban árboles, cargaban la madera en los vagones de ferrocarril y hacían los trabajos necesarios para dar servicio a la "spetszona" (la "zona especial"). Había, también, un centro de mandos, un pabellón médico, zapatería, sastrería y otros servicios de utilidad. Y una celda de castigo o aislamiento.

En lo que se refiere al horario cotidiano, los presos tenían que levantarse a las 6 de la mañana y, tras el aseo y el desayuno, ponerse en marcha al trabajo a las 7. Una vez habían salido, los guardas comprobaban, regularmente todos los días, quiénes permanecían en los pabellones y realizaban actividades con aquellos que, por alguna razón, no habían ido al trabajo. Las comidas se preparaban en el tajo. Cuando regresaban, tenían tiempo para cenar, cuidar de sus objetos personales y acostarse a las 10 de la noche.

A cada recluso le correspondía un lugar para dormir, sábanas, un cepillo de dientes, dentífrico (en polvo), jabón, una toalla y libros que no estuvieran prohibidos en la lista de lectura del campo. La vida de cada "campista" estaba regulada cada hora y minuto. Como un esclavo, tenía que bregar en el lugar adonde le enviara la administración del campo para hacer lo que le dijeran, fuera lo que fuera. Al asignarle las faenas, por lo general, poco importaban sus deseos.

[…]

Los recuerdos de antiguos presos nos dicen que una práctica persistente entre ellos era "hacer un *tufta*... trabajar sólo en apariencia, realizar mal los trabajos y presentar unas cifras falsas, infladas, en el informe oficial. Este sistema era común en todo el ámbito penitenciario entre las altas y bajas esferas, y todos, gestores e internos, estaban implicados. Unos, interesados en ocultar sus malversaciones, sus bonificaciones inmerecidas y su ineficiencia para cumplir con las normas de producción. Otros, para no ver recortadas sus raciones alimenticias y salir antes de prisión.

La cúpula ponía su empeño en la explotación predadora de los recursos naturales. La idea era aprovechar a fondo solo las zonas más ricas por un corto espacio de tiempo. Un rasgo típico de la psicología de los funcionarios del Estado sin destino definitivo: hay que cuidar el escaparate, todo lo que importa es el aquí y ahora, para qué preocuparse de las repercusiones futuras. Los campos hicieron estragos en el medioambiente. Se construía sin servicios para el tratamiento de residuos y, como resultado, todos los vertidos contaminantes iban a parar sistemáticamente a los ríos y al suelo. Los canales y las estaciones hidroeléctricas del gulag estaban privando a Rusia de sus mejores tierras, con un impacto negativo en el entorno natural. Los lagos artificiales destruían la fauna fluvial y creaban un problema de anegamiento del terreno. Los bosques más hermosos iban desapareciendo por la tala de árboles cuya madera, en la mitad de las ocasiones, se utilizaba como leña.

La economía del gulag, basada en el trabajo físico duro, excluía los progresos técnicos. Cualquier complicación que surgiera se resolvía con un aumento de este. Apenas se hacía uso de la maquinaria (en comparación con el sector civil). Gran parte del material enemigo capturado al final de la guerra que se llevó a los campos estaba tirado por ahí, sin utilizar. Un informe de Gosbank, con cifras de 1939, constató que la maquinaria de construcción empleada en los presidios era tres veces menor que la que usaba la industria civil en obras parecidas.

En general, el sistema de trabajos forzados, con un coste de producción notablemente mayor en todo el país, tuvo un impacto negativo en la economía nacional. Por poner un ejemplo, en 1951, producir mil ladrillos en el presidio de Krasnoyarsk Krai costaba 631 rublos (cuando según lo planificado debía costar 250), mientras que en el resto de la región su coste era de 210 rublos. La construcción del fe-

rrocarril es otro ejemplo claro de cuánto se podía derrochar. Baste recordar que el proyecto de la línea de Chum-Salekhardlgarka en el norte de Siberia se abandonó debido a la poca demanda, tras haber consumido 3,3 millardos de rublos y muchos miles de vidas.

El gulag, con su "mano de obra barata", tuvo un efecto nocivo en los sectores económicos que dependían de trabajadores civiles. Los ministerios y agencias gubernamentales estaban poco interesados en el progreso técnico y preferían solucionar los problemas con la "asignación de funciones" a los reclusos, lo que impidió el desarrollo de las infraestructuras del mercado laboral y social.

Así pues, a pesar de que el porcentaje de trabajadores forzados en el conjunto nacional no era tan grande (11 % de todos los empleados en la industria y la construcción), su utilización se convirtió en una especie de droga para el sistema económico soviético y fue un gran obstáculo para su desarrollo.

[…]

Historia Social, n.º 88, 2017, pp. 105 a 123.



El impacto de la Revolución rusa en España

El triunfo de octubre en Rusia levantó esperanzas en el obrerismo español.

Julián Vadillo

El desarrollo revolucionario ruso no solo quedó circunscrito a sus fronteras. Sin embargo, el "proletarios de todos los países, uníos", lema histórico del socialismo, se tornó en nuevas escisiones entre los partidarios del modelo soviético y los críticos con el mismo, naciendo los partidos comunistas en diferentes lugares. España no fue la excepción a este asunto.

Cuando los acontecimientos de febrero y octubre se desarrollan en Rusia, España vivía una ola de crisis política, económica y social acompañada de una movilización obrera. En diciembre de 1916, las centrales sindicales UGT y CNT habían llegado por primera vez a acuerdos. La primavera de 1917 fue agitada con movilizaciones de trabajadores en distintos sectores, que desembocó en agosto del mismo año con la declaración de una huelga general revolucionaria que acabó con la represión de sus integrantes, el encarcelamiento del comité de huelga y la suspensión de las libertades de reunión y prensa. El telón de fondo de la Revolución rusa se dejaba sentir en los periódicos *Solidaridad Obrera* y *El Socialista*.

El triunfo de octubre en Rusia levantó esperanzas en el obrerismo español. Los congresos del PSOE y de la CNT mostraron interés por los sucesos de Rusia. El PSOE era partidario de la fusión de la II Internacional (a la que pertenecían) con la III, nacida de las jornadas revolucionarias rusas. La CNT, en su congreso de 1919, se adhirió de forma unilateral a las nuevas estructuras internacionales revolucionarias con la defensa del comunismo libertario como bandera. Pero ya antes, en congresos de sectores claves como el agrario, los libertarios habían mostrado su adhesión a los principios emanados de la Revolución rusa.

Euforia inicial

Los anarquistas hicieron de la Revolución de Octubre su bandera, sin saber qué estaba sucediendo realmente en Rusia. El periódico *Tierra y Libertad* llegó a decir en sus páginas que en Rusia había triunfado la anarquía. Como Manuel Buenacasa expuso en los artículos que en esas fechas escribió para *Solidaridad Obrera*, así como años después en sus reflexiones históricas en el libro *El movimiento obrero español, 1886-1926*, a los bolcheviques se les confundía con los propios anarquistas y se veía en ellos la esperanza de una sociedad nueva que había que exportar lo antes posible al territorio español.

Sin embargo, las delegaciones que los dos organismos obreros más importantes de España mandaron a los congresos de la Komintern (III Internacional) variaron la posición de los organismos socialistas y anarquistas. El informe que Ángel Pestaña elaboró para la CNT, así como el elaborado por el francés Gastón Leval en el congreso de la Profintern (Internacional Sindical Roja), revocaron el acuerdo de adhesión de los libertarios a las estructuras comunistas y su adhesión a la renacida AIT en Berlín en 1922.

Aunque hay que decir que, con anterioridad, personajes como Eleuterio Quintanilla ya habían mostrado sus reticencias ante el significado de la toma del poder de los bolcheviques, la decisión final de la CNT estuvo motivada por estas visitas e informes. El propio Buenacasa reconoció el error al que le había inducido la propia revolución. También que aquellos que fueron críticos con los bolcheviques estaban en lo cierto desde el inicio.

Aun así, los libros escritos por Pestaña posteriormente (*70 días en*

Rusia. Lo que yo vi y *70 días en Rusia. Lo que yo pienso*) seguían manteniendo un apoyo a lo que era en sí la Revolución rusa como fenómeno popular, pero una oposición frontal a la dictadura impuesta por los comunistas.

Solo un sector encabezado por Andreu Nin, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis se declaró probolchevique y acabaron saliendo de la CNT, fundando sus propias estructuras comunistas, la Federación Comunista Catalano-Balear, ya en 1924. Antes de ello, y siguiendo las propias consignas que dieron en Moscú, formaron los llamados Comités Sindicalistas Revolucionarios, que intentaron inclinar, sin éxito, a la CNT hacía las posturas bolcheviques.

De la Profintern a la II República

A pesar del apoyo que estos personajes dieron a los bolcheviques, intentaron trasmitir en el congreso de la Profintern [Internacional Sindical Roja] que en España las estructuras de partido no tenían aceptación entre la clase obrera y que era el sindicalismo lo que había que hacer girar hacia las posiciones comunistas. Además, el propio Arlandis, de pasado anarquista, tuvo un enfrentamiento directo con Trotski.

De todos ellos fue Nin quien más se adhirió a los principios comunistas, estableciéndose en Rusia hasta 1930 y colaborando con diversos organismos. Estos personajes fueron claves durante la Segunda República como organizadores de estructuras marxistas no adheridas al estalinismo, como fue el Bloque Obrero y Campesino (BOC) de Maurín y la Izquierda Comunista de España (ICE) de Nin, así como su unión posterior en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) en 1935. Tal fue el enfrentamiento al que llegaron estos grupos la razón de que Nin fuera asesinado en plena Guerra Civil por agentes estalinistas en 1937.

PSOE dividido

Por su parte, el PSOE acudió a los congresos de la Komintern viendo con dos opiniones diferentes. La de Fernando de los Ríos, crítico con el modelo soviético, cuya visión quedó plasmada en su libro *Mi viaje a la Rusia sovietista*, y la de Daniel Anguiano, partidario de la inclusión del PSOE en la Komintern. En su libro, de los Ríos hizo una valoración de la Rusia de Lenin y mostró la falta de libertades que se vivía allí, así como las carestías. Al igual que los libros de Pestaña, fueron fuentes directas de análisis, en este caso desde la perspectiva del socialismo reformista y democrático, de la Revolución rusa desde la izquierda.

El congreso del PSOE en abril de 1921 dio una victoria por estrecho margen a los partidarios de no adherirse a la Komintern, provocando una escisión con el nacimiento del Partido Comunista Obrero Español (PCOE). Antes, las Juventudes Socialistas habían tenido una escisión que dio origen en 1920 al nacimiento del Partido Comunista Español, conocido como 'el partido de los 100 niños'. A instancias de la propia Internacional, ambos organismos se fusionaron en noviembre de 1921, naciendo el Partido Comunista de España (PCE), cuya influencia en el obrerismo español fue escasa hasta los prolegómenos de la Guerra Civil.

Aun así, personajes de primera hora del socialismo como Ramón Lamoneda, Facundo Perezagua (uno de los dirigentes socialistas y de la UGT de primera hora en el País Vasco) o Antonio García Quejido (fundador de la UGT) acabarán en las filas del comunismo. Algunos de ellos, como Lamoneda, finalizarían retornando al PSOE.

El Salto, 26-10-2017.

ADIÓS A TODO ESO

Eric Hobsbawm

¿Cuál es el significado histórico de 1989, el año en que el comunismo se derrumbó en Europa occidental de repente, y presumiblemente de forma irrevocable, anticipando la caída del régimen existente en la URSS y su estructura multinacional? El diagnóstico instantáneo es un juego peligroso, casi tan peligroso como una profecía instantánea. Los únicos que se lanzan a ello sin dudar son los que esperan que sus diagnósticos y profecías se olviden instantáneamente (como los periodistas y los comentaristas) o que no se recuerden después de las siguientes elecciones (como los políticos). Sin embargo, hay veces que los acontecimientos que se concentran en un corto espacio de tiempo, hagamos lo que hagamos con ellos, son plenamente históricos y se les ve como tal inmediatamente. El año de la Revolución francesa y 1917 fueron momentos así, y 1989 fue otro momento histórico igualmente claro. Así pues, ¿que hacemos con él?

Es mucho más fácil ver 1989 como una conclusión que como un inicio. Fue el final de una era en la que la historia mundial trataba de la Revolución de Octubre. Durante más de setenta años todos los gobiernos occidentales y las clases gobernantes estuvieron perseguidos por el espectro de la revolución social y del comunismo, que eventualmente se transmutó en miedo al poder militar de la URSS y de sus posibles repercusiones europeas. Los gobiernos occidentales todavía están asimilando el fracaso de una política internacional diseñada para hacer frente a la amenaza soviética, tanto política como militarmente. Sin la creencia en tal amenaza, la OTAN no tiene ningún sentido. El hecho de que no hubiera nada real en esta imagen occidental de una Unión Soviética diseñada para destruir o atacar con armas nucleares el «mundo libre» sin previo aviso, solo demuestra lo profundo que era el miedo al comunismo. Durante setenta años, la política internacional ha estado concebida como una cruzada, una guerra fría de religión, con una breve pausa para hacer frente a los peligros más reales del eje Berlín-Tokio.

En el otro lado, durante mucho tiempo estuvo claro que no era tal cosa. Es verdad que Lenin y los bolcheviques vieron Octubre como la primera fase de la revolución mundial que derribaría el capitalismo. Las primeras generaciones de comunistas (incluido el presente escritor) todavía se alistaban a lo que creíamos era un ejército disciplinado para luchar y ganar la revolución mundial. Nikita Jruschev, el único campesino que gobernó Rusia (o, para el caso, cualquier estado importante), todavía creía sinceramente que el comunismo enterraría al capitalismo, aunque no por medio de una revolución. Y la extensión, tanto de la revolución antiimperialista como de la comunista después de la Segunda Guerra Mundial, parecía a primera vista confirmar la expectativa.

Sin embargo, está claro que, desde comienzos de los años veinte en adelante, la política de la URSS ya no estaba proyectada para lograr la revolución mundial, aunque Moscú ciertamente la habría acogido. En la era de Stalin, quien impidió activamente las tentativas de lograr el poder por parte de cualquier partido comunista y que receló de los partidos comunistas que hicieron la revolución contra su consejo, la política soviética fue prudente y esencialmente defensiva, incluso después de las imponentes victorias del Ejército Rojo en la Segunda Guerra

Mundial. Jruschev, a diferencia de Stalin, asumió riesgos y por ello perdió su puesto de trabajo. Independientemente de cuanto Brezhnev quisiera hacer por extender el comunismo por todo el mundo, por no hablar de invadir el Oeste, no estaba al alcance de su poder ni en su agenda.

Después de 1956, cuando el movimiento comunista internacional empezó a desintegrarse visiblemente, varios grupos fuera de la órbita de Moscú reclamaron la herencia marxista-leninista, o por lo menos la herencia revolucionaria mundial. A escala mundial, ni las cincuenta y siete variedades de trotskistas, maoístas, marxistas revolucionarios, neoanarquistas y otros, ni los estados nominalmente comprometidos en su apoyo, llegaron a nada. Incluso dentro de países particulares, su impacto, excepto en breves momentos, fue normalmente marginal. El intento más sistemático de extender la revolución en este sentido, la campaña revolucionaria cubana de exportación de los años sesenta, ni siquiera pareció llegar a algo. A diferencia de la primera ola revolucionaria de 1917-1919 y de la segunda ola, que siguió a la Segunda Guerra Mundial, la tercera ola, que coincidió con la crisis mundial de los años setenta, carecía incluso de la tradición ideológica unificada o polo de atracción. La sublevación social más importante de este periodo con diferencia, la revolución iraní, tenía puestas las esperanzas en Mahoma y no en Marx. Los comunistas, aunque eran esenciales para acabar con los últimos restos de la era fascista europea, pronto fueron dejados de lado en el Portugal postsalazarista y en la España posfranquista por los que afirmaban ser socialdemócratas.

Pero, aunque no había un movimiento significativo para derrocar al capitalismo a nivel mundial, los revolucionarios todavía esperaban que sus contradicciones y las de su sistema internacional lo hicieran vulnerable, quizá un día fatalmente vulnerable, y que los marxistas, o en su caso los socialistas, proporcionarían una alternativa al capitalismo.

Aunque el poder comunista no parecía expandirse mucho excepto en países latinoamericanos pequeños y, no significativamente, en estados africanos de poca importancia internacional, el mundo todavía seguía dividido en «dos campos», y cualquier país o movimiento que rompiera con el capitalismo y el imperialismo tendría que ser atraído o, idealmente, absorbido en la esfera socialista. Las excolonias que no se declaraban «socialistas» en algún sentido, o que no aspiraban de alguna forma al modelo oriental de desarrollo económico, eran verdaderos bichos raros, una generación o dos después de 1945. En resumen, todavía se podría considerar que la política mundial, incluso en la izquierda, es el producto de las consecuencias de la Revolución de Octubre.

Todo esto ya se ha terminado. El comunismo de Europa oriental se ha disuelto o se está disolviendo. Y también la URSS, tal como la conocíamos. Lo que China parezca cuando la última generación de la Larga Marcha haya muerto no tendrá nada que ver con Lenin, y menos aún con Marx. Fuera de las antiguas regiones del «socialismo real» probablemente no haya más de tres partidos comunistas con un apoyo auténtico de masas (Italia, Suráfrica y los marxistas del Partido Comunista de la India), y uno de ellos quiere unirse a la democracia social internacional tan pronto como pueda. No estamos viendo la crisis de un tipo de movimiento, régimen y economía, sino su fin.

A quienes creíamos que la Revolución de Octubre era 1a puerta del futuro de la historia mundial se nos ha demostrado que estábamos equivocados. Lo que estaba equivocado en la frase de Lincoln Steffens «he visto el futuro, y funciona», no era que no lograra funcionar. Funcionaba de forma estrepitosa, y tiene grandes logros, de alguna forma sorprendentes, en su haber. Pero resultó que no era el futuro. Y cuando le llegó el

momento, por lo menos en Europa oriental, incluyendo sus gobernantes, lo sabía y se derrumbó como un castillo de naipes.

¿Qué sucedió para que el miedo, la esperanza o el mero hecho de octubre de 1917, dominaran la historia mundial durante tanto tiempo y tan profundamente que ni siquiera el más frío de los ideólogos de la Guerra Fría esperara la desintegración repentina de 1989? Es imposible entender esto, toda la historia de nuestro siglo, a no ser que recordemos que el viejo mundo del capitalismo global y de la sociedad burguesa en su versión liberal se derrumbó en 1914, y durante los cuarenta años siguientes el capitalismo fue de catástrofe en catástrofe. Ni siquiera los conservadores inteligentes apostaban por su supervivencia.

Una simple lista de los terremotos que sacudieron el mundo durante este periodo es suficiente para establecer este punto: dos guerras mundiales, seguidas por dos brotes de revolución global que llevaron al derrumbamiento general de los antiguos regímenes políticos y a la instalación del poder comunista, primero en una sexta parte de la superficie mundial y más tarde en una tercera parte de la población mundial; más la disolución de los inmensos imperios coloniales construidos antes y durante la era imperialista. Una crisis económica mundial hizo arrodillarse incluso a las economías capitalistas más fuertes, mientras que la URSS parecía inmune a ello. Las instituciones de la democracia liberal desaparecieron virtualmente de toda Europa, excepto en una franja, entre 1922 y 1942, mientras aumentaba el fascismo y sus movimientos y regímenes autoritarios satélites. A no ser por los sacrificios de la URSS y sus gentes, el capitalismo liberal occidental probablemente habría sucumbido a esta amenaza y el mundo occidental contemporáneo (fuera de unos Estados Unidos aislados) consistiría ahora en una serie de variantes de los regímenes liberales. Sin el Ejército Rojo, las posibilidades de vencer a las potencias del Eje eran nulas. Quizá la historia, con su ironía, decidirá que el logro más duradero de la Revolución de Octubre fue hacer que el «mundo desarrollado» fuera seguro otra vez para la «democracia burguesa». Pero, por supuesto, eso es asumir que seguirá siendo seguro...

Durante cuarenta años el capitalismo sobrevivió a una era de catástrofes, vulnerabilidad e inestabilidad constantes, con un futuro que parecía totalmente incierto. Además, durante esa época hizo frente por primera vez a un sistema que pretendía proporcionar un futuro alternativo: el socialismo. En los años más traumáticos de esa época, a principios de los años treinta, cuando el mismo mecanismo de la economía capitalista, como entonces se la conocía, dejó aparentemente de funcionar y el triunfo de Hitler en Alemania asestó un duro golpe a las instituciones liberales, la URSS parecía hacer los progresos más espectaculares. Retrospectivamente, parece asombroso que los políticos liberales y conservadores (por no mencionar a los de la izquierda) fueran a Moscú a aprender lecciones («plan» se convirtió en una palabra de moda para todo el espectro político occidental), o que incluso los socialistas pudieran sinceramente haber creído que sus economías producirían más que el sistema occidental. En los días de la Gran Depresión no parecía absurdo en absoluto.

Por el contrario, lo que fue totalmente inesperado, no menos por los gobiernos que por los hombres de negocios, que estaban inquietos por la ruina de posguerra y por las posibles depresiones, era el extraordinario arranque de crecimiento económico global después de la Segunda Guerra Mundial. Esto convirtió al tercer cuarto del siglo actual en la nunca vista edad de oro del desarrollo capitalista: «Treinta años gloriosos», dice la frase francesa. Fue tan inesperado que la existencia de este auge solo fue reconocida lentamente, incluso por los que se beneficiaron

de él. «Nunca se tuvo tanto» no se convirtió en un eslogan político británico hasta 1959- y solo fue totalmente reconocido retrospectivamente, después de que el auge hubiera llegado a su fin, en los primeros años setenta. Al principio no parecía que fuera un triunfo específicamente capitalista, puesto que los «dos campos» -por lo menos en Europa y en Asia- estaban ocupados en recuperarse de los estragos de la guerra y se consideraba que el índice de crecimiento de las economías socialistas durante este periodo era tan rápido, si no más, que el del resto.

No obstante, a partir de un momento en los años sesenta, se hizo patente que el capitalismo había superado su época de crisis, aunque todavía no era tan evidente que las economías socialistas se estaban encontrando con problemas serios. Sin embargo, en términos materiales y tecnológicos, el campo socialista claramente ya no participaba en la carrera.

De alguna manera se superó la herencia de la edad de la catástrofe, o por lo menos se la enterró. El fascismo y sus formas asociadas de autoritarismo se destruyeron y se liquidaron en Europa y las variantes de la democracia liberal se convirtieron una vez más en los regímenes políticos normales de los países metropolitanos (este no fue el caso de lo que ahora se ha venido en llamar el Tercer Mundo). Los imperios coloniales de la era imperialista, notoriamente el tendón de Aquiles de sus metrópolis, estaban políticamente descolonizados. Los dos procesos, iniciados decisivamente en 1945-1948, se completaron esencialmente en los años setenta.

La guerra, que se había extendido por todo el mundo desarrollado dos veces, quedó eliminada de esta región, en parte al ser transferida al Tercer Mundo. Allí, los años que van de 1945 a 1990 probablemente hayan visto más derramamiento de sangre y destrucción que ningún otro periodo de la historia de longitud comparable.

En el mundo desarrollado probablemente no se mantuvo la paz simplemente por miedo a la guerra nuclear y por impedimento mutuo, es decir, en la práctica, por el efecto disuasorio de las armas nucleares soviéticas en los Estados Unidos después del final del breve y extremadamente peligroso periodo del monopolio nuclear estadounidense. También se debió a tres factores: una política mundial reducida a un juego para dos jugadores; el acuerdo de Yalta, que en la práctica demarcó la zona de las dos superpotencias en Europa, de la que ninguna trató de salir; y, por último, la incuestionable prosperidad y estabilidad de los países capitalistas desarrollados, que eliminó la posibilidad, y sobre todo la probabilidad, de la revolución social en esta región. Fuera de Europa, las grandes guerras (sin armas nucleares), por supuesto, no se eliminaron.

Lo más importante de todo es que el capitalismo aprendió las lecciones internas de su época de crisis, tanto en economía como en política. Abandonó el tipo de liberalismo del mercado libre que la Norteamérica de Reagan y la Gran Bretaña de Thatcher, solos entre todos los países occidentales desarrollados, habían intentado restaurar en los años ochenta (las dos, no es una casualidad, son economías capitalistas a la baja). El estímulo original para este cambio era casi siempre político.

El mismo Keynes no ocultó que su intención era salvar el capitalismo liberal. Después de 1945 la enorme expansión del «campo» socialista y la posible amenaza que representaba ocupó las mentes de los gobiernos occidentales, incluida la importancia de la seguridad social. La intención de esta ruptura deliberada con el capitalismo de libre mercado no era solo eliminar el desempleo (entonces se consideraba que automáticamente podía radicalizar a sus víctimas), sino también estimular la demanda. Desde mediados de los años cincuenta se vio claro que estos dos objetivos se estaban alcanzando. La expansión y

la prosperidad hicieron que se pudiera financiar la asistencia social. Alcanzó su momento óptimo en los años sesenta, o incluso en los setenta, antes de que una nueva crisis mundial provocase una reacción fiscal.

Por lo tanto, económicamente, el giro a una economía keynesiana mixta dio muy buenos resultados. Políticamente se apoyaba en la asociación deliberada entre el capital y el trabajo, organizada bajo los auspicios benévolos del gobierno, que ahora se conoce, con cierta ironía, como «corporatismo». Porque la época de la catástrofe había revelado tres cosas: en primer lugar, el sindicalismo organizado era una presencia indispensable en las sociedades liberales. De hecho, algunas veces en Europa central después de la derrota de 1918, fue temporalmente la única fuerza de apoyo del Estado que sucedió al derrumbamiento de los imperios; en segundo lugar, no era bolchevique (el exclusivismo de la Internacional Comunista forzó a la mayoría de los simpatizantes socialistas con la Revolución de Octubre a regresar al campo reformista y mantuvo a los comunistas en minoría en los países de la antigua Segunda Internacional hasta el periodo de la resistencia antifascista); en tercer lugar, la única alternativa para comprar la lealtad de la clase trabajadora, con las (caras) concesiones económicas, era poner la democracia en peligro. Por esta razón, hasta el neoliberalismo económico fanático, del tipo de Thatcher, hasta ahora no ha sido realmente capaz de desmantelar el estado del bienestar o de recortar sus gastos.

Las consecuencias políticas de dejar indefensas a las poblaciones para que se valgan por sí mismas en las ventiscas del capitalismo neoliberal son demasiado imprevisibles para arriesgarse, excepto entre los licenciados de las facultades de Empresariales que asesoran a los países del Tercer Mundo y a los países que antes fueron socialistas, desde los hoteles Hilton locales (incluso el Fondo Monetario Internacional ha descubierto que hay límites a los sacrificios que se les puede imponer a los pueblos más remotos).

Sin embargo, el keynesianismo social, las políticas del *New Deal* y el «corporatismo» llevaban visiblemente las marcas de nacimiento de la era de los problemas capitalistas. El mundo capitalista que surgió de los «Treinta años gloriosos» y que (en el mundo desarrollado) pasó fácil y rápidamente por los vendavales de los años setenta y ochenta, sorprendentemente con poca dificultad, ya no estaba en un aprieto. Había entrado en una nueva fase tecnológica. Había reestructurado el mundo en una economía sustancialmente transnacional con una nueva división internacional de la producción.

Los dos pilares principales de la era social keynesiana, la dirección económica por parte de los estados-nación y una masiva clase trabajadora industrial, especialmente la que estaba organizada en los movimientos tradicionales de trabajadores, no se desmoronaron, sino que más bien se reconvirtieron. Ninguno de los dos era ya capaz de soportar cargas tan pesadas como antes. Tanto las políticas keynesianas como los partidos (principalmente socialdemócratas) más firmemente identificados con ellas estaban claramente en apuros, a pesar de que la base esencial de cualquier capitalismo próspero seguía siendo la misma: una «economía social de mercado» mixta pública-privada (es decir, beneficios más un estado del bienestar y derechos sociales), un entretejido de iniciativa privada, iniciativa pública y mucho control público.

Hasta aquí, los últimos quince años han visto el desvanecimiento de otra parte de la herencia de la era que va desde 1914 hasta principios de los años cincuenta.

Sin embargo, un síntoma y producto principal de esta era prevaleció: la tercera parte del mundo bajo el «socialismo real-

mente existente». Este no «fracasó» en sentido absoluto, a pesar de la creciente sensación de que estas economías necesitaban reformas fundamentales y del fracaso de varios intentos de reformarlas. Probablemente la gente de la URSS y de la mayor parte de Europa oriental estaban en mejores condiciones en los años setenta de lo que nunca antes habían estado. Pero tres cosas estaban cada vez más claras.

En primer lugar, el socialismo era incapaz de cambiar plenamente, o al menos generar, una nueva economía de alta tecnología; por lo tanto, estaba destinado a rezagarse cada vez más. Haber construido la economía de Andrew Carnegie no era bueno, a no ser que también se pudiera avanzar más en la economía de IBM o incluso en la de Henry Ford, porque el socialismo fue notablemente incapaz de lograr la producción en masa de bienes de consumo.

En segundo lugar, en la sociedad de las comunicaciones globales, los medios de comunicación, los viajes y la economía transnacional, ya no era posible aislar a las poblaciones socialistas de la información sobre el mundo no socialista, es decir, de conocer simplemente cuánto peor estaban en términos materiales y en libertad de elección.

En tercer lugar, con la disminución de su tasa de crecimiento y su atraso relativo en aumento, la URSS se hizo cada vez más débil económicamente para mantener su papel de superpotencia, es decir, su control sobre Europa oriental. En resumen, el socialismo de tipo soviético se hizo cada vez más incompetente y pagó el precio por ello. Lo que es peor, hasta ahora ha demostrado que es incapaz de adaptarse y reformarse. En esto se diferencia del socialismo chino, cuyas reformas económicas tuvieron un éxito espectacular, por lo menos en el sector rural, pero a costa de empeorar seriamente las condiciones sociales, ya que hasta ahora ha detenido el desasosiego político en las ciudades porque todavía predomina el campo. Tampoco estas debilidades tienen que ver con las economías mixtas socialdemócratas.

Los países escandinavos y Austria han continuado a la vanguardia del desarrollo económico y tecnológico, y de la prosperidad, mientras mantienen el desempleo bajo y su ambicioso sistema de asistencia social en buen estado.

¿Quién ha ganado?, ¿quién ha perdido? y ¿cuáles son las perspectivas? El ganador no es el capitalismo como tal, sino el viejo "mundo desarrollado" de los países de la OCDE, que forman una minoría menguante de la población mundial, digamos que hoy el 15 %, frente al 33 % en 1900 (los llamados Países Recién Industrializados, a pesar de los sorprendentes avances, todavía alcanzan un promedio que oscila entre la cuarta y la tercera parte del promedio *per cápita* de la OCDE). El volumen de la población mundial cuyos gobiernos han aspirado al desarrollo económico desde 1917, si no antes, sin los regímenes comunistas, apenas alientan los gritos de triunfo del Instituto Adam Smith.

A diferencia del «campo socialista», el mundo no socialista contiene regiones que en realidad han vuelto a la economía de subsistencia local y al hambre. Además, dentro del capitalismo «desarrollado», ciertamente no ha sido la utopía del mercado libre a lo Thatcher la que ha ganado. Incluso su atractivo intelectual ha estado limitado a los ultras del Oeste y a los intelectuales desesperados del Este, que esperan que el Polo Sur sea más caliente que el Polo Norte porque es su opuesto.

Sin embargo, no se puede negar que el capitalismo, tan reformado y reestructurado durante sus décadas de crisis, ha demostrado una vez más que sigue siendo la fuerza más dinámica del desarrollo mundial.

Sin duda seguirá desarrollándose, como Marx predijo que lo

haría, al generar contradicciones internas que lleven a etapas periódicas de crisis y reestructuración. Quizás éstas le acerquen otra vez a la crisis, como sucedió a principios de este siglo. Sin embargo, el periodo actual de crisis y reestructuración ha llevado al desastre a regiones del Tercer Mundo y del Segundo Mundo, pero no al Primer Mundo.

¿Quién o qué ha perdido, aparte de los regímenes del «socialismo realmente existente», que claramente no tienen ningún futuro? El efecto principal de 1989 es que por ahora el capitalismo y los ricos han dejado de tener miedo. Todo lo que hizo que la democracia occidental mereciera ser vivida por su gente -la seguridad social, el estado del bienestar, unos ingresos altos y en aumento para sus asalariados, y su consecuencia natural, la disminución de la desigualdad social y de oportunidades de vida- fue el resultado del miedo. Miedo de los pobres y del bloque de ciudadanos más grande y mejor organizado de los estados industrializados, los trabajadores; miedo de una alternativa que realmente existía y que realmente podía extenderse, sobre todo bajo la forma del comunismo soviético. Miedo de la propia inestabilidad del sistema.

Esto se posó en las mentes de los capitalistas occidentales en los años treinta. El miedo del campo socialista, tan dramáticamente extendido después de 1945 y representado por una de las dos superpotencias, les mantuvo absortos después de la guerra. Hiciera Stalin lo que hiciera a los rusos, resultó positivo para la gente corriente del Oeste. No por accidente la forma de salvar el capitalismo de Keynes-Roosevelt se concentró en el bienestar y en la seguridad social, en dar dinero a los pobres para gastar, y en el principio central de las políticas occidentales, el «pleno empleo». Da la casualidad de que este prejuicio contra la desigualdad extrema le vino bien al desarrollo capitalista. Los países ejemplo del crecimiento económico de posguerra, Japón, Corea del Sur y Taiwan, han disfrutado de distribuciones de ingresos extraordinariamente igualitarias hasta hace poco, en parte garantizadas por las reformas de la tierra de la posguerra por parte de las potencias de ocupación, determinadas a contrarrestar la revolución.

Hoy este miedo, que se ha reducido por la disminución de la clase trabajadora industrial, el declive de sus movimientos y la recuperación de la confianza en sí mismo por parte del capitalismo floreciente, ha desaparecido. Hasta ahora no hay ningún lugar del mundo que represente creíblemente un sistema alternativo al capitalismo, aunque debería estar claro que el capitalismo occidental no representa ninguna solución a los problemas de la mayor parte del antiguo Segundo Mundo, que probablemente en gran parte será asimilado a la condición de Tercer Mundo. ¿Por qué deberían los ricos, especialmente en países como los nuestros, donde ahora se vanaglorian de justicia e igualdad, preocuparse por nadie, excepto por ellos mismos? ¿De qué castigos políticos van a tener miedo, si ellos consienten que se desgaste la asistencia social y que se atrofie la protección de aquellos que la necesitan? Este es el principal efecto de la desaparición del globo de una región socialista, por muy mala que fuera.

Es demasiado pronto para discutir los proyectos a largo plazo. Lo que un historiador húngaro ha llamado «el corto siglo XX» (1914-1990) ha terminado, pero todo lo que podemos decir sobre el siglo XXI es que tendrá que enfrentarse por lo menos con tres problemas que están empeorando: la creciente ampliación de la brecha entre el mundo rico y el pobre (y probablemente, dentro del mundo rico, entre los ricos y los pobres); el aumento del racismo y la xenofobia; y la crisis ecológica del globo, que nos afectará a todos. Las formas en que se pueden abordar estos problemas no están claras, pero la privatización y

el mercado libre no están entre ellas.

Entre los problemas a corto plazo, destacan tres. En primer lugar, Europa ha vuelto a un estado de inestabilidad como el de entreguerras. El triunfo de Hitler produjo brevemente un «orden alemán». Yalta y la bipolarización de las superpotencias produjeron cuarenta y cinco años de estabilidad europea que ahora están a punto de acabar. Puesto que Rusia y los Estados Unidos ya no son capaces, conjuntamente, de imponer su orden como antes, la única fuerza hegemónica alternativa en nuestro continente, como en el periodo de entreguerras, es Alemania. Esto es lo que todo el mundo teme, no porque «los alemanes sean alemanes» -seguro que no se producirá un regreso a Hitler-, sino porque el nacionalismo alemán tiene asuntos pendientes peligrosos: la recuperación de grandes territorios que perdió en 1945 y que pasaron a Polonia y la URSS.

Y la nueva inestabilidad, como demuestra la crisis del Oriente Medio, no es solo europea, sino global. Como ya no la detiene el miedo de que una superpotencia o sus estados asociados den un paso imprevisto en la zona de influencia del otro que provoque un enfrentamiento directo entre el Este y el Oeste, el aventurerismo está de nuevo en la agenda. Lo que mantuvo el orden mundial existente desde 1945, incluyendo la mayor parte de los sesenta microestados soberanos con poblaciones de menos de 2 millones (el Golfo está lleno de tales construcciones políticas) fue en gran parte el miedo a una guerra global. Pero si el holocausto nuclear mundial ya no es un peligro inmediato, un mundo en el que los gángsters de poca monta no duden en hacerse cargo de los territorios vecinos no es más seguro que antes. Ni lo es un mundo en el que una superpotencia se apresura despreocupadamente a entrar en el almacén de explosivos de Oriente Medio listo para disparar, sabiendo que aquellos cuyos misiles podrían alcanzar Nueva York ya no harán lo mismo. ¿Es un accidente que apenas a medio año del derrumbamiento del Pacto de Varsovia nos encontremos frente a una gran crisis bélica en el Golfo?

El segundo efecto refuerza la inestabilidad de este mundo. Porque Europa central y oriental está reincidiendo en los conflictos y las rivalidades nacionalistas de después de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, todos los problemas candentes de este tipo se remontan a los años de entreguerras. No plantearon grandes problemas antes de 1914. Lo que hace la situación más explosiva es que hoy el último de los imperios multinacionales de antes de 1914 está en proceso de desintegración. Porque fue la Revolución de Octubre la que salvó los dominios del zar del destino de los imperios Habsburgo y otomano y dio a aquellos otros setenta y tantos años de vida como URSS.

En esta situación, los peligros de guerra son serios. Los demagogos del gran nacionalismo ruso ya están hablando ligeramente de una posible «guerra civil en la que la nuestra sería una situación nuclear». Quizá un día próximo miremos con melancolía los días en que los botones nucleares estaban bajo el control de las dos superpotencias.

Finalmente, está la inestabilidad de los sistemas políticos en los que se han apresurado a entrar los estados excomunistas: la democracia liberal. Lo mismo hicieron los nuevos estados en 1918. Doce años más tarde sólo Checoslovaquia era todavía democrática. Las perspectivas para la democracia liberal en la región tienen que ser escasas, o por lo menos inciertas. Y la alternativa, dada la improbabilidad de un regreso al socialismo, lo más posible es que sea militar o derechista, o ambas.

Así que deseemos que Europa oriental y el mundo tengan suerte al terminar una era y al entrar en el siglo XXI. Vamos a necesitar suerte. Y compadezcámonos del señor Francis Fukuyama, quien proclamó que 1989 significaba «el fin de la histo-

ria» y que en lo sucesivo todo sería un camino de rosas, liberal y con mercado libre. Pocas profecías parecen haber tenido una vida tan corta como esta.

Octubre de 1990

Robin Blackburn, ed., *Después de la caída*, Crítica, 1993, pp. 124 a 136.




INTERPRETACIONES

La carga del pasado

Robert Service

La carga del pasado pesa mucho sobre Rusia, pero esta carga no fue solo el resultado de que Lenin y sus camaradas tomaran el poder. Durante la época de los zares el imperio ruso se enfrentó a muchos problemas y las demandas y objetivos del estado no contaron con la aprobación de la mayor parte de la sociedad. La brecha tecnológica entre Rusia y las demás potencias capitalistas se estaba ampliando. La seguridad militar planteaba muchos quebraderos de cabeza, y la coordinación administrativa y educativa siguió siendo débil. Los partidos políticos tenían poca influencia sobre la opinión pública, y apenas se hacía caso a la Duma estatal. Además, las clases propietarias tradicionales se esforzaron poco por crear un sentimiento de comunidad cívica entre los miembros más pobres de la sociedad. Así, mientras que los rusos no compartían un fuerte sentimiento nacional, algunas naciones no rusas estaban muy concienciadas respecto de la opresión nacional de que eran objeto. El imperio ruso contaba con una sociedad descontenta y poco integrada.

Nicolás II, el último zar, creó dos situaciones peligrosas: obstruyó seriamente el desarrollo de los elementos de la sociedad civil (los partidos políticos, las asociaciones profesionales y los sindicatos), pero no quiso eliminarlos por completo. El resultado fue que el régimen zarista era objeto de un constante desafío. Las transformaciones sociales y económicas anteriores a la Primera Guerra Mundial no fueron sino una fuente de más problemas. Los grupos sociales que se empobrecieron es comprensible que fueran hostiles al régimen. Las condiciones materiales de algunos grupos mejoraron, pero otros planteaban un peligro, dado que se sentían frustrados por la naturaleza del orden político. Fue en el marco de esta situación que la Primera Guerra Mundial estalló y provocó la caída de los pocos apoyos que le quedaban al régimen. El resultado de todo ello fue la Revolución de Febrero de 1917 en el marco de un contexto de colapso económico, desorganización administrativa y derrota en el frente. Se dio espacio a una oleada de esfuerzos locales de autogobierno, y los obreros, campesinos y soldados de todo el imperio pudieron plantear sus demandas sin impedimento alguno.

Estas mismas circunstancias hicieron que fuera imposible el desarrollo de alternativas de tipo liberal, conservador o fascista en los años siguientes: lo más probable es que en esos años el resultado fuera la subida al poder de algún tipo de gobierno socialista, y no era inevitable que pudiera hacerse con el poder la variante más extrema del socialismo, el bolchevismo. Lo que era inevitable era que, una vez hubieran hecho su revolución, los bolcheviques fueran capaces de mantenerse en el poder sin acentuar el grado de violencia y burocratización de su política. El partido de Lenin tenía una base de apoyo político demasiado débil como para mantenerse en el gobierno sin recurrir al terror. Ello a su vez limitaba su capacidad para resolver los muchos problemas que casi todos los enemigos del régimen zarista habían insistido en que debían solventarse. Los bolcheviques aspiraban a la competitividad económica, la integración política, la cooperación entre los diferentes pueblos, la calma social, la eficacia administrativa, el dinamismo cultural y la universalización de la educación. Pero los medios que utilizaban viciaban inevitablemente sus fines declarados.

A partir de 1917, los bolcheviques emprendieron a tientas la

invención de un nuevo tipo de orden estatal y social, un orden al que en este libro se le ha dado la denominación de «el entramado soviético». Los bolcheviques no planificaron su experimento ni esperaban conseguir lo que obtuvieron; por el contrario, tenían unos planteamientos utópicos basados en la esperanza de crear una comunidad mundial que englobara a todo el género humano emancipado de todas las opresiones de la autoridad estatal. Pero en la práctica, los bolcheviques intensificaron drásticamente la autoridad del Estado. Lo debían y podrían haber previsto, pero el hecho es que no lo hicieron. La política que desplegaron condujo rápidamente a la creación de un estado de partido único, al monolitismo ideológico, al nihilismo legal, a la hipercentralización de la administración y a la reducción de la actividad económica privada a la mínima expresión. El entramado creado por Lenin fue profundamente remodelado por Stalin; sin la aportación de este, el entramado soviético no habría perdurado tanto tiempo. Con todo, la reconstrucción de Stalin dio lugar a la aparición de tensiones en su seno que no fueron mitigadas hasta el inicio de los ajustes tras su muerte en 1953. Cada uno a su modo, Jruschov, Brezhnev y Gorbachov trataron de lograr que el entramado funcionara. Al final, Gorbachov optó por la aplicación de reformas tan radicales que la inestabilidad resultante ocasionó la disolución del entramado y la finalización de la era soviética.

Pero, ¿por qué perduró tantos años el entramado? Desde luego, el amplio uso de la fuerza fue un factor crucial, y el temor que suscitaba el estado comunista fue un poderoso freno a la aparición de movimientos de oposición. Pero la fuerza por sí sola no habría bastado para conservar el entramado durante tantas décadas. Así, otro de los motivos de su larga duración fue la creación de un sistema escalonado de premios y gratificaciones que apaciguó el descontento acumulado durante la época de los zares. Los burócratas promovidos a los cargos de la administración fueron los principales beneficiarios del sistema, y quienes no ocupaban un puesto en la administración disfrutaron de suficientes beneficios como para impedir que se llevaran a cabo muchos actos de rebeldía. Los premios fueron de vital importancia para estabilizar el sistema. Pero ni siquiera la combinación de fuerza y estabilización era suficiente para lograr que ese sistema perdurara en el tiempo. También había que recurrir a una agitación recurrente de los elementos del entramado. Las expulsiones del partido, las cuotas de producción industrial, las luchas entre las provincias y la denuncia sistemática desde abajo fueron métodos necesarios para evitar que el entramado se degradara. Y lograron su propósito: actuaron a modo de disolvente de la tendencia que tenían los estabilizantes a convertirse en los ingredientes dominantes del entramado.

El comunismo soviético disfrutó de varias ventajas a la hora de consolidarse. En primer lugar, pudo aprovechar muchas tradiciones populares (en particular, se sirvió de las inclinaciones hacia el colectivismo, la división social y la dureza de la justicia), con lo que pudo reforzar las formas existentes de represión estatal, de intervención en la economía y de desprecio por la correcta aplicación de la legalidad. En segundo lugar, los bolcheviques prometieron la prosperidad material y la seguridad material que los zares no habían conseguido aportar al país. El orden comunista encontró unas condiciones favorables en la Rusia del primer tramo del siglo XX.

Además, el comunismo soviético logró conquistas por méritos propios, unas conquistas que fueron indispensables para su supervivencia en el poder. El comunismo profundizó y amplió el progreso educativo: fomentó el respeto por la alta cultura, en especial por la literatura; subvencionó las artes escénicas; e incrementó el interés del Estado por la ciencia. Amplió el acceso

al deporte y a las actividades de ocio. Erradicó los peores excesos de la cultura popular, en especial la vida oscurantista de las zonas rurales rusas. Construyó ciudades. Derrotó a la potencia militar de extrema derecha más perversa de Europa, la Alemania nazi. Y en años más recientes, tras la Segunda Guerra Mundial, logró proporcionar a casi todos los ciudadanos un mínimo nivel de alimentación, vivienda, ropa, asistencia sanitaria y empleo. En resumen, ofreció las condiciones para que el pueblo pudiera vivir en un marco pacífico y predecible.

Hubo, sin embargo, otros logros de un valor más cuestionable que permitieron a los comunistas perpetuar su régimen. La URSS fue el epicentro del movimiento comunista mundial y se convirtió en una superpotencia militar. Ello le posibilitó no solo imponer su autoridad imperial en las regiones remotas del imperio de los zares, sino también adquirir un nuevo e imponente imperio en Europa del Este. Este imperio exterior no se reconocía como tal, pero el orgullo que suscitaba en el pueblo la posesión de este imperio dio lugar a la creencia de que el comunismo soviético era parte del orden mundial normal.

Los costes de la etapa de gobierno soviético fueron mucho mayores que las ventajas. El estado de Lenin y Stalin brutalizó la política en Rusia durante décadas. Es cierto que los comunistas consiguieron muchos más logros económicos y sociales que el gobierno de Nicolás II, pero también reforzaron ciertos rasgos del zarismo cuya erradicación habían prometido. Las enemistades nacionales se intensificaron, la alienación política se profundizó y el respeto social por la ley decreció. Además, la dictadura atomizó a la sociedad en minúsculos segmentos y las organizaciones civiles que obstruían la voluntad del Estado fueron aniquiladas. El resultado fue una masa de ciudadanos intimidados que se interesó bien poco por el bienestar del resto de la población. El egoísmo se convirtió en una actitud más endémica que en las sociedades capitalistas, y conforme el estado fue suplantando cada vez más al resto de la sociedad, le resultó cada vez más difícil conseguir que la gente cooperara con su política. En definitiva, el estado soviético no logró integrar a la sociedad, al tiempo que trataba de impedir que la sociedad emprendiera esta integración por su cuenta.

El modelo soviético fracasó incluso por lo que atañe al proceso de industrialización y de afianzamiento de la seguridad militar del país. La cerrazón económica de Stalin hizo que fuera poco factible «modernizar» el país sin desmantelar antes el orden soviético. Las instituciones de Stalin tenían muchos intereses y una fuerte capacidad represiva. Además, el autoritarismo de Stalin intimidó las capacidades intelectuales de los administradores, los científicos y los escritores, y la libertad de pensamiento necesaria para que surgiera una sociedad industrial renovada brilló por su ausencia. Nunca hubo, por otra parte, aquellos mecanismos de mercado que permiten reducir los costes. La planificación estatal de la economía dio pie a un despilfarro inmenso de los recursos, y los órganos de control que se crearon para paliar esa situación no hicieron sino acrecentar el agotamiento de los recursos del país. Peor aún, fueron los culpables de que los rasgos burocráticos y autoritarios del estado se acentuaran más aún. Con un marco económico y administrativo como ese, era inevitable que los sucesores de Stalin, en su esfuerzo por mantener el rango de superpotencia de la URSS, se vieran obligados a dedicar una gran parte del presupuesto al sector armamentístico.

Además, que no se permitiera la crítica pública significó que el estado lograba sus objetivos con un coste para el medio ambiente mayor aún que en cualquier otra parte del mundo industrializado. Lo único que impidió que los gobernantes soviéticos provocaran una catástrofe natural (que hasta el más torpe de

ellos tendría que haber previsto) fue el enorme tamaño de la URSS.

[…]

La Rusia del siglo XX ha sido una caja de sorpresas. Ha dado dirigentes como Lenin, Jruschov y Gorbachov, y también figuras artísticas y científicas como Shostakovich, Ajmatova, Kapitsa, Sajarov y Pavlov. La gente del pueblo, desde los desgraciados presos del Gulag hasta los soldados del Ejército Rojo que derrotaron a Hitler, se han convertido en símbolos de los episodios decisivos de la historia de nuestros días. Rusia ha atravesado dos guerras mundiales, una guerra civil, una transformación económica violenta, una dictadura y una etapa de terror. Se convirtió en una superpotencia y dejó de serlo. Ha pasado de ser un imperio con una sociedad en su mayor parte agraria y analfabeta a ser un país alfabetizado, industrializado y desposeído de sus antiguos dominios en los territorios fronterizos. «Rusia» no dejó de cambiar a lo largo del siglo XX. No tendría sentido pensar que su enorme capacidad para sorprenderse a sí misma, a sus vecinos y al mundo entero haya llegado a su fin.

Historia de Rusia en el siglo XX, Crítica, 2000, pp. 504 a 510.



El nuevo régimen

Eric Hobsbawm

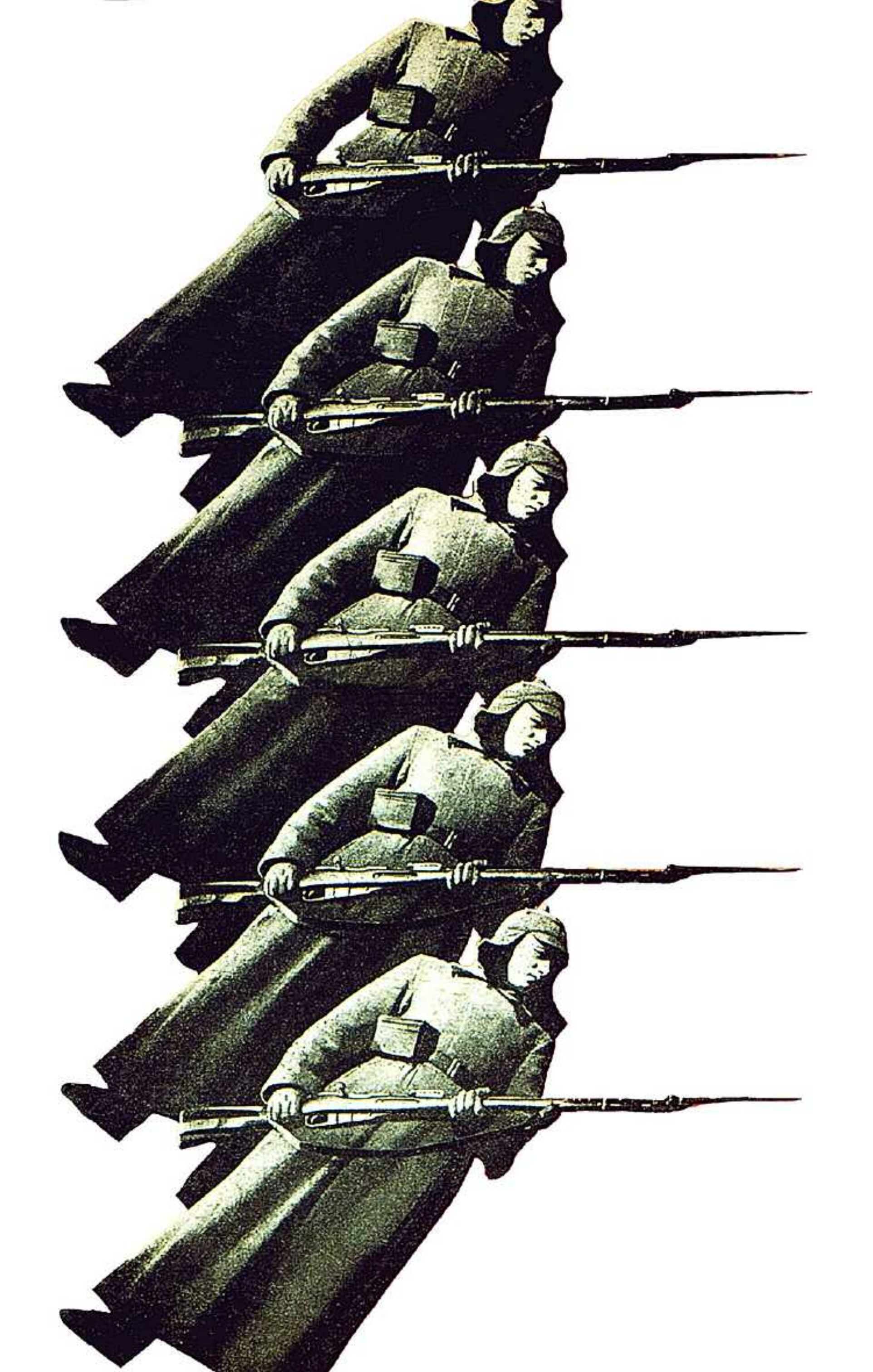
El nuevo régimen se mantuvo. Sobrevivió a una dura paz impuesta por Alemania en Brest-Litovsk, unos meses antes de que los propios alemanes fueran derrotados, y que supuso la pérdida de Polonia, las provincias del Báltico, Ucrania y extensos territorios del sur y el oeste de Rusia, así como, *de facto*, de Transcaucasia (Ucrania y Transcaucasia serían recuperadas). Por su parte, los aliados no vieron razón alguna para comportarse con más generosidad con el centro de la subversión mundial. Diversos ejércitos y regímenes contrarrevolucionarios («blancos») se levantaron contra los soviets, financiados por los aliados, que enviaron a suelo ruso tropas británicas, francesas, norteamericanas, japonesas, polacas, serbias, griegas y rumanas. En los peores momentos de la brutal y caótica guerra civil de 1918-1920, la Rusia soviética quedó reducida a un núcleo cercado de territorios en el norte y el centro, entre la región de los Urales y los actuales estados del Báltico, además del pequeño apéndice de Leningrado, que apunta al golfo de Finlandia. Los únicos factores de peso que favorecían al nuevo régimen, mientras creaba de la nada un ejército a la postre vencedor, eran la incompetencia y división que reinaban entre las fuerzas «blancas», su incapacidad para ganar el apoyo del campesinado ruso y la bien fundada sospecha de las potencias occidentales de que era imposible organizar adecuadamente a esos soldados y marineros levantiscos para luchar contra los bolcheviques. La victoria de estos se había consumado a finales de 1920.

Así pues, y contra lo esperado, la Rusia soviética sobrevivió. Los bolcheviques extendieron su poder y lo conservaron, no solo durante más tiempo del que había durado la Comuna de París de 1871 (como observó con orgullo y alivio Lenin una vez transcurridos dos meses y quince días), sino a lo largo de varios años de continuas crisis y catástrofes: la conquista de los alemanes y la dura paz que les impusieron, las secesiones regionales, la contrarrevolución, la guerra civil, la intervención armada extranjera, el hambre y el hundimiento económico. La única estrategia posible consistía en escoger, día a día, entre las decisiones que podían asegurar la supervivencia y las que podían llevar al desastre inmediato. ¿Quién iba a preocuparse de las consecuencias que pudieran tener para la revolución, a largo plazo, las decisiones que había que tomar *en ese momento*, cuando el hecho de no adoptarlas supondría liquidar la revolución y haría innecesario tener que analizar, en el futuro, cualquier posible consecuencia? Uno tras otro se dieron los pasos necesarios y cuando la nueva república soviética emergió de su agonía, se descubrió que conducían en una dirección muy distinta de la que había previsto Lenin en la estación de Finlandia.

Sea como fuere, la revolución sobrevivió por tres razones principales. En primer lugar, porque contaba con un instrumento extraordinariamente poderoso, un Partido Comunista con 600 000 miembros, fuertemente centralizado y disciplinado. Ese modelo organizativo, propagado y defendido incansablemente por Lenin desde 1902, tomó forma después del movimiento insurreccional. Prácticamente todos los regímenes revolucionarios del siglo xx adoptarían una variante de ese modelo. En segundo lugar, era, sin duda, el *único* gobierno que

podía y quería mantener a Rusia unida como un estado, y para ello contaba con un considerable apoyo de otros grupos de patriotas rusos (políticamente hostiles en otros sentidos), como la oficialidad, sin la cual habría sido imposible organizar el nuevo Ejército Rojo. Para esos grupos, como para el historiador que considera los hechos de manera retrospectiva, en 1917-1918 no había que elegir entre una Rusia liberal-democrática o una Rusia no liberal, sino entre Rusia y la desintegración, destino al que estaban abocados los otros imperios arcaicos y derrotados, esto es, Austria-Hungría y Turquía. Frente a lo ocurrido en ellos, la revolución bolchevique preservó en su mayor parte la unidad territorial multinacional del viejo estado zarista, al menos durante otros setenta y cuatro años. La tercera razón era que la revolución había permitido que el campesinado ocupara la tierra. En el momento decisivo, la gran masa de campesinos rusos -el núcleo del estado y de su nuevo ejército- consideró que sus oportunidades de conservar la tierra eran mayores si se mantenían los rojos que si el poder volvía a manos de la nobleza. Eso dio a los bolcheviques una ventaja decisiva en la guerra civil de 1918-1920. Los hechos demostrarían que los campesinos rusos eran demasiado optimistas.

Historia del siglo XX, Crítica, 2009, pp. 71 y 72.



Visión de la historiografía oficial soviética

El período comprendido entre el 25 de octubre de 1917 y febrero de 1918 es el de la marcha triunfal del Poder soviético por todo el país, período en que se alzaron a su lado resuelta y definitivamente las gigantescas masas de trabajadores y explotados.

La fuerza motriz de la Gran Revolución Socialista de Octubre fue la heroica clase obrera dirigida por el Partido Bolchevique, que, cuando llegó este momento, había pasado por la escuela de dos revoluciones y disfrutaba de una autoridad indiscutible como jefe de todo el pueblo trabajador. Los campesinos pobres, que por aquel entonces constituían la mayoría aplastante de la población rural, se pusieron resueltamente al lado del proletariado. La alianza de la clase obrera y del campesinado trabajador forjada por el Partido Bolchevique fue la condición decisiva que determinó el éxito de la revolución socialista.

La Revolución de Octubre comenzada el 25 de octubre de 1917 en Petrogrado se propagó rápidamente por todo el territorio del país con su población multinacional. El Partido de los bolcheviques con Lenin a la cabeza, inspirador y organizador de la revolución, fundió en un arrollador torrente revolucionario el movimiento general democrático por la paz, la lucha de los campesinos por la tierra, el movimiento de los pueblos oprimidos por la igualdad nacional de derechos y la lucha socialista de la clase obrera por el derrocamiento de la burguesía y la instauración en el país de la dictadura del proletariado bajo la forma de Poder soviético.

La marcha triunfal del Poder soviético por el país es una brillante demostración de carácter auténticamente popular e internacionalista de la Revolución Socialista de Octubre, hombro a hombro con los obreros y campesinos rusos intervinieron las masas trabajadoras de todas las naciones.

En la esfera política, la revolución socialista, señaló V. I. Lenin, tuvo éxitos brillantes porque existieron los Soviets como forma de dictadura proletaria y porque «solo nos restaba transformar mediante algunos decretos aquel Poder de los Soviets que en los primeros meses de la revolución se hallaba en estado embrionario, en forma legalmente reconocida y afianzada en el Estado ruso: en la República Soviética de Rusia».

La revolución socialista venció en el país con relativa facilidad y sin excesos, pues tanto en el centro como en el plano local existían los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Solo en algunos lugares la lucha por el afianzamiento del Poder soviético revistió un carácter prolongado y encarnizado. En lo que al conjunto del país se refiere, el paso del Poder a manos de los Soviets no estuvo relacionado con ningunas pérdidas humanas considerables. Comparada con todas las revoluciones precedentes, la Revolución de Octubre fue la revolución menos sangrienta.

La marcha triunfal del Poder soviético por el país fue simultáneamente un desfile triunfal del bolchevismo. Fue el resultado del abnegado y tenso trabajo del Partido leninista, que alzó a la creación revolucionaria, «a la libertad y a una vida independiente a los sectores más pobres de las masas trabajadoras oprimidas por el zarismo y la burguesía». Denunciando el contenido burgués de los partidos conciliadores -de los mencheviques y eseristas- los bolcheviques lograron unificar la voluntad y acciones de las masas proletarias y semiproletarias en la lucha por el afianzamiento de la dictadura del proletariado.

El Estado Mayor combativo de la revolución socialista fue el Comité Central del POSDR(b) dirigido por V. I. Lenin, que fue quien determinó la táctica del Partido en las diferentes etapas. Con sus consignas, disposiciones e indicaciones, el Comité Central inspiró a las amplias masas proletarias, les trazó una acertada perspectiva en la lucha, inflamó su entusiasmo, les inculcó la seguridad en la victoria, les encauzó a superar con audacia los obstáculos que se alzaban en el camino de la revolución.

El que los órganos centrales del Partido y de los Soviets se apoyasen en las masas, tuviesen en cuenta la iniciativa local y contasen con el apoyo de los trabajadores locales tuvo enorme trascendencia para el triunfo de la revolución socialista en los años 1917-1918. Los bolcheviques concedieron colosal importancia a la creación revolucionaria de las amplias masas populares y a la experiencia de los propios obreros y campesinos en la creación del poder local.

V. I. Lenin dijo más tarde que la revolución había logrado lo suyo en unos meses e incluso en algunas semanas, porque el Partido confió plenamente en los elementos locales abriéndoles amplia libertad de acción. «... Precisamente esperamos de los distintos lugares el entusiasmo que creó la rapidez de acciones irresistibles de nuestra revolución» subrayó Lenin.

Una de las causas de la victoria relativamente rápida de la Revolución de Octubre fue que en este período el imperialismo internacional no pudo lanzar contra el país revolucionario fuerzas armadas. Enzarzados mutuamente en «agarrada mortal», los rapaces imperialistas -tanto el bloque anglo-francés como el alemán- no pudieron prestar ninguna ayuda considerable con tropas a los capitalistas y terratenientes rusos. Las clases explotadoras de Rusia, por su parte, no pudieron aguantar solas el poderoso empuje de las masas trabajadoras de muchos millones cohesionadas en torno a la clase obrera y al Partido Comunista, su vanguardia.

Los representantes del viejo, del caduco mundo no quisieron, naturalmente, ceder sin combate su Poder y privilegios desencadenando la guerra civil en distintas zonas de nuestro inabarcable país. Sin embargo, sus fuerzas resultaron ser insignificantes. Esta «guerra civil -dijo Lenin en el IV Congreso Extraordinario de los Soviets en marzo de 1918- fue un triunfo continuo del Poder soviético porque sus enemigos, los explotadores, los terratenientes y la burguesía, no tenían ningún apoyo, ni político ni económico, y su agresión fracasó. La lucha contra ellos consistió no tanto en acciones militares como en agitación; sector tras sector, masas tras masas, hasta los cosacos trabajadores, fueron desprendiéndose de los explotadores que intentaban apartarlos del Poder soviético».

La Revolución Socialista de Octubre es la primera revolución en la historia universal que ha llevado al Poder a los trabajadores. Como resultado de esta revolución, todos los trabajadores, todos los pueblos del país rompieron los grilletes de la opresión social y nacional, se hicieron libres e independientes. La revolución sentó la base para la igualdad de derechos y la fraternidad auténticas de los pueblos, aseguró a todos los trabajadores, independientemente de su nacionalidad y color de piel, una vida sin explotadores y sin opresión.

G. Gólikov y otros, *Historia de la gran revolución socialista de octubre*, Castellote, Madrid, 1976, 465 págs.
Se trata de un trabajo colectivo de los científicos del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS.

Un siglo de totalitarismo

Stéphane Courtois

¡Cien años! Un siglo ha pasado desde que Lenin se apoderó del país más grande del mundo. En guerra desde agosto de 1914 con Alemania y Austria-Hungría, el Imperio ruso, en pleno desarrollo económico durante la preguerra, pero con instituciones autocráticas inadaptadas a la época moderna, y con una formación social dominada por el campesinado, empezó en el invierno de 1916-1917 a mostrarse incapaz de resistir las presiones provocadas por la guerra total que el conflicto impuso a los beligerantes. Enfrentado a múltiples crisis, Nicolás II, presionado por los generales, abdicó. Se abrió así una formidable crisis revolucionaria que habría de marcar todo el siglo XX con el sello de un fenómeno político inédito: el totalitarismo.

En un primer momento, la Revolución de Febrero -del 7 de marzo de 1917- se presentó como democrática, siguiendo el modelo de 1789, y suscitó en pocas semanas una eclosión de reuniones públicas, mítines, revistas y grupos políticos, en tanto que un Gobierno provisional formado por liberales y un soviet de Petrogrado, que agrupaba a socialistas de obediencias diversas, trataban de encauzar dificultosamente ese viento de libertad que soplaba sobre la Rusia en guerra.

Pero al llegar de Suiza, donde se encontraba refugiado desde septiembre de 1914, Lenin lanzó una violenta ofensiva contra las nuevas autoridades con la intención de apoderarse del poder. Con determinación inquebrantable y gracias a una intensa propaganda con financiación alemana, logró atraer a la mayoría de seguidores del partido bolchevique. Fue así como, gracias a las vacilaciones, a la ingenuidad y a los conflictos internos en el Gobierno provisional y en el Sóviet de Petrogrado, convocando a los soldados a la deserción y al amotinamiento, logró organizar, el 7 de noviembre de 1917, un golpe de fuerza, primero en Petrogrado y luego en Moscú. Cuando en enero de 1918 fue reunida por primera vez en Rusia una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal, donde los socialistas no bolcheviques eran mayoría, esta fue disuelta.

Adhesión a Marx

Lenin había madurado la idea de esa toma del poder mediante un golpe de mano desde que en 1891-1892 se adhirió a las tesis del *Manifiesto del partido comunista* de Marx (1848), llamamiento a una despiadada lucha de clases entre “burgueses” y “proletarios”. De cara a esta revolución, Marx no dudó en amenazar: “Los comunistas proclaman abiertamente que sus fines solo pueden ser alcanzados por medio de la destrucción violenta de todo el orden social pasado”.

A semejante ideología de guerra civil, Lenin añadió en su *¿Qué hacer?,* de 1902, la idea de la creación de un partido de revolucionarios profesionales, un ejercito político organizado según un patrón militar, totalmente disciplinado, a las órdenes de su líder. Un partido en todo diferente a los numerosos partidos existentes en Europa y en los Estados Unidos a finales del siglo XIX, partidos de masas con base sociológica que representaban los intereses de esos grupos en el marco del ascenso de la democracia parlamentaria. El partido leninista era un partido a entera disposición de su líder y de su proyecto ideológico: el comunismo. Gracias a este instrumento político, a este partido-ejército, Lenin logró realizar su golpe de Estado e instauró, el 7 de noviembre de 1917, lo que llamó “la dictadura del proletariado”, forma inédita en la historia, de hecho, la dictadura de un partido portador

de un proyecto ideológico utópico y absurdo.

Una vez en el poder, en cinco años sentó las bases del primer régimen totalitario de la historia e instauró el partido-Estado: un sistema que excluye toda oposición. La fachada es estatal, pero el poder reside en el partido bolchevique y en su dirección, con Lenin al frente, en la doble condición de jefe carismático y de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo *(Sovnarkom),* que ejerce de Gobierno.

En diciembre de 1917, Lenin crea la Cheka, que irá convirtiéndose en GPU, NKVD y KGB: una policía política secreta encargada de hacer respetar la dictadura por medio de un terror de masas. Desde el principio, la Cheka actuó con arbitrariedad e impunidad. "Un buen comunista es un buen chekista", declaró Lenin. En enero de 1918, sus primeras víctimas fueron los revolucionarios que se manifestaron a favor de la Asamblea Constituyente, que fue disuelta por la fuerza.

Lenin emprendió simultáneamente unas desastrosas negociaciones con Alemania y Austria-Hungría, que desembocaron en el Tratado de Brest-Litovsk, por el cual Rusia perdía la parte occidental de su territorio. Y lanzó la primera parte de su programa comunista: saqueo de los bancos y de 35 000 cajas fuertes de particulares; "nacionalización" de las empresas industriales y, luego, de los grandes bancos; cancelación de las deudas del Estado, causando la ruina de propietarios y clases medias. Las medidas perturbaron la economía y los circuitos comerciales, y los campesinos se negaron a vender trigo. Lenin lanzó entonces la consigna de "¡Muerte a los kulaks!", asimilados a todos los campesinos, inaugurando una política de saqueo de la producción campesina. A partir de entonces, la guerra civil, deseada por Lenin desde 1916, se desencadenó entre el poder bolchevique y los blancos, las fuerzas políticas opuestas a él -y también los que llamaríamos "verdes", los campesinos víctimas de las requisas y del reclutamiento en el Ejército Rojo, creado en marzo de 1918-, amén de aquellos obreros desengañados. Fue menos una guerra entre bolcheviques y contrarrevolucionarios que una guerra del partido-Estado contra una sociedad a la que quiso imponer su ideología y su poder absoluto.

Un proyecto pensado para el partido y sus adictos. De 1918 a 1922, la guerra civil y sus secuelas provocaron la muerte de seis o siete millones de personas. Tal fue la matriz del régimen soviético y de todos los regímenes comunistas, primero los creados por Stalin en Europa central y oriental en 1944-1948, en la China de Mao y en el Vietnam de Ho Chi-minh, más tarde en la Cuba de los Castro y en varios países de Asia y África, sin que deba ser olvidado el caso más delirante y más criminal: el régimen de los jemeres rojos de Pol Pot en Camboya.

Lenin creó el prototipo de régimen totalitario que descansaba sobre el triple monopolio del partido-Estado: el del poder político; el de la ideología y de los medios de expresión en la información, la enseñanza, las ciencias, la cultura y las artes; el de toda la producción y distribución de los medios materiales. Todo ello sostenido gracias al terror. El modelo fue reproducido con menor dureza por Mussolini desde 1924-1925 y con extraordinaria ferocidad por Hitler, sobre todo a partir de1939.

Esa inmensa tragedia y sus profundas cicatrices distan de estar curadas. La caída del sistema comunista mundial entre 1989 y 1991 abrió una fase de "descomunistización" muy desigual, entre el logro de la Alemania reunificada y limpia de comunismo, y la Moldavia, todavía comunista, o la Rusia dirigida por un coronel del KGB. Varios regímenes comunistas sobreviven, caso de Corea del Norte, mientras el totalitarismo ha reemprendido su carrera trágica bajo otra vestimenta, la del islamismo radical y yihadista, con punto de partida en otra revolución, la de Jomeini en Irán.

La Aventura de la Historia, n.º 219, enero 2017, pp. 69 y 70.

La revolución en perspectiva

E. H. Carr

[…] Apenas había comenzado una recuperación cuando el país se vio expuesto al cataclismo de una guerra mundial, en la que la URSS fue el blanco de la más duradera y devastadora ofensiva alemana en el continente europeo. Estas aterradoras experiencias dejarían su marca, material y moral, sobre la vida soviética y sobre las mentes de los dirigentes y el pueblo soviéticos. No todos los sufrimientos del primer medio siglo de la revolución pueden atribuirse a causas internas o al puño de hierro de la dictadura estaliniana.

Sin embargo, en los años cincuenta y sesenta comenzaron a madurar los frutos de la industrialización, la mecanización y la planificación a largo plazo. Según los criterios occidentales quedaban aún muchos aspectos primitivos y retrasados. Pero los niveles de vida mejoraron sustancialmente. Los servicios sociales, incluyendo la sanidad y la enseñanza primaria, secundaria y superior, se hicieron más efectivos y se difundieron desde las ciudades a la mayor parte del país. Los más notorios instrumentos de la opresión de Stalin fueron desmantelados. El patrón de vida de la gente ordinaria mejoró. Con la celebración del quincuagésimo aniversario de la revolución, en 1967, fue posible hacerse una idea de la magnitud del avance. En ese medio siglo la población de la URSS creció de 145 millones a más de 250; la proporción de la población residente en las ciudades había subido de menos del 20 % a más del 50 %. Esto significaba un inmenso crecimiento de la población urbana, en la que la mayor parte de los recién llegados eran hijos de campesinos y nietos o bisnietos de siervos. El obrero soviético, e incluso el campesino soviético, era en 1967 una persona muy diferente de lo que habían sido su padre o su abuelo en 1917. Difícilmente podía dejar de ser consciente de lo que la revolución había hecho por él; y eso pesaba más que la ausencia de unas libertades que nunca había disfrutado ni soñado en disfrutar. La dureza y la crueldad del régimen eran reales. Pero también lo eran sus logros.

Fuera de Rusia, el efecto inmediato de la revolución fue una aguda polarización de las actitudes occidentales entre la izquierda y la derecha. La revolución suponía una pesadilla para los conservadores y un faro de esperanza para los radicales. La creencia en esta dicotomía fundamental inspiró la fundación de la Comíntern, Pero en la revolución internacional concebida por Marx y Lenin como un movimiento de masas del proletariado europeo unido, ningún marxista habría reclamado un papel predominante para el débil contingente ruso. Cuando la revolución europea no llegó a materializarse, y cuando el socialismo en un solo país se convirtió en ideología oficial del partido ruso, la exigencia cada vez más enérgica de tomar a la URSS como ejemplo de realización socialista, y a la Comintern como depositaria de la ortodoxia socialista, condujo a una nueva polarización de la izquierda entre el Este y el Oeste. Los comunistas y los socialdemócratas o socialistas se enfrentaron entre sí, primero como recelosos aliados y después como abiertos enemigos, situación que Moscú atribuyó equivocadamente a la traición de unos dirigentes renegados. El hecho de que no se pudiera encontrar un lenguaje común era un síntoma del distanciamiento. La revolución internacional, tal y como se la concebía en Moscú desde 1924, era un movimiento dirigido «desde arriba» por una institución que afirmaba actuar en nombre del único proletariado que había llevado a cabo una revolución victoriosa en su propio país; y el corolario de esta reorientación era

asumir no solo que los dirigentes rusos poseían el monopolio del conocimiento y la experiencia sobre la forma en que se podía hacer una revolución, sino que el primer y decisivo interés de la revolución internacional era la defensa del único país en donde la revolución se había realizado efectivamente. Ambas hipótesis, y las políticas y procedimientos dictados por ellas, resultarían totalmente inaceptables para una mayoría de los trabajadores de Europa occidental, que se creían mucho más avanzados, económica, cultural y políticamente, que sus retrasados equivalentes rusos, y que no podían cerrar sus ojos ante los aspectos negativos de la sociedad soviética. La persistencia en estas políticas solamente provocó el descrédito, a los ojos de los trabajadores occidentales, de las autoridades de Moscú, de los partidos comunistas nacionales obedientes a ellas, y finalmente de la propia revolución.

Las relaciones con los países atrasados no capitalistas se desarrollaron de forma muy distinta. Lenin fue el primero en descubrir un vínculo entre el movimiento revolucionario para la liberación de los trabajadores de la dominación capitalista en los países avanzados y la liberación de las naciones atrasadas y sometidas a la dominación imperialista. La identificación de capitalismo e imperialismo sería el fructífero tema de la propaganda y la política soviéticas en casi toda Asia, y obtendría su éxito más notable al estimular la revolución nacional china a mediados de los años veinte. Al irse consolidando la posición de la URSS, su prestigio como patrón y dirigente de los pueblos «coloniales» creció rápidamente. La URSS había logrado, con la revolución y la industrialización, un aumento espectacular de su independencia económica y su poder político: un logro digno de envidia y emulación. Fuera de Europa, incluso las exageradas pretensiones de la Comintern tenían sentido. La defensa de la URSS, lejos de aparecer como una excrecencia perturbadora en el programa de la revolución, significaba la defensa del aliado más poderoso de los países atrasados en su lucha contra los países imperialistas avanzados.

Y los métodos que provocaban repulsión en países donde se había producido la revolución burguesa, y habían crecido fuertes movimientos obreros dentro del marco elástico de la democracia liberal, no resultaban demasiado repugnantes en países en los que la revolución burguesa era todavía una cuestión pendiente, la democracia burguesa era una visión sin sustancia y no existía todavía un proletariado de dimensiones significativas. Allí donde las masas hambrientas y analfabetas no habían alcanzado todavía el estadio de la conciencia revolucionaria, una revolución desde arriba era mejor que nada. Mientras en el mundo capitalista avanzado el fermento generado por la revolución rusa fue ante todo destructivo, sin proporcionar un modelo constructivo para la acción revolucionaria, en los países atrasados no capitalistas demostró poseer mayor capacidad de penetración y ser más productivo. El prestigio de un régimen revolucionario que, en gran parte a través de sus propios y solitarios esfuerzos, había alcanzado el estatus de gran potencia industrial, le convirtió en dirigente natural de la revuelta de los países atrasados contra la dominación mundial del capitalismo occidental, que antes de 1914 no había encontrado prácticamente resistencias; y en este contexto parecían irrelevantes los borrones que manchaban sus credenciales ante los ojos occidentales. A través de la revuelta del mundo atrasado no capitalista, la revolución presentó a las potencias capitalistas un nuevo desafío, cuya fuerza aún no se ha agotado. La revolución rusa de 1917 quedó muy por debajo de los objetivos que se había fijado y de las esperanzas que despertó. Su trayectoria fue imperfecta y ambigua. Pero ha producido repercusiones más profundas y más duraderas en todo el mundo que cualquier otro acontecimiento histórico de los tiempos modernos.

La Revolución Rusa, Alianza, 1984, pp. 236 a 239.

Significación de los acontecimientos de Octubre

Marc Ferro

Es corriente oponer Febrero y Octubre. Efectivamente, el carácter espontáneo del movimiento revolucionario durante la caída del zarismo es algo evidente, mientras que, ocho meses más tarde, fue la acción de las organizaciones políticas la que desempeñó un papel determinante.

Sin embargo, un análisis más preciso revela que el contraste no es tan acusado. Es cierto que en febrero los partidos políticos, sindicatos, etc. solo jugaron un papel secundario. No obstante, el éxito se debió a sus orientaciones. Los hombres de febrero, aun actuando como en un sueño, se sabían de memoria sus papeles. Constituyeron Soviets y establecieron un régimen conforme al ideal de una parte del mundo de los revolucionarios. En octubre no es fácil imaginar el giro que habrían tomado los acontecimientos si, a su vez, Lenin y sus amigos no hubiesen empujado a los bolcheviques y los Soviets a actuar. Pero tampoco hay que olvidar que previamente se habían movilizado las masas.

Estas ejercían ya una parte del poder del Estado, habían confiscado las tierras, ejercido su control sobre las fábricas; en suma, habían realizado en parte una revolución social y sustituido una violencia por otra antes de que Lenin hubiese derrocado al Gobierno de Kérenski.

Bastó que la amenaza de la reacción se perfilase, que los notables de la "democracia socialista" vacilasen en actuar con severidad, que el pueblo clamase de nuevo contra los dirigentes ("todos traidores"), para que, aprovechando el momento oportuno, Lenin supiera "tomar el poder al vuelo y conservarlo" (A. B. Ulam). Lo que al mundo de los militantes le pareció un "golpe de Estado", era en realidad una verdadera revolución: con las jornadas de Octubre, las viejas clases dirigentes eran definitivamente expulsadas de la Historia.

Los revolucionarios pensaban que con Octubre la democracia de los Soviets instauraba el socialismo, cuando en realidad Lenin, al amparo de estos Soviets, instituyó la dictadura de su partido y solo de él. Los demócratas se indignaron. Sin embargo, los vencedores de Octubre aprobaban la acción de los obreros, de los soldados, de los campesinos que llevaban a cabo la revolución social. Durante largos años, tuvieron de su parte a la mayoría de los trabajadores. Algunos de estos tomaron el relevo de los veteranos del socialismo que, inconsecuentes, habían clamado contra la insurrección de Octubre bajo pretexto de que no respondía al esquema ideal que ellos se habían forjado del paso de la república democrática a la república social. Las filas de los bolcheviques engrosaron con millares de nuevos adeptos para quienes la revolución significaba el comienzo de una nueva vida. Como funcionarios del poder soviético, aprobaron necesariamente todas sus medidas.

A otros, Octubre les pareció una mistificación porque el partido bolchevique, después de haberse identificado con el proletariado y sustituido a los Soviets, instauró la dictadura; en nombre del socialismo, Lenin, sus compañeros, sus sucesores, resucitaron y reforzaron esta distinción entre gobernantes y gobernados, que una buena parte del pueblo y de los revolucionarios de 1917 esperaba abolir.

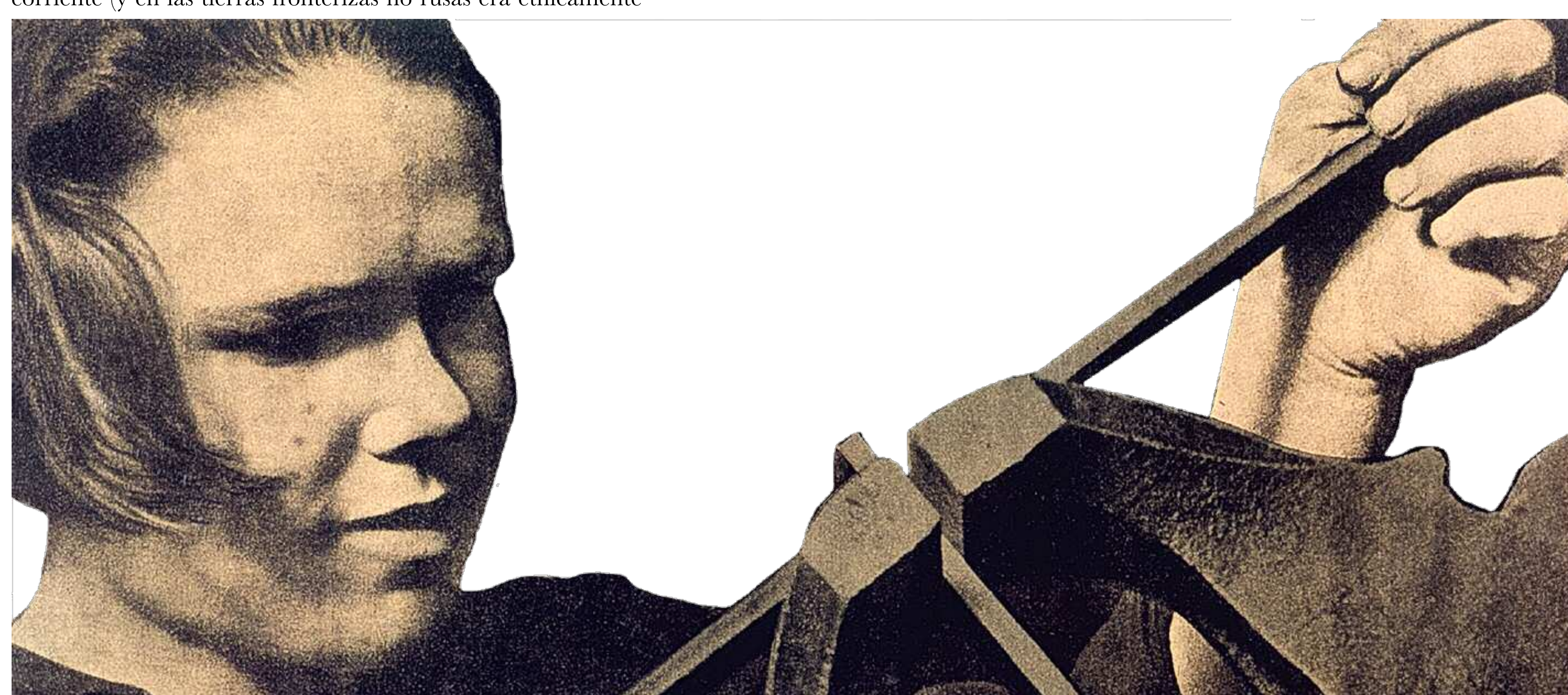
La Revolución Rusa de 1917, Villalar, 1977, pp. 117 y 118.

El resultado final de la Revolución Rusa

Orlando Figes

"Como una forma de gobierno absolutista, el régimen bolchevique era distintivamente ruso. Era una imagen en el espejo del Estado zarista. Lenin (y más tarde Stalin) ocupó el lugar del zar-Dios; sus comisarios y esbirros de la Cheka desempeñaron los mismos papeles que los gobernantes provinciales, los *oprichniki*, y los otros plenipotenciarios del zar: mientras que sus camaradas de partido tenían el mismo poder y la misma posición privilegiada que la aristocracia bajo el antiguo régimen. Pero existía una diferencia crucial entre los dos sistemas: mientras que la élite del régimen zarista era socialmente ajena a la gente corriente (y en las tierras fronterizas no rusas era étnicamente extraña también), la élite soviética estaba formada en su mayor parte por rusos corrientes (y por los nativos de las tierras no rusas), que hablaban, se vestían y actuaban de una manera similar a la de todos los demás. Esto proporcionó al sistema soviético una ventaja decisiva sobre los blancos en la guerra civil: les permitió detentar los símbolos emotivos de la "revolución", la bandera roja por encima de todos, y así presentarse como el adalid de la causa del pueblo".

La Revolución Rusa, p. 884.



Conclusiones

Jorge Saborido

Una vez finalizado este recorrido por la Revolución Rusa, creemos que cabe retornar al comentario transcripto en la introducción, ahora reformulado bajo la forma de pregunta y con una ligera variante: ¿fue la Revolución Rusa una idea que salió mal o una mala idea?

Para responderla apelaremos a varias cuestiones que permitan disponer de un panorama amplio de la situación.

- La Revolución de Febrero fue el resultado de la convergencia de amplios sectores de la sociedad, situados en diferentes niveles, que coincidieron en un punto decisivo: la necesidad de derrocar a Nicolás II. El acuerdo emergía: 1) del descontento frente a la conducción de la guerra, que no solo se manifestaba en los campos de batalla, sino en las deficiencias de abastecimiento en la retaguardia; 2) del rechazo que generaba el entorno del zar, específicamente su mujer alemana y Rasputin, a quienes incluso se acusaba de traición; 3) del descontento de los campesinos, que no solo sufrían la sangría de mano de obra para el ejército, sino también de la presión del Gobierno destinada a obtener granos para alimentar a la población; 4) de una situación en la cual las potencias intervinientes en la guerra tuvieron una presencia importante, en la medida en que la posibilidad de que Rusia se retirara del campo de batalla modificaba de manera notable el tablero internacional y la posible definición del conflicto.

- El Gobierno provisional se vio enfrentado a una situación de muy difícil manejo, dado que se trataba de afrontar múltiples demandas, algunas de las cuales eran incompatibles entre sí, pero demostró una escasa pericia en el ejercicio del poder. Puede conjeturarse, como se ha hecho, que la intransigencia de la derecha bloqueó toda alternativa reformista real, pero no cabe duda respecto de que su tardía capacidad de reacción -cuando la hubo- contribuyó a que se produjera un incremento de los descontentos, que no encontraban tampoco en la dirigencia del Soviet una respuesta adecuada.

- De esta manera, la evolución de los acontecimientos fue conduciendo de forma acelerada a un masivo desencanto de las masas urbanas y campesinas respecto del rumbo político, lo que se manifestó en el aumento de huelgas, en el reclamo de una paz inmediata y en el crecientemente hostil comportamiento de quienes demandaban tierras y recibían como respuesta la exigencia de mayor producción en condiciones desfavorables.

- En este escenario, la actuación de los bolcheviques estuvo guiada por la capacidad de Lenin para percibir las posibilidades que brindaba la situación política de acceder al poder levantando las banderas de los reclamos generalizados que el Gobierno provisional no podía satisfacer. Se benefició así del apoyo de quienes tal vez no conocían el programa bolchevique, pero sentían que sus planteamientos eran defendidos.

- La toma del poder por parte de los bolcheviques fue justificada por medio de un análisis en el que el nuevo desarrollo alcanzado por el capitalismo -el «imperialismo» o capitalismo monopolista-, que lo convirtió en el modo de producción dominante a nivel planetario, permitía plantear la lucha política en Rusia como parte de la revolución socialista mundial en marcha.

- La radicalización de la vida política en la segunda mitad de 1917 derivó en una falsa opción -Kornílov o los bolcheviques-

que, sin embargo, fue asumida por sectores amplios de la sociedad -no solo en la derecha política-, con lo que la derrota sufrida por el general dejó un *vacío* de poder que Kérensky estaba absolutamente incapacitado para cubrir.

- El genio táctico de Lenin residió en la percepción de que había que proceder a la toma inmediata del poder, para lo cual no hacía falta la acción directa de las masas, que por lo demás no eran mayoritariamente militantes bolcheviques.

- La posibilidad real de que se constituyera un gobierno de los soviets, con representación de los diferentes partidos de izquierda, posibilidad que también barajó un sector importante de la dirigencia bolchevique, fue frustrada por Lenin en el II Congreso de los Soviets, coincidencia que aseguró el poder en solitario para el partido en circunstancias que le colocaban enfrentado con el resto de las agrupaciones socialistas.

-A partir de ese momento se puso en marcha una dictadura de partido único, cuyo objetivo fue la remodelación de la sociedad soviética en nombre de un proyecto revolucionario cuyo objetivo final era conocido -una sociedad sin clases-, pero cuyos métodos no fueron en manera alguna discutidos.

- La Revolución de Octubre realizada en Petrogrado tuvo como consecuencia el desencadenamiento de otras revoluciones -de los campesinos por la tierra, de algunos grupos nacionalistas por la independencia de su país- que condujeron al surgimiento de un escenario de enorme complejidad.

- El curso de los acontecimientos después de octubre de 1917, condicionado por los alzamientos en contra de los bolcheviques, estuvo, sin embargo, marcado por la voluntad de éstos de consolidar su poder y llevar adelante su proyecto, que implicaba un rápido recorrido hacia la socialización de los medios de producción y hacia la construcción de un «hombre nuevo», acompañada de una lucha contra toda oposición, aunque esta proviniera de los supuestos beneficiarios de la nueva realidad generada por la Revolución.

- En consecuencia, la Revolución de Octubre se transformó en una más de las revoluciones en las cuales el protagonismo de las masas fue desplazado por la actuación de los «de arriba», que manejaron el timón con mano férrea.

- Cuando se conjuró el peligro de la contrarrevolución, la actitud adoptada por Lenin y los dirigentes del Partido Comunista cerró el ciclo revolucionario al abandonar el «comunismo de guerra», recomponiendo las relaciones con el campesinado, restaurando parcialmente las relaciones capitalistas de producción, acabando de manera drástica con la oposición y, lo que no es menos importante, completando la destrucción de las instituciones democráticas y limitando el ejercicio de la democracia incluso dentro de la dirigencia del Partido.

- El ejercicio dictatorial del poder político por parte del Partido Comunista trajo como consecuencia una serie interminable de penurias para el conjunto de la sociedad; no solo las clases privilegiadas fueron víctimas de una revolución dispuesta a acabar con su dominio social y económico, sino que el campesinado fue objeto de una agresión desde el poder y el resto de la sociedad se vio afectada por un enorme deterioro de su nivel de vida.

En uno de los párrafos finales de su obra sobre la Revolución Rusa, León Trotski formula esta pregunta: «Las consecuencias de la revolución ¿justifican finalmente las víctimas que ha causado?» Después de algunas disquisiciones, la respuesta es la siguiente: «Los pueblos buscan en la revolución una salida a sus intolerables tormentos».

Ante las dimensiones de lo ocurrido, parecería que los tormentos que acompañaron a la Revolución superaron, por lo menos a corto plazo, a los sufrimientos que los sectores postergados de la sociedad venían experimentando. La tarea de inge-

niería social que los bolcheviques se propusieron llevar a cabo tuvo por resultado un régimen opresivo en el que incluso los logros alcanzados lo fueron a un coste tan alto en términos humanos que se justifica su rechazo.

Sin embargo, existe un punto que es preciso destacar: la Revolución de Octubre puso en primer plano cuestiones relativas a la conciliación entre justicia, igualdad y libertad, que son todavía hoy relevantes, aunque las respuestas dadas por los bolcheviques fueran trágicamente equivocadas. Frente a la generalizada conformidad existente respecto de los principios de organización y funcionamiento de la sociedad capitalista, es preciso insistir que la misma muestra desigualdades de tal calibre que obliga a muchos a pensar en la posibilidad de su reordenamiento radical.

Y evidentemente, si transitamos el recorrido intelectual y político de tratar de contribuir a la creación de un mundo más justo, en varios tramos nos encontraremos con las ideas y aspiraciones de quienes hicieron la Revolución Rusa, aunque sin lugar a dudas nuestro objetivo se encuentra muy alejado de lo que ellos alcanzaron a construir.

La Revolución Rusa, Dastin, 2006, pp. 157 a 159.



Termidor, la Restauración; ¿hacia una segunda oleada de avances revolucionarios?

Samir Amin

A las revoluciones rusa y china les costó estabilizarse porque se vieron obligadas a conciliar la perspectiva socialista con concesiones al capitalismo. ¿Cuál de estas dos tendencias acabará imponiéndose? Estas revoluciones, por consiguiente, solo se estabilizarán a partir de su "termidor", para retomar el término utilizado por Trotski. Pero ¿a cuándo se remonta el termidor en cuestión en Rusia? ¿A 1930, como declara Trotski? ¿A la Nueva Política Económica de los años veinte? ¿O a la glaciación de Breznev? Y en el caso de China, ¿eligió Mao el termidor a partir de 1950? ¿O habrá que esperar a Deng Xiaoping para hablar del termidor de 1980?

La repetición de las lecciones de la Revolución Francesa no tiene nada de casual. Las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos (la francesa, la rusa y la china) son grandes precisamente porque se proyectan muy por delante de las exigencias inmediatas del momento. La Revolución Francesa se afirma con la convención *montagnarde* de Robespierre, una revolución tan popular como burguesa, del mismo modo que las revoluciones rusa y china ambicionan ir al comunismo, aunque este no esté en el orden del día de las exigencias: no ser derrotada, preservar la perspectiva de ir más lejos más tarde. Termidor no es la Restauración. Esta se impone en Francia, no con Napoleón, sino solo a partir de 1815. Pero hay que saber que la restauración no puede borrar completamente la transformación gigantesca de la sociedad producida por la revolución. En Rusia la restauración es todavía más tardía: será obra de Gorbachov y de Yeltsin. Y también en este caso se tratará de una restauración frágil, como lo atestiguan los desafíos a los que Putin tiene que enfrentarse. En China no hay restauración (¡o no la ha habido hasta ahora!). Eric Hobsbawm *(Aux armes, historiens!,* 2013), Florence Gauthier y otros historiadores de la Revolución Francesa no asimilan Termidor con Restauración, como sugiere la simplificación trotskista.

La Revolución de 1917 ha pasado página, y de una manera más general, la primera oleada de avances revolucionarios hacia la emancipación de los seres humanos y de las sociedades por ella inspirada se ha agotado. ¿Tienen, pues, los pueblos que resignarse definitivamente, renunciar a la utopía creadora del comunismo, contentarse con inscribir sus reivindicaciones en el ajuste permanente a un capitalismo eterno?

Y, sin embargo, el capitalismo no se constituyó milagrosamente y de golpe en el siglo XVI en el triángulo Londres/Amsterdam/París, como da a entender la leyenda eurocéntrica. Su incubación duró diez siglos.

Pero si los avances sucesivos realizados en China a partir del siglo X, en el califato abasí y después en las ciudades italianas no desembocaron en la cristalización de esta nueva etapa en la historia de la humanidad, sí produjeron elementos que hicieron posible esta cristalización más tardía en la Europa atlántica.

¿Por qué, entonces, la invención del comunismo, concebido como una etapa superior de la civilización, no debería, ella también, a través del despliegue de oleadas sucesivas de avances revolucionarios?

!Octubre 1917!, *El Viejo Topo*, 2017, pp. 82 a 85.



ПОДПИСЫВАЙСЯ —
ПРАВДА
ИЗВЕСТИЯ
Крестьянская газета
ТРУД
БОЛЬШЕВИК
РАБОЧАЯ ГАЗЕТА
КОМСОМОЛЬСКАЯ ПРАВДА
НАША ГАЗЕТА
БЕДНОТА
ЭКОНОМИЧЕСКАЯ
ТОРГОВО
КРАСНАЯ ЗВЕЗДА
КРАСНАЯ НИВА
ПРОЖЕКТОР
ОГОНЕК
БЕЗБОЖНИК
КОМУНІСТ
ВІСТІ
ЗВЕЗДА
ВЕЧЕРНИЙ ВЫПУСК
КРАСНАЯ ГАЗЕТА
ПИОНЕРСКАЯ ПРАВДА
РАБОТНИЦА
РОМАН-ГАЗЕТА
НАУКА И ТЕХНИКА
СМЕНА
КРАСНОАРМЕЕЦ
МУРЗИЛКА
КИНО
НА ПОЧТЕ
НА 1930 ГОД
Д. БУЛАНОВ.


HISTORIOGRAFÍA

RUSIA, 1917-2017: UN SIGLO VERTIGINOSO
VIEJOS Y NUEVOS RELATOS SOBRE LAS REVOLUCIONES DE 1917

Julián Casanova

Cien años después de "aquellos diez días que sacudieron al mundo", los historiadores especialistas en Rusia examinan y debaten las tendencias y temas de investigación más influyentes en la reciente historiografía, aunque habían echado buenas raíces con anterioridad, desde el desplome de la Unión Soviética en 1991.

La apertura de archivos a partir de ese año tuvo un notable impacto en la investigación sobre la historia de Rusia en el siglo XX. Muchos historiadores abandonaron los "estereotipos ideológicos", centrados en el mito de la "Gran Revolución Socialista de Octubre", que habían dominado la historiografía durante el período soviético La visión estalinista y soviética clásicas quedaron desacreditadas y el giro hacia posiciones más conservadoras, de triunfo y reivindicación de la democracia capitalista, dio alas a la interpretación "liberal", que ya había tenido una influencia muy notable entre los historiadores de Estados Unidos, Reino Unido y Alemania.

La principal tendencia en la historiografía reciente, enriquecida por decenas de estudios locales, la microhistoria y la apertura de archivos, es de subrayar que los acontecimientos en Rusia formaron parte, en expresión del historiador estadounidense Peter Holquist, de un "continuum of crisis", de un proceso de crisis constante, en varias fases entre 1914 y 1921 -Guerra Mundial, revoluciones y guerras civiles-, y sin claros puntos de separación.

Orlando Figes, a quien debemos una brillante y monumental obra, que abarca desde la hambruna de 1891, más allá del inicio del reinado de Nicolás II, hasta la muerte de Lenin en 1924, describe aquel período como un "conjunto complejo de diferentes *revoluciones* que explotaron en medio de la Primera Guerra Mundial y puso en marcha una reacción en cadena de más revoluciones, guerras civiles étnicas y nacionales". Y varios autores que comenzaron a publicar sus obras después de 1991, cuando desapareció el Estado al que dio lugar la conquista bolchevique del poder, hablan de un "caleidoscopio de revoluciones". Caleidoscopio o combinación diversa y cambiante de causas, acontecimientos y resultados, con personas de carne y hueso en el centro de la narración.

A comienzos de la década de los ochenta, S. A. Smith revisó, desde postulados que conectaban con la historia social marxista británica, y especialmente con los trabajos de E. P. Thompson, los argumentos clásicos sobre las actividades políticas radicales de las clases trabajadoras. Desde bastante antes, gracias a un numeroso grupo de historiadores británicos y estadounidenses, la historia social había introducido ya una clara transición, y cambio, desde el estudio de las ideologías y partidos al análisis detallado de la vida cotidiana y las acciones de la gente común.

El carácter de clase de esas revoluciones fue matizado, a partir de los años noventa, por una nueva historiografía sobre las identidades sociales y culturales, con miradas al género, a la religión, a los símbolos y a las imágenes. Un cambio de rumbo del reino de lo material y político hacia lo cultural y antropológico. Como fueron además revoluciones que ocurrieron a lo largo y ancho de un vasto imperio multiétnico, comenzó a escribirse, frente al

“rusocentrismo”, una historia “desde los márgenes”, que reconocía la complejidad cultural y social de las identidades nacionales y étnicas.

Durante una buena parte del siglo XX, como nos han recordado entre otros Reinhart Koselleck o David Armitage, la secuencia de grandes revoluciones -la norteamericana, francesa, rusa y china- se vio como el “hilo escarlata” de la modernidad. Frente a las memorias destructivas de las guerras civiles, las revoluciones eran momentos esenciales de la liberación progresiva de la humanidad, una idea que ya había surgido en el siglo XVIII.

Desde 1989, sin embargo, con el derrumbe del comunismo, el triunfo del neoliberalismo y la creciente preocupación por los derechos humanos, resulta ya más difícil ver esas revoluciones, y especialmente la bolchevique en Rusia, sin una conciencia de la espantosa violencia que la acompañó. Más allá de consideraciones morales y de los usos políticos desde el presente, las revoluciones de 1917 en Rusia constituyen un privilegiado escenario para examinar y discutir algunas de las principales manifestaciones de la violencia política contemporánea.

Como trataré de mostrar en este artículo, nada o casi nada ha quedado en los últimos años fuera del análisis y la fotografía que hoy puede obtenerse de aquellos acontecimientos y años convulsos ha dejado atrás el blanco y negro, para presentarse en formato digital, con una gama de tonos y colores que permiten al lector transitar por relatos y enfoques hasta hace poco desconocidos.

ORTODOXIAS Y REVISIONES

La conquista del poder por los bolcheviques fue uno de los principales acontecimientos del siglo XX y no resulta extraño que los historiadores mostraran en torno a él diferentes interpretaciones, puntos de acuerdo y disputas, que dieron lugar a lo que Edward Acton ya identificó en 1990 como visiones consolidadas de la revolución o “escuelas de pensamiento”.

Durante las décadas centrales del siglo XX, el escenario de “Guerra Fría” y de enfrentamiento bipolar marcaron también la investigación histórica y el debate sobre 1917. Frente a quienes la definieron desde el principio como una “revolución popular”, dirigida por el partido bolchevique -o la revolución del proletariado unido, en la descripción de la propaganda soviética-, la historiografía antisoviética, y antimarxista, siempre la identificó como un “golpe de Estado” que triunfó por la violencia y el terror.

Hasta los últimos años de la existencia de la Unión Soviética, sus historiadores oficiales defendieron que el camino al poder de Lenin y los bolcheviques fue la consecuencia inevitable de las contradicciones del capitalismo, un acontecimiento que trajo enormes beneficios a las clases trabajadoras; por el contrario, los historiadores occidentales liberales interpretaron Octubre de 1917 o como una casualidad no prevista de la historia o como el resultado de la aspiración al poder de una despiadada minoría que, una vez conseguido, ejerció sobre sus ciudadanos un control y represión mayores que los del más cruel de los zares.

La interpretación ortodoxa soviética, concebida desde el comienzo de los años veinte para difundir la versión marxista-leninista de la revolución, y simplificada y canonizada en los años del estalinismo, subrayaba la victoria bolchevique como la consecuencia de leyes generales expuestas en el análisis materialista histórico, producto de la lucha de clases y del progreso de la humanidad. La “Gran Revolución Socialista de Octubre” fue posible, en ese preciso momento, por el liderazgo de Lenin, por la existencia de un partido de nuevo cuño, vanguardia de la revo-

lución, disciplinado, purgado de reformistas y defensor de los sectores oprimidos de la sociedad.

Gracias a ese partido, que fue capaz de estimular conciencia de clase en la vanguardia del proletariado y radicalismo en las masas, hubo una continuidad en el ciclo revolucionario ruso del primer cuarto del siglo XX, que tras tres revoluciones, la de 1905, y febrero y octubre de 1917, culminó en el establecimiento del comunismo y de la democracia soviética. Según esa secuencia de hechos, la Primera Guerra Mundial no fue el fenómeno fundamental que actuó de catalizador de los grandes cambios y convulsiones que llevaron a la quiebra del sistema zarista, algo en lo que ha puesto énfasis la historiografía más reciente.

Ortodoxa y bastante monolítica fue también la interpretación dominante liberal que surgió en Occidente frente a la historiografía soviética, muy vinculada a la historia política tradicional construida "desde arriba", con su énfasis en el poder de las ideologías, el papel de los grandes personajes, la intriga política y el papel subordinado de las masas. La revolución rusa fue el resultado de una cadena desafortunada de casualidades que bloquearon lo que hubiera podido ser una evolución natural desde el zarismo a un sistema parlamentario de estilo occidental, a través de reformas constitucionales: un zar incapaz de hacer frente a los retos que le planteó esa sociedad en vías de modernización; una guerra internacional que metió al país en un completo trastorno social y económico; un gobierno provisional que no supo -o no pudo- resistir la embestida de los alemanes desde fuera y de los bolcheviques desde dentro. Incluso con todas esas coincidencias inoportunas y horribles, la historia habría sido diferente si no hubiera sido por la maldad manipuladora y hambre de poder de la *intelligentsia* revolucionaria más extremista.

Frente a esas interpretaciones liberal y soviética, surgió desde los años setenta una nueva corriente historiográfica, representada fundamentalmente por historiadores jóvenes británicos y estadounidenses, que fue etiquetada, pese a su pluralidad y diversidad, como "revisionista". Con sus investigaciones, establecieron lo que podría denominarse como "interpretación social de la revolución rusa", que corría paralela a algunas de las orientaciones básicas que guiaban en ese momento a una parte de los historiadores occidentales, desde Annales a los marxistas británicos, y que consistió en alejarse de las generalizaciones ideológicas, escribir la historia de los grupos sociales y aplicar perspectivas y métodos de las ciencias sociales.

En ese cambio de foco desde los dirigentes y la alta política a los movimientos y grupos sociales, esa historiografía revisionista quitó peso a las interpretaciones sobre la manipulación de las clases populares por parte de intelectuales radicales y, siguiendo las investigaciones de E. P. Thompson, sacaron a la luz las experiencias de las clases bajas, campesinos y trabajadores, el papel crucial de los soldados y marinos, y redefinieron el papel del partido bolchevique y sus conexiones con las aspiraciones populares. Hacia finales de los años ochenta, justo antes del derrumbe de la Unión Soviética, las investigaciones de esos historiadores sociales/revisionistas habían puesto al descubierto todos los defectos de las interpretaciones dominantes hasta ese momento, la ortodoxa marxista y la liberal, desmontado las tesis sobre la Revolución de Octubre de 1917 propagadas durante la Guerra Fría.

Con el desplome del comunismo soviético, los análisis históricos ganaron perspectiva para comprender lo que había ocurrido desde 1917, las puertas de los archivos se abrieron, pero la "reducción a cenizas" del viejo enemigo de Occidente llevó a un repudio de todas las cosas relacionadas con lo soviético, desde los símbolos a los monumentos, pasando por la literatura

o la historia. Como ese colapso coincidió además con "un período acentuado de políticas derechistas" bajo los mandatos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, los conceptos de acción colectiva, intervención del Estado, colectivizaciones y revolución comenzaron su retirada frente a "la marcha triunfante de quienes predicaban el libre mercado y el individualismo posesivo". La interpretación social de esas dos décadas anteriores fue despreciada, sus historiadores revisionistas tratados como "víctimas incautas de la ideología soviética" y se restableció la confianza en el enfoque tradicional liberal, con el retorno al análisis de la alta política, las ideologías y los grandes personajes.

La obra de Richard Pipes constituye el mejor ejemplo de ataque a la historia social (marxista), de puesta al día de las tesis liberales y de amplia resonancia entre "intelectuales soviéticos desilusionados por los fracasos morales y económicos del sistema soviético".

En la semilla y preparación de la revolución que derrocó al zar Nicolás II en febrero de 1917, Pipes atribuye un papel trascendental y nocivo a lo que en ruso se llamó la *intelligentsia,* intelectuales, élites educadas, estudiantes, escritores y profesionales, una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaban explotar cualquier rastro de descontento popular por parte del poder. En realidad, sin aceptar ni tener en cuenta los variados matices que otros autores han introducido, Pipes achaca directamente a esa *intelligentsia* todos los males que llegaron a Rusia con la caída del zarismo y la sustitución de ese despotismo por otro, el bolchevique, tras pasar unos meses por la anarquía. Según el historiador estadounidense, en los últimos tiempos de la Rusia imperial había importantes tensiones causadas en parte por la renuencia del zarismo a democratizar la política y por la situación explosiva en el mundo rural, raíz de un conflicto de larga duración, donde no había tierra para todos quienes vivían en ella. Pero "el factor de verdad clave, el que transformó quejas específicas en un rechazo total del orden político, económico y social, fue la *intelligentsia".*

El problema de esa *intelligentsia* rusa, añade Pipes, tanto la liberal como la radical, es que no tenían oportunidad de poner en práctica todos esos sueños utópicos y nunca podían aprender de la experiencia. No aceptaban las reformas, porque el único objetivo era la revolución: cuando el Gobierno no hacía nada, le acusaban de pasividad; cuando hacía concesiones, consideraban que eran los burócratas quienes estaban detrás. Cada vez eran más fanáticos con su utopía, hablando siempre de un pueblo al que no representaban.

Para mostrar esa visión negativa de la *intelligentsia,* Pipes no rastrea en la retórica y códigos culturales de sus actores o representantes, como hace, por ejemplo, Orlando Figes, sino que lo que intenta demostrar es que las "actitudes", y no las "instituciones" o realidades sociales y económicas "objetivas", son las que determinan, y determinaron en el caso de Rusia, el curso de los acontecimientos políticos y las causas de la revolución.

A esa *intelligentsia* fanática se le sumaba un campesinado analfabeto, orientado a la violencia y a la anarquía, incapaz de tener un papel activo en la sociedad, que cuando fueron reclutados en masas durante la Primera Guerra Mundial demostraron una absoluta falta de patriotismo y de sentimiento de unidad nacional.

Por el contrario, el zar Nicolás II sí que demostró ese "sentido de deber patriótico" y cuando los generales y la Duma le pidieron en febrero de 1917 que se fuera, para salvar al ejército y evitar una humillante capitulación ante los alemanes, lo hizo. La revolución siguió, y no precedió, a la abdicación del zar. Eso de que el zar fue destronado por una revolución de trabajadores, soldados y campesinos es, según Pipes, un "mito".

Tras la marcha del zar, la situación se hizo ingobernable y cualquier posibilidad de restablecer el orden fue frustrada por el acoso de la *intelligentsia* al Gobierno provisional y en ese escenario de caos, Lenin "cabalgó al poder sobre la misma anarquía que él tanto ayudó a promover", prometiendo a cada uno de los grupos descontentos -campesinos, trabajadores, soldados, minorías étnicas- lo que ellos querían conseguir. La consecuencia fue la así llamada "Revolución de Octubre", que, en realidad, fue un "clásico golpe de Estado". Y lo que siguió fue la destrucción de todas las instituciones, para allanar el terreno a su dictadura "totalitaria". Lenin fue el primer jefe de Estado de la historia en tratar a la política como una guerra, cuyo objetivo no era someter al enemigo, sino aniquilarlo.

Aunque la obra de Pipes pudo ser celebrada desde los años noventa por una amplia audiencia anticomunista y usada para demostrar el fracaso histórico de las ideas de Marx y sus funestas consecuencias prácticas, lo que se ha producido también en las últimas dos décadas es un replanteamiento y amplia revisión de la historia rusa y soviética del siglo XX, nuevos enfoques historiográficos que han ido mucho más allá de la vieja historia política y de la historia social que emergió desde los años sesenta.

La perspectiva que ofrece el paso de cien años es una oportunidad única para examinar la evolución de la historiografía, cómo los historiadores estuvieron marcados por las agendas políticas, por el clima de la Guerra Fría, por experiencias personales y generacionales, por testimonios y memorias, por predilecciones intelectuales y por el acceso a nuevas fuentes.

Una buena parte de los historiadores que han publicado sus obras tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, y la consiguiente apertura de archivos, subrayan el proceso de crisis constante entre 1914 y 1921, en una narración que comienza con el inicio de la Primera Guerra Mundial y finaliza con las últimas batallas de la guerra civil rusa y el establecimiento de la Unión Soviética. Lo que muchos conocieron y estudiaron como la Revolución Rusa fueron, en realidad, una serie de revoluciones simultáneas y superpuestas -de élites intelectuales, clases medias, obreros, soldados y campesinos contra la autocracia zarista, contra el orden social, contra la guerra y el sistema jerárquico militar, contra los terratenientes y por la distribución de la tierra.

Con la caída del zar y la Revolución de Febrero, todos los controles y restricciones legales y éticos fueron derribados. A partir de ese momento, en un contexto de creciente anarquía, guerra civil y quiebra económica, se abrió un período, muy inestable, de búsqueda de un nuevo orden político y social. Desde febrero de 1917, Rusia pasó, a una velocidad de vértigo, por una etapa liberal, otra socialista moderada, después más radical, hasta que Lenin y los bolcheviques convirtieron lo que era una revolución por el poder de los soviets, con un amplio apoyo popular, en la dictadura de un partido.

Los relatos más recientes ponen énfasis, en primer lugar, en la importancia de la Primera Guerra Mundial como catalizador de la revolución. La profunda grieta entre una sociedad en cambio y la autocracia zarista, comenzada ya algunas décadas antes, con manifestaciones violentas desde arriba y desde abajo, generó un enorme potencial para el desarrollo del conflicto. Pero fue la Gran Guerra, consecuencia de la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría, que entre agosto de 1914 y comienzos de 1918 movilizó alrededor de quince millones y medio de hombres, con pérdidas totales -entre muertos, desaparecidos, heridos y mutilados- de más de siete millones, lo que generó un profundo malestar entre todos los sectores de la sociedad. En esa tragedia reside, según la mayoría de los especialistas, la raíz de las revoluciones de 1917.

La guerra agravó, de esa forma, las profundas divisiones en la sociedad rusa y, durante ella, el ejército se convirtió en un grupo ingente de revolucionarios, cuyo malestar y convulsión no podían separarse de la agitación violenta que sacudía a la sociedad. La crisis cambió de rebelión a revolución cuando los soldados se pusieron al lado de los trabajadores y sobre todo de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y cuando los miembros de la oposición moderada abandonaron la autocracia para formar nuevos órganos de poder.

Las aportaciones más notables sobre ese período bélico se refieren al declive del ejército imperial, a la quiebra del sistema de suministros de alimentos -en un momento de escasez de productos de primera necesidad para millones de soldados en el frente y la población en general en la retaguardia-, a los cientos de miles de refugiados que huían de las zonas ocupadas por las tropas alemanas, al papel de las mujeres que protestaban contra la escasez de alimentos y, especialmente, a las mujeres de los soldados, las *Soldatki.*

Todos los informes policiales advertían de que los sufrimientos causados por las derrotas a los soldados, a sus familias y a los refugiados estaban empeorando las condiciones de vida de las clases bajas a niveles sin precedentes, provocando desorden social y protestas de "madres exhaustas tras permanecer de pie en las largas colas" para alimentar a sus niños enfermos y hambrientos.

Refugiados, huérfanos e inválidos crearon asociaciones para defender sus intereses. Pero fueron las mujeres de los soldados *(Soldatki),* excluidas hasta hace poco de las historias generales, las que constituyeron el grupo más numeroso durante la guerra, bajo el zar, y también, dado que sus demandas no fueron satisfechas, en los meses posteriores a la revolución de febrero de 1917.

Su nacimiento como grupo social destacado tuvo lugar tras la movilización masiva de hombres que siguió a la declaración de guerra a Alemania y Austria-Hungría. Según el estudio de Sarah Badcock, aunque la traducción literal de *soldatka* era "mujer de soldado", el término se utilizó en 1917 de forma más amplia para incluir a otras mujeres miembros de la familia. Los *Soldatki* habían sido siempre un grupo minoritario entre las mujeres casadas, pero el reclutamiento masivo disparó su número. Si la cifra total de hombres movilizados superó los quince millones, el estimado de *Soldatki* se aproximó a catorce. Muchas mujeres utilizaron también ese término "mujer de soldado obrero" o "mujer de soldado campesino" como una forma de definición social.

Lo que las convirtió en un grupo fueron sus quejas comunes, siendo la reivindicación más repetida la de un aumento de las ayudas otorgadas a las familias de los soldados. La inflación galopante y la subida de los productos de primera necesidad condenaron a las *Soldatki* que dependían de esa ayuda para la subsistencia a la pobreza. Otras reivindicaciones incluyeron también combustible gratis, al mismo tiempo que se negaban a pagar impuestos o protestaban por la escasez de viviendas o por los intentos de desahucio por parte de los propietarios.

Antes de la guerra, el gobierno del zar ya había intentado identificar esa categoría de *soldatka* para establecer quiénes podían disfrutar del apoyo estatal. A finales de 1916, con el aumento masivo del número de peticiones de subsidio a consecuencia de la guerra, los beneficiarios se acercaban a veinticinco millones. Desde el estallido de la guerra a enero de 1917, la cantidad que el Estado tuvo que pagar, presionado por esas reivindicaciones y protestas, a las familias de los soldados representó alrededor del siete por ciento del total del gasto militar.

Mujeres, soldados/marinos, campesinos y trabajadores in-

dustriales son los principales actores de las huelgas y manifestaciones que en el tercer invierno de la guerra, el más frío y complicado, ante la crisis de autoridad y la pérdida de confianza en el régimen, iban a desembocar en fuertes alteraciones del orden, deserciones del frente y, finalmente, en una transformación profunda de la estructura del poder que había dominado Rusia durante siglos.

La revolución tuvo también un enorme impacto entre los pueblos no rusos del imperio, aproximadamente la mitad de la población total. Aunque los movimientos nacionalistas habían comenzado a desafiar a la autocracia en 1905, fue en el transcurso de la guerra cuando se radicalizaron al sufrir algunas de sus regiones periféricas, como Polonia y la zona Báltica, la ocupación alemana y la evacuación de parte de su población. El fin del sistema autoritario, la abolición de la censura y la oleada de cambios políticos y sociales que emanaban desde Petrogrado y las principales ciudades rusas, ofreció a los nacionalistas una oportunidad de oro para organizarse y movilizar a sus conciudadanos a través de vínculos de identidad nacional.

No era el nacionalismo, sin embargo, un fenómeno fácil y simple de resolver en el vasto imperio ruso. Y no todos esos diferentes grupos étnicos tenían el mismo sentimiento de nacionalidad. La *intelligentsia* y las clases medias urbanas más cultas estaban divididas entre quienes, ya rusificados, rechazaban el nacionalismo, a veces por razones ideológicas, como la mayoría de los marxistas, y los que, precisamente por poseer niveles altos de educación, se abrazaban a él en busca de la autonomía o de la independencia frente al Estado centralizado.

Como reflejan bien los trabajos de Ronald Grigor Suny, había también claras distinciones entre la identidad étnica, basada en costumbres y lenguas diferenciadas, la conciencia nacional, que se expresaba más en el terreno político, y el nacionalismo que pretendía el establecimiento de algún tipo de Estado basado en la homogeneidad nacional. Entre los 18 millones de musulmanes, el nacionalismo era una fuerza muy débil, especialmente en Turquestán, donde vivía la mayoría, mientras que en la región Báltica, el predominio de alemanes y las campañas periódicas de rusificación del Estado zarista habían estimulado la aparición de potentes movimientos nacionalistas.

La intensidad de los conflictos y lenguajes de clase -entre obreros, soldados y campesinos- eclipsó aparentemente las reivindicaciones puramente nacionalistas, pero en la práctica resultaba más difícil separarlas, porque la mayoría de los terratenientes eran rusos o polacos y, en ocasiones, al nacionalismo lo apuntalaban poderosos sentimientos de clase.

La destrucción súbita y por las armas del Estado ruso abrió, en definitiva, oportunidades extraordinarias y sin precedentes para diferentes y variados grupos sociales. Los obreros tomaron el control de las fábricas, los soldados desertaban en masa y rompían las relaciones jerárquicas con sus jefes, los campesinos ocupaban y distribuían entre ellos las tierras no comunales, las mujeres defendían sus derechos y las minorías étnicas aspiraban a un mayor autogobierno.

En eso reside la peculiaridad de lo que ocurrió en Rusia a partir de febrero de 1917, subrayada por la generación de historiadores posterior a 1991, que no hubo solo una revolución, sino múltiples revoluciones, política, social, cultural, de género, conducidas, según la tesis de Christopher Read, "por varias nacionalidades y clases en un caleidoscopio de combinaciones y con una serie completa de resultados".

En eso, y en que la tan esperada revolución llegó de forma súbita, surgiendo de huelgas y manifestaciones populares, con importante presencia y protagonismo de mujeres, sin aparente preparación y sin líderes, todo lo contrario a lo que las autori-

dades y policía zaristas y los partidos socialistas habían previsto. Un buen barómetro de la intensidad con la que esa tormenta revolucionaria afectó a tantos sectores diferentes de la sociedad es la rapidez con la que crearon sus propios comités como forma de defensa de sus identidades personales y de grupo.

El hecho de que esa revolución saliera tan directamente de las acciones colectivas de trabajadores industriales y de soldados campesinos, guiados por los más activistas, obreros conscientes y cualificados, y apoyados por la población en general, dejó, como señala Rex A. Wade, una impronta muy relevante en su carácter y en su posterior desarrollo: "la autoafirmación popular fue un rasgo dominante de toda la revolución de 1917".

Durante ese verano, la confianza en que "la Gran Revolución Rusa" uniría a los ciudadanos había dado paso a la división. Bajo ataques desde la derecha y la izquierda, los Gobiernos de Lvov y Kérensky se enfrentaron al desplome de las ilusiones sobre la capacidad del pueblo para fortalecer su concepto de la democracia y ciudadanía. Cuando se comprobó que las masas no lo apoyaban, esos gobiernos recurrieron cada vez más a la fuerza del Estado como única forma de persuasión. Y los campesinos, lejos de intimidarse, respondieron. Antes de julio, solo se habían producido 11 intervenciones militares en el campo para reprimir disturbios. En julio y agosto aumentaron a 39 y en septiembre y octubre ya fueron más de cien. En la mayoría de los casos, los soldados dispararon contra los campesinos. Fue el final de lo que Read denomina la "luna de miel", del matrimonio entre las nuevas autoridades y las diferentes manifestaciones de representación popular.

Las diferencias se hicieron irreconciliables. El lenguaje de clases, de revolución social y no solo de reforma política, se había impuesto a los otros lenguajes (liberal, democrático, constitucionalista), que compitieron en ese escenario de crisis de autoridad, un cambio simbolizado por el creciente uso de "camarada" en vez de "ciudadano" como forma de dirigirse al otro. Lo que había comenzado en febrero con un motín en la guarnición militar de Petrogrado, acompañado de protestas de la población civil contra la inflación y la falta de alimentos, se había convertido tan solo ocho meses después en una revolución social, extendida al campo, a las fábricas, al frente y a los pueblos no rusos del Imperio. A esa rebelión le faltaba que alguien supiera llenar el vacío de poder que estaban dejando el fracaso y la soledad del Gobierno de Kérensky. El camino estaba despejado para un partido revolucionario y contrario a la guerra. Y ahí aparecieron los bolcheviques. Y Lenin.

La conquista del poder por los bolcheviques es el otro acontecimiento clave en el que las investigaciones más recientes superan las viejas diputas entre la historiografía soviética y la antisoviética. Frente a ellas, subrayan la importancia del eslogan "Todo el poder para los Soviets", y de cómo el apoyo popular a esas instituciones surgidas desde abajo allanó el camino a los bolcheviques.

Para Wade, la Revolución de Octubre de 1917 fue una "lucha popular" por esa causa y solo después se convirtió en una "revolución bolchevique". Según Read, hubo un golpe político de los bolcheviques, pero solo posible por el masivo apoyo popular al poder de los soviets, el creciente movimiento de ocupación de tierras, el hastío de la guerra y las tremendas dificultades económicas. Un golpe de Estado, en su forma más pura, argumenta Read, es un cambio de personal en las altas esferas del poder político, un Estado que es tomado por los conspiradores y golpistas. En octubre de 1917, en Rusia "había muy poco Estado que tomar".

La idea de la conquista del poder como resultado de un golpe contra un gobierno democrático es también cuestionada por

Smith. "Tenía todos los elementos de un golpe (...) excepto por el hecho de que un golpe implica la conquista de un aparato de Estado que funciona. Y Rusia no había tenido ninguno desde febrero". El Gobierno provisional careció de legitimidad desde el principio. Desde el verano, estuvo atrapado por una serie de crisis en cadena -en el frente, en el campo, en las industrias y en la periferia no rusa. Pocos gobiernos podrían haber lidiado con una situación así, y menos sin un ejército en el que confiar.

Adoptar esa línea de investigación permite desechar mitos e ideas falsas que han oscurecido durante mucho tiempo la comprensión de aquel cambio violento. En palabras de Wade, frente a esos mitos y visiones enfrentadas, "ni fue una simple manipulación de masas ignorantes por parte de bolcheviques cínicos, ni la conquista del poder cuidadosamente planeada y ejecutada bajo la omnipresente dirección de Lenin". En última instancia, el apoyo de trabajadores, soldados y campesinos a los soviets, la institución dedicada a promover la revolución social, se combinó con la decisión fatal de los gobiernos provisionales de continuar la guerra. Y el fiasco del golpe de Kornilov ya había mostrado que la derecha estaba desorganizada y la contrarrevolución no tenía en esos momentos posibilidades de vencer.

Además de clase, género y nacionalismo, la agenda de los especialistas en Rusia incorporó también desde los años noventa algunos de los grandes cambios planteados por el posmodernismo, la historia cultural, las identidades sociales, el lenguaje y la representación. Orlando Figes fue uno de los primeros autores que, siguiendo esa combinación de enfoques sociales, posmodernistas y culturales, rastreó los símbolos y lenguajes de la revolución, convirtiendo en su magna obra la historia cultural en un asunto central para la representación del cambio histórico.

Pero más allá de la renovada agenda de los investigadores y de los nuevos enfoques metodológicos e interpretativos, las revoluciones de 1917 en Rusia -especialmente la de octubre- hace tiempo que se convirtieron en "un tema privilegiado para debatir la violencia política moderna" y a ello voy a dedicar el último apartado de este artículo.

MANIFESTACIONES DE LA VIOLENCIA

La quiebra del imperio de los Romanov, con las dos revoluciones y la guerra civil que le siguieron, de donde emergió un nuevo Estado, el comunista, un proceso que duró alrededor de una década, costó a Rusia una auténtica sangría. La revolución, la guerra, el terror, el hambre y las enfermedades causaron diez millones de muertos entre 1917 y 1922.

El hambre, que se extendió sobre todo por la región del Volga entre 1921 y 1922, mató más que la revolución y la guerra civil, llevándose a las tumbas a unos cinco millones de personas. Rusia era ya una sociedad con altos niveles de violencia, pero el derrumbe del orden y de la autoridad del Estado, la guerra y la desmovilización de millones de ciudadanos armados, el delineamiento ideológico, revolucionario y contrarrevolucionario, con diversas divisiones internas en los dos bandos, abrieron las puertas a múltiples manifestaciones de violencia y terror.

Todos esos combates liquidaron a una buena parte de la élite de aristócratas, terratenientes, industriales, banqueros y a muchos profesionales. Más de dos millones de ellos acabaron en el exilio. Sus conocimientos en la administración de la economía fueron difíciles de sustituir. Desde el punto de vista económico, el balance fue catastrófico. Comparados con los niveles anteriores a la guerra de 1914, la producción industrial había caído el 20 % hacia 1921. El producto interior bruto había descendido un quinto en 1917 y más de tres quintos en 1921. Los peores efectos se sintieron en las ciudades, donde la huida al campo o

la muerte hicieron descender la población hasta niveles desastrosos. La antigua capital, Petrogrado, pasó de dos millones y medio de habitantes en febrero de 1917 a 750 000 en agosto de 1920. Moscú, la nueva capital desde el 12 de marzo de 1918, sufrió menos pero su máxima población de 1,8 millones en 1915 había quedado reducida a 1 000 000 en 1920.

En contraste con el terror "Rojo", asociado claramente con la Checa, el terror "Blanco", que ha recibido menos atención, se desató de forma cotidiana cuando los oficiales daban a sus hombres libertad para el saqueo y el despojo. La guerra civil dejó abundantes manifestaciones de esa violencia contra los campesinos que se oponían a la restauración del viejo orden, a cuyos "cabecillas" colgaban, y contra los judíos, a quienes veían como agentes principales de la revolución y de los bolcheviques.

El antisemitismo violento de los Blancos aseguró la lealtad de la población judía a los bolcheviques. En Ucrania, al menos 100 000 judíos fueron asesinados en los pogromos protagonizados por las tropas del general Denikin y del político nacionalista ucraniano Simón V. Petliura (1879-1926). Se mataba a los judíos para robarles y como venganza por el terror rojo. Cuando capturaban una ciudad, los oficiales del ejército dejaban a sus soldados dos o tres días de libertad para saquear propiedades y matar judíos, acciones en las que destacaron a menudo los cosacos. Los Blancos fueron los vengadores de quienes habían sufrido la revolución. Como declaró después el general Wrangel, "no llevamos el perdón y la paz, sino solo la espada cruel de la venganza". Muchos de sus oficiales eran hijos de terratenientes que tenían razones para odiar no solo a los despreciados campesinos, sino a los "judíos bolcheviques" e intelectuales que les habían expoliado para ocupar sus tierras.

A la revolución le acompañó desde el principio el terror. Antes de que el sistema policial de las checas se centralizara y organizara desde arriba el terror político y se constituyeran los tribunales populares como forma de administrar justicia, amplios sectores de las clases populares, incitadas a veces por los bolcheviques y otros revolucionarios, hicieron la guerra por su cuenta a los privilegiados, a los burgueses, a la nobleza y al clero, y a los "enemigos de clase". Lenin siempre abogó por utilizar la violencia contra los enemigos de la revolución y en esa explosión de violencia, y en la necesidad de controlarla por parte de los bolcheviques, se encuentran las bases de lo que sería el aparato de seguridad y represión de la dictadura estalinista.

Sobre el terror y la violencia que prevalecieron en Rusia durante la revolución y la guerra civil se levantó el posterior régimen estalinista y sus horrores. La celebración, apología y ejecución desde diferentes frentes de la violencia durante esa década de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles tuvo efectos duraderos mucho más allá del bolchevismo y de Lenin. Stalin se encargó después personalmente de dirigir la eliminación de la vieja guardia del partido bolchevique. Una buena parte de los revolucionarios, algunos de ellos muy ilustres -como Kámenev, Zinóviev, Bukharin, Trotski o Maria Spiridonova- fueron devorados por la propia revolución o por el aparato de Estado que surgió de ella.

Según Wildman, el avance de los bolcheviques a la cima de la revolución y la conversión de esa en una dictadura de un solo partido formaron parte de un proceso de largo alcance ocurrido durante la guerra civil, posible también por la quiebra de sus rivales políticos, incapaces de responder a la determinación de campesinos y obreros armados de consumar la revolución que habían iniciado.

En principio, si aceptamos la interpretación comparada que utiliza Holquist, no había nada "específicamente ruso" en esas acciones de masas violentas. Todos los contendientes de la Pri-

mera Guerra Mundial las habían utilizado. Lo peculiar de Rusia fue la incorporación posterior de esas prácticas al escenario político interno, durante la serie de sucesivas guerras civiles.

El régimen bolchevique sería de esa forma mucho más similar de lo que entonces pareció a otros Estados europeos movilizados durante la Gran Guerra. La diferencia fue que la Rusia soviética continuó con esas prácticas de guerra en tiempos de paz, absorbiéndolas como parte de su aparato de Estado ordinario. El Estado y la sociedad soviéticas nunca se separaron de la "movilización total" y fue eso lo que, después de 1921, les hizo diferentes a otras naciones europeas. Rusia había estado en guerra desde 1914, pero solo como resultado de los acontecimientos de 1917 la violencia se convirtió en un "rasgo constitutivo de la vida política cotidiana". Todas las formas de violencia, roja y blanca, estaban inextricablemente entrelazadas, surgidas de la marea sucesiva de guerra mundial, revoluciones y guerras civiles.

En la interpretación de Holquist, el crescendo de violencia en Rusia a partir de 1905 culminó durante la guerra civil. Y en perspectiva comparada, "la violencia de la guerra civil rusa aparece no como algo perversamente ruso o singularmente bolchevique, sino como el caso más intenso de una guerra civil europea más amplia, que se extendió durante la Gran Guerra y se prolongó varios años después de su final oficial".

Desde 1989, tal y como recordaba al comienzo de este artículo, resulta ya más difícil ver esas revoluciones, y especialmente la bolchevique en Rusia, sin una conciencia de la espantosa violencia que las acompañó. Se sigue hablando de revoluciones, pero, en palabras de Amo Mayer, como "celebración de revoluciones esencialmente incruentas por los derechos humanos, la propiedad privada y el capitalismo de mercado".

Muchas personas hoy, influidas por una parte sustancial de los relatos históricos y por los usos políticos de la historia, en un mundo en el que se marginan las luchas por la igualdad y una más justa distribución de la riqueza, reducen las revoluciones a la violencia. Las revoluciones en Rusia, especialmente la bolchevique, marcarían el inicio de un ciclo de violencia que llevó de forma inexorable a los horrores del nazismo y del estalinismo, identificados tras 1945 como los principales paradigmas del totalitarismo. Las revoluciones, según esa interpretación política desde el presente, fueron un fracaso y crearon un régimen y un orden social peores que el zarista al que derribaron y sustituyeron.

Sin olvidar los terribles costes sociales de aquellas transformaciones, los historiadores no podemos ni debemos evitar el análisis de por qué aquellas revoluciones ocurrieron, y específicamente en Rusia, y por qué las diferentes formas de socialismo, moderado o radical, fueron tan atractivas y esperanzadoras para millones de obreros, soldados y campesinos. Las diferentes valoraciones morales sobre el comunismo, su utopía, los sueños y pesadillas que generó resultan poco útiles para explicar cómo y por qué la revolución estalló en Rusia en febrero de 1917, la conquista del poder por los bolcheviques y los efectos que todos esos acontecimientos tuvieron en la configuración del mundo del siglo XX.

El desplome de la Unión Soviética permitió investigar e interpretar con una mejor perspectiva la espiral de conflictos, cambios, sueños, decepciones y violencia que se desató en la Primera Guerra Mundial y continuó después durante los años de revolución y guerras civiles. Para comprender el complejo escenario cultural y social del imperio ruso, un buen número de historiadores han incorporado nuevas visiones sobre identidades de clase, nacionales, étnicas y religiosas, que se han sumado a la historia política y social de las revoluciones presentes ya desde

finales de los años sesenta del pasado siglo.

El balance historiográfico es diverso, privilegiado, a la altura de los grandes debates sobre la Revolución francesa, impregnado también de usos políticos desde el presente y de diferentes versiones en torno a las conmemoraciones. S. A. Smith, uno de los más notables especialistas, planteaba recientemente que, con tantas nuevas fuentes e interpretaciones, nuestro "conocimiento" sobre aquel convulso período "ha aumentado significativamente", pero que en algunos aspectos fundamentales "nuestra capacidad para *comprender* y sentir empatía con las aspiraciones de 1917 ha disminuido". Es un buen argumento para pensar, cien años después.

NOTA: Este artículo lleva originariamente 36 notas a pies de página muy enriquecedoras historiográficamente. Aquí se han eliminado por razones de espacio y por el carácter de esta publicación, pero el lector interesado las puede hallar en la referencia bibliográfica abajo reseñada.

Historia Social, n.º 88, 2017, pp. 87-103.




'A
I.E.S. PABLO SERRANO